

SA 521.5

Harvard College Library



GIFT OF

Archibald Cary Coolidge, Ph.D.

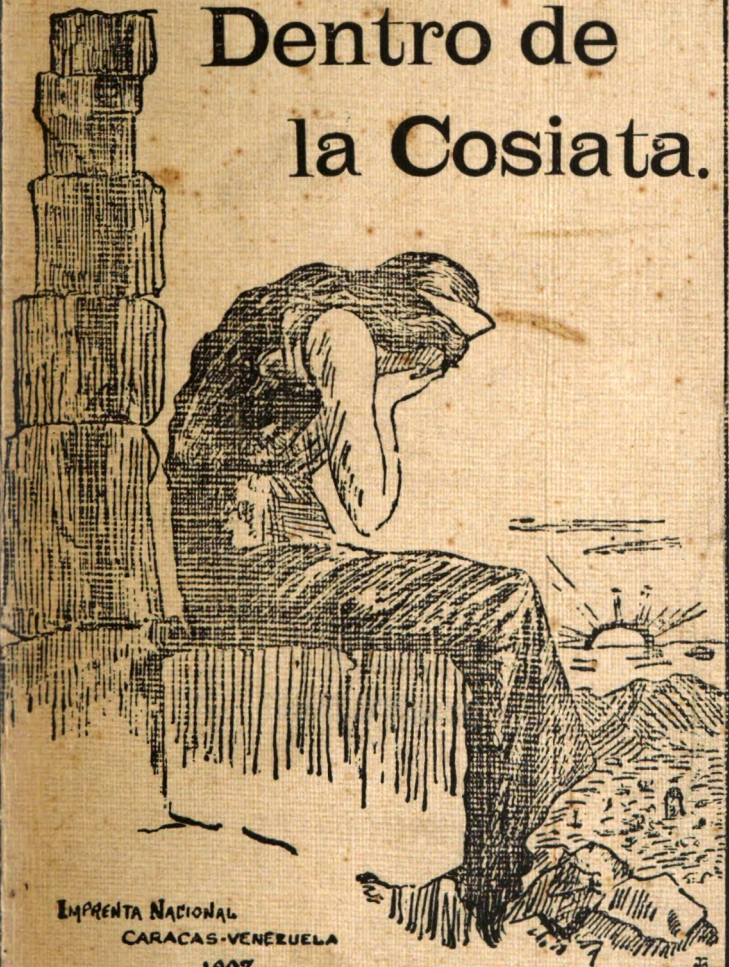
(Class of 1887)

PROFESSOR OF HISTORY

Don
ELOY G. GONZALEZ

SA 521.5

Dentro de la Cusiata.



IMPRENTA NACIONAL
CARACAS-VENEZUELA

1907.

SA 52/.5

Harvard College Library

APR 5 1915

Prof. A. C. Cochrane

SEP 22 1915

DENTRO DE LA COSIATA

2230-14

EL LIBRO (*)

El capítulo publicado la semana anterior, es el último de los que debían aparecer en diario, de este libro doloroso pero indispensable.

Doloroso por su elocuencia, que dice de un soplo fatal y fatídico de insensatez, arrastrando á los hombres eminentes y á las cosas dignísimas á las gemonías de la historia, á las tristezas incurables de la posteridad. No en los días nefastos de la República se piensa, cuando se releen estas páginas; sino en aquellos de orgullo, de honra y de luz, que hicieron declarar al hombre de más principios que ideas que fue Lafayette, “que Colombia y su Libertador habían prestado ilustres servicios á la causa del género humano”, para 1825 [1]. Orgullosos días, grandes é infinitos

(*) Artículo en *El Constitucional* del primero de junio de 1907, anunciando la edición del libro.

-1- Washington City, 10. de setiembre de 1825.

ellos solos, cuando Monseñor De Pradt denomina á nuestra nación la libertadora de América, y á Bolívar, "artista de esta obra maravillosa": *Los mares no contienen los votos que se hacen por la prosperidad de vuestra patria....* (1).

Libro de dolor, pero indispensable como un deber. Lo demandaba previamente la sinceridad con que se deben presentar á los hombres encargados de decretar el camino y la vida de la república, los datos precisos é incontrastables de la más urgente cuestión de nuestros países americanos: en días de pensamiento y de sentimiento, en sitios de soledad sabia, abiertos estos dos libros [2], que llaman piadosamente al sepulcro de los hombres, en pie sobre los despojos de las cosas; discurrido el camino deslumbrador de 1819 á 1824; tropezada la noche inesperada de mil ochocientos veintiseis, los amorosos de grandeza y honra meditan, y preguntan: ¿En dónde se ve más denso y luminoso el torbellino de polvo de la gloria: en torno del carro fulgurante de Bolívar, ó bajo los cascotes agostadores del caballo de Páez? Frente á las edades, ¿qué vivirá más largamente? En el problema, ¿qué elemento, representativo de una solución

-1- París, 23 de marzo de 1824.

-2- AL MARGEN DE LA EPOPEYA y DENTRO DE LA COSIATA.

de grandeza, habría llevado más rápidamente á ella?

Este libro era necesario: él contiene una página, *deliberadamente ignorada*, de la historia útil de Venezuela. Él contiene infinitas respuestas, destinadas á helar en labios audaces y vocingleros, acusaciones infinitas, lanzadas sobre el seguro de la pasividad del acusado. ¿Pasivo por qué? Por la inenarrable secuela de sofisticos principios, impuestos con denuedo inaudito y aceptados sin examen: los principios de *patria*, de *admiración* y de *gratitud*. No penséis que dentro el cráneo de los viejos patricios, patria significaba apenas un territorio: éste no es sino uno,—acaso el más insignificante,—de los elementos del concepto. ¿Sahara es patria? Los leones tras-humanantes que le cruzan, partidos de Numidia, se ofenderían de esa cuna. . . . Bien sabéis que así, no quería Bolívar la patria. Bien sabéis que la admiración y la gratitud concluyen con su motivo: no penséis que todos confundamos la primera con la inconsciencia; ni que le asignemos á la segunda la imprescriptibilidad de una esclavitud egregia.

La admiración supone capacidad para lo grande y lo noble: nada más distante, por consiguiente, de la idiotez. La admiración nace directamente de

la conciencia: el éxtasis denuncia una ausencia de la personalidad. La aptitud para admirar es incompatible con la predisposición á deslumbrarse. La admiración es el remate triunfal y feliz, estallando en música y en luz, de una laboriosa jornada de la conciencia: el éxtasis prima todo proceso. Algunos hombres admiramos: los santos se extasían: los habitantes de Babia abren desmesuradamente los ojos y la boca. . . .

La gratitud es un testimonio exquisito y excelso del valor que le asignamos á la provisión moral que se nos suministra: la gratitud es parcela de alma, que se presta en fianza del beneficio que se recibe: la gratitud no formaliza un contrato perfecto: ningún tesoro bajo el cielo alcanza para embargar á perpetuidad el alma de un hombre, sino á condición de que el acreedor mantenga su derecho. Con la vida, con la vida gloriosa y fecunda de un hombre, se paga un beneficio, hecho en hora oportuna y con gesto gallardo; pero el hombre no tiene derecho sobre su propio honor.

Yo no acuso á Páez de perversidad: yo lo señalo como la más saliente demostración del peligro que corren las naciones cuando hombres ingénuos como él, palpitantes de valor homérico, son

elevados al rango discrecional de los destinos de una sociedad.

Yo no le llamo malvado al general Páez: yo le llamo, y es,—por origen, por educación, por fatalidad individual,—un primitivo; con todos los impulsos, con todo el ardimiento, con toda la ingenuidad de primitivo: “Los sucesos de 1826,—escribía en el ocaso de su vida,—*me llenan todavía de amargura y arrepentimiento.*”

Yo no he escrito la historia de 1826, sino porque creo que trás la ingenuidad de Páez, debe aparecer la honradez de algunos hombres que yo llamaría reverenciables por la nieve de sus cabezas, si no fueran censurables por la penumbra de su intención; y que voluntariamente hicieron á la generación que hoy tiene treinta años, la crueldad innecesaria y contraproducente de adularle los sucesos, de silenciarle la verdad, de desfigurarle los hombres, de sorprender su edad de sugestiones y de aprendizaje, para ponerse á la cabeza de sus entusiasmos, de su vigor y de sus candores, lanzándola,—á pretexto de gloria y de patria,—al desquite de viejas derrotas que esa juventud ignoraba, á la satisfacción de viejos enconos que esa juventud no había sentido, á la corresponsabilidad moral de viejos sucesos

en que ella no había tenido participación, al balance de viejas cuentas cuya liquidación debieron practicar honradamente los personeros de partidos por igual poderosos en ideas, en hombres y en elementos; igualmente responsables de sus procedimientos. La historia de 1826 ha nacido en mi pluma de aquel dolor de no dejar incólume é íntegra á esa generación, de la que no se ven sino aisladas cabezas á medio ahogar, los últimos náufragos en el indecible siniestro de un bajel, á cuyo bordo se la invitó con presurosos halagos, cuando ya sus capitanes sabían que era inevitable la catástrofe.... ¡Generación dolorosa! Generación del *Delpinismo*!.... Hubiérante escrito la historia de la *Cosiata*, como se está escribiendo pacientemente pero con honradez la biografía del señor Guzmán; y orgullosamente la faz verdaderamente ilustre, la faz civilizadora de su hijo....

Yo no le economizo épicas glorias excelsas á Páez; pero tengo conciencia de lo positivamente grande, para ruborizarme ante la idea de aparecer como un doloso ó como un inconsciente: yo sé que sin la imaginación de Bolívar,—arquitecto feliz de la gloria de Ricaurte; sin las rivalidades del Oriente,—que produjeron el patíbulo de Piar; rivalidades que era

necesario é inteligente que produjeran el contraste de la mayor gloria del Apure; sin la necesidad de dar un prestigio fecundo á las armas republicanas frente á los tercios españoles; sin las vehemencias de la política y el interés de los partidos, yo sé que *Las Queseras* serían lo que no dejarán de ser en la historia y en el arte de la guerra: una afortunada escaramuza. No son, precisamente, los llaneros; no son los hombres animosos de caballo y soga, los hombres de hípicas hazañas, todavía á despecho del mausser; no fueron Teodoro y Fernando y Pedro Manuel Figueredo, los que se asombraron y se abismaron ante aquella diversión de diario espectáculo en la llanura: cincuenta, sesenta años después, caballería contra caballería, caballería contra infantería, nuestros Rivas Sandoval, nuestros Málaga, nuestros Luis Loretos, llenan la historia local de Cojedes y de Carabobo, con proezas á las que no ha faltado, para conferirles el estrépito y la armazón homéricos, sino las circunstancias y los intereses políticos de una guerra como la de América contra la España. *Las Queseras*!.... Los viejos llaneros sonríen, mientras los extáticos ciudadanos abren desmesuradamente la boca, como los habitantes de Babia....

Este libro podrá estar en manos de los lectores de Caracas para dentro de quince días. Editado en un número reducido de ejemplares,—para evitarle la triste suerte de que habla Horacio,—yo no dispondré sino de menor número aún, para atender á aquellas personas que deseen poseer, metódicamente escrita, la historia de una inmensa desventura nacional. El resto de la edición ha sido contratado exclusivamente con los señores Herrera Irigoyen y Compañía, propietarios de *El Cojo*, con destino al Interior y á algunos de mis amigos en el extranjero.

Quince meses,—desde la primera cuartilla de *Al Margen de la Epopeya*,—quince meses sobre los manuscritos; la labor indecible de una constante solución honorable de mi vida diaria, sin flaquezas, sin desalientos, sin vacilaciones; una larga actividad decorosa y asídua, en las letras útiles de nuestra prensa ilustrada, y en la tribuna y en la cátedra, piden ahora á mi salud y á mi cerebro, un reposo lealmente ganado, gallardamente concedido por el Director de este Diario, y anticipadamente garantido por la fatiga misma del lector, atento cada semana á un mismo asunto; pero reposo necesario y transitorio, para volver al deber, por la Patria y por la honra.

INTRODUCCION

Vamos á pisar el pavés por excelencia doloroso de la República.

Vamos á hallarnos en un contacto inmediato con la genuina, con la descarnada naturaleza de los hombres que fundaron nuestro estado político; y que por su especial situación constituyeron, en cierto modo, nuestros antecedentes sociales.

Desde luego ignoro que se trata de mi país; desde luego ignoro que se trata de algunos de mis mayores. De camino por la vieja historia de ese país, yo he hallado una época que contiene todas las tentativas, todos los errores, todas las ideas aciagas y todos los infortunios que adelante de esa historia y en medio de las vicisitudes de ese país, han servido á unos hombres para imputar á otros de la misma estirpe, las responsabilidades de una adversidad que este libro pretende señalar más adentro y más lejos de los momentos y de las causas gratas y propicias á la diatriba de los partidos.

Como en el reino shakespeareano, algo olía mal en esta Colombia magna, cuando se trató de llevar á realidad la bella visión de los conscriptos del Once. ¿Estaba en los hombres, llamados y no elegidos, á quienes competía aquella práctica? ¿Estaba en los procedimientos, dictados por un criterio de finalidad que pretendía amnistiar con el éxito el delito del medio? ¿Estaba en la idea?

Los sociólogos tendrán la palabra sobre los historiadores, en la solución satisfactoria de estas cuestiones.

Pero lo que va á verse es que, ni enemigos ni adversarios, han pronunciado una sola palabra en este proceso, en que se saca á la República palpitante todavía de las convulsiones de las batallas, para someterla al suplicio de todos los sinsabores y al riesgo de todos los descréditos, hasta constituirnos en maestros de contumacia, en las tradiciones de turbulencia de la América.

Desde mucho antes de la batalla decisiva de Carabobo, la guerra y los intereses de la Independencia han hecho necesaria y han impuesto la dictadura de Bolívar. El le imprime su sello personal, característico, definitivo, á aquella lucha y á las nacionalidades que van saliendo de la loca fortuna de sus victorias; y la vieja Colombia se levanta temible é impetuosa,

como una exclusiva obra bolíviana, como un instrumento de guerra y de imperio, que en nombre de la Libertad ultrajada y de la humanidad en vilipendio, blande la diestra rigurosa de aquel soldado furibundo. Y la vieja Colombia es, en donde está Bolívar: solemne y augusta en Angostura, batalladora y triunfal en Carabobo, magnífica y brillante en el Perú. De donde quiera que él se aleja, brotan el malestar y las alternativas de la anormalidad, como si las cosas fuesen sólo obedientes á un designio suyo, como si los hombres no olvidasen que han sido sometidos por el hierro á la estructura aniana de una organización militar.

Todo en la historia de esta nacionalidad descubre que estamos en presencia de una fábrica cuyo plano no conoce sino un solo arquitecto. De las antiguas teorías no se ha colocado sino lo que posiblemente ha cabido en el ideal ó en el interés bolíviano; de los primitivos ensayos periclitos no está en pié sino lo que por propia virtualidad es capaz para sostenerse; los conatos de la protesta perturbadora han sido netamente cortados en los campamentos ó en la altura de los patíbulos; los antiguos patricios que sobreviven, bajan taciturnos la cabeza en un doliente destierro, ó han ido á un aprendizaje sanguinario de Patria, bajo maestros

brutales, como los del ejército de Apure, que enseñan á pelear al ilustre Yanes, ó los del ejército de Guayana, que gobiernan á Revenga y Roscio. No por cierto visten la toga los primeros arúspices de la República, sino estos nuevos magistrados que acaban de bajar del caballo, frente á las gradas del Capitolio. Mil doscientas leguas de Venezuela al Perú, separan al Jefe supremo de ensoberbecidos tenientes, que riñen discrecionalmente la posesión de Puerto Cabello, el imperio del Orinoco, la clausura de Maracaibo, el gobierno de Cartagena. De tiempo en tiempo, llegan á Bogotá, al Oriente y á Caracas y Valencia, cartas fulgurantes de Bolívar, datadas en países de leyenda, y que dicen su gloria invasora é inquietante hacia el Sur, ó cartas constrictoras que demandan nueva sangre y nuevo oro, para colmar el seno insaciable de Belona. Los mandones aguijan á los pueblos, para extraerles la gota postrera de su energía, y los pueblos,—que no saben de otra patria que la sombra del campanario aldeano,—levantan en brazos vacío el morral de sus soldados, exhausta la hucha de sus ciudadanos.

Crece en torno de los hombres y de los sucesos la vegetación de aquella mala espiga cuya simiente corre por las venas de una raza infeliz, que reacciona contra la

antigua disciplina. Confúndense los ardidés de la mala fe con las hábiles victorias del talento, y los correos colombianos restablecen en el suelo de la naciente libertad, las escenas y los procedimientos de las cámaras de delación y de los gabinetes secretos, que prolongaron las postimerías monárquicas. Páez es el jefe de Venezuela y ya no confía en sus propios servidores: se vale de Justo Briceño, en viaje al Sur, para comunicarse con Bolívar (*). Los hombres á quienes la selva, la barbarie y el dolor les confrieron el arrojo, la constancia y el tesón para vencer, comienzan á encelarse de sus esfuerzos y comienzan á justificar la conducta exterminadora de Morillo contra todo lo que en la República era alto é ilustre; los plumarios, á su vez, se defienden de los militares por la intriga y por el dolo.

Y cuando la distancia y las atenciones del Libertador se complican para retardar la solución de los asuntos en consulta, la vieja inquina que ronrona, el naciente cielo que parpadea, soliviantan el ánimo de hombres ya prevenidos para el atajo y el sesgo. Cuando unos acusan á otros, no es por cierto que se lo demanden los conse-

*- Páez al Libertador, Caracas, 1.º de octubre de 1825

jos sanos y santos de la integridad, sino porque se teme que el rival ó el émulo se haya andado más listo y más presto. Nunca como entonces, las palabras sirven para disfrazar las intenciones y para coonestar inexcusables procederes. No salió, como la Venus mítica, pura y espumante del seno férvido de la revolución, la república; pero hasta 1824-1825, la libertad no era sino ella misma y el derecho era uno. A poco, la traición se llamó patriotismo, y hombres que le debían su honor mismo á la ámplia alma superior de Bolívar, fueron llamados ídolos de un culto nacido en los cenáculos en donde la ambición de parroquia, asesinó para siempre y arteramente la noble y egregia abnegación que confiere la verdadera visión de la gloria grande.

Parece como si la miseria sembrada por las devastaciones de la guerra hubiera infligido á los hombres la espantosa locura del hambre, y ya no se pensase sino en ablandar un méndrugo con lágrimas del decoro en duelo; parece como si á los comienzos de la guerra, una nueva raza, sometida y en oprobio, hubiese primado, por virtud de la guerra misma, á otra raza imperante y detentora, y comenzase 1826 un desquite iracundo é inaplacable; parece como si se hubiese oído la hora de realizar aquellos actos de que España nos ha-

bía privado, cuando Bolívar declaraba en el Congreso de Angostura que nos estaba vedado el ejercicio de la *tiranía activa*; parece que aquello que se verá en estas páginas siniestro y doloroso es lo que debía ser llamado la soberanía popular y el triunfo de la democracia.

Dícese que la actitud familiar del Libertador era cruzado de brazos, abatida y tierna la mirada, plegados los labios con el gesto despectivo que imprimió en su medallón David. Es la actitud que correspondería á la contemplación de la *Cosíata*; de este fenómeno violento de sociología, en que Benjamín Constant no vió sino un plan burdo de ambición cesárea, pero que los tiempos se han encargado de restablecer en sus caracteres de producto directo de unos esfuerzos que los ideólogos de 1811 creyeron fácilmente dirigibles á los bellos espejismos de la pura democracia.....Tomad, pues, la noción más leve del ensueño ateniense; escoged la forma más alta de la aspiración platónica y anidadla dentro del cráneo de aquellos que acaban de reverenciar á su señor, ahora su súbdito bajo la gerarquía militar, y armad con ella el brazo rudo que ha arrojado la última lazada á la fiera selvática y grava ahora las calles de Caracas con la guarnición del bastón de borlas...

Esta pluma será mantenida por una constante reverencia á la verdad, extra-yéndola de las únicas fuentes que la posteridad ha heredado. Bajo la fuerte serenidad de las afirmaciones que el documento confirme, regurgitará un denso dolor, que él mismo se queja en los hechos y en sus derivaciones.

DESFILÉ DE TESTIGOS

Yo no quiero que en la más grave cuestión de nuestra etiología política, los que no deseen subir á la altura de eminente seriedad desde la cual debe ser contemplada, puedan atribuirme ni interés parcial, ni pasión, ni dolo. Yo no quiero que consideraciones de personal acatamiento me llamen más tarde á poner mano sobre los archivos, para confirmar verdades que los archivos han querido sean dichas, propagadas y sancionadas. Y, buscando la fórmula del deber de hoy y la caución de un derecho permanente, he traído á estas páginas la letra, la voz y el testimonio de todos los hombres que, de 1825 á 1828, tuvieron ciencia y conciencia en los primeros sucesos funestos de la república emancipada.

Por aquí desfilará Páez, trémulo todavía de la ira épica de Puerto Cabello, diciendo qué piensa él de los hombres ilustres que le han dado á la causa de Inde-

pendencia su prestigio moral en el mundo, cuando él la daba su fama guerrera en Apure; y Peña, ganando á fuerza de talento audaz lo que en el ánimo de Bolívar pierde por exceso de habilidad política; y don Cristóbal de Mendoza, aventado sobre una roca de exilio por el turbión siniestro de la asonada; y Carabaño, oponiendo á la novedad conmovedora de las ideas liberales todos los recursos de su trastienda; y el mismo Cornelio Muñoz, pobre centauro, víctima de los halagos de unas promesas que pesarían más sobre sus robustas espaldas que la carga de la España vencida.

Repetirá Núñez de Cáceres las palabras de Cronwell contemplando la multitud delirante que aclama al triunfador de una mañana; aparecerá Escuté, profanando por la parodia á la historia; dirá don Francisco Ribas cómo ha atemperado la situación creada por la ingenuidad de Mariño; Ichazu proclamará en el centro apureño la autoridad de Bolívar; el general Tadeo Monagas levantará una voz severa, acusando á Páez. Declarará Laurencio Silva cómo ha opuesto sus ginetes, adiestrados bajo la cuchilla de Junín, á los amagos impetuosos de los cerriles bridones del Mantecal; Rafael de Gevara rodeará, como un nuevo mar, de integridad á la isla de Margarita; el señor Guzmán dirá

su acción y su papel, en papeles que yo poseo inéditos. Hablará Austria, para dar cuenta de su misión. La voz del señor de Álamo parecerá la de una aparición de la vieja patria que debió ser fundada. Pedro Pablo Díaz razonará la situación, en nombre de una filosofía creada por César. Diego Ibarra denunciará los primeros síntomas, denunciando á la Alta Corte de Justicia. Bermúdez mismo se mostrará compadecido de la situación de sus colegas. El general Mariño se empeñará otra vez en desdeñar la fortuna que escogió por candoroso favorito al Eneas de Chacachacare. El viejo marqués del Toro levantará su índice severo hacia el general Santander. Arismendi acudirá como un antiguo juramentado en el convoy boliviano. Y aparecerá pronunciando palabras que harán meditar sobre la invasora expansión de aquel infortunio violentamente descuajado sobre nuestro destino, Santander, ese problema, contemporáneo de todas las congojas de Colombia....

Ha de llenar también en este desfile el papel de prudente lealtad que habría solamente desempeñado Sucre, el ínclito é ilustre Urdaneta. Mariano Montilla saldrá también de su retiro, para ponerse entre las filas de un ejército ayer glorioso y pujante y ahora cubierto de miseria

y denuesto. Hablará desde Bogotá, Revenga, dando el alerta y previniendo la catástrofe.

Las opiniones del general Soublette ahondarán en las causas del fenómeno, meses antes de que entristezcan á la libertad los sucesos de abril.

El amor á mi abolengo republicano,—perdido en la perdida de la vieja república,—tendrá un gesto doloroso, ante la ilusión demasiado halagüeña de Briceño Méndez, no advirtiéndolo á tiempo que la honradez zozobraba, que la veste patricia estaba ya indeleblemente mancillada.

Volverá á aparecer aflicto y dignísimo el venerable Peñalver, superviviente extraño de aquella edad de soñación, ida para siempre jamás, difusa acaso al fuego de las victorias que pagaron en emancipación política la ruina sangrienta de la virtud precolombiana.

Veráse á Gual consternado por la explosión subitánea, en medio de sus profundas meditaciones sobre el Congreso de Panamá.

Presentaré, por último, á Bolívar en escena; partiendo de Lima hacia Colombia, portando su Constitución como un recurso conciliatorio, y recibiendo, al pisar tierra nativa, las primeras sospechas de que van á sumergirse inevitablemente en una

simas cada día más profunda, “quince años de victorias y desastres.”

Y cuando haya injuriado al aire mismo el escándalo; cuando todos hayan exhibido la podre de sus lacras; cuando los labios que no sabían sino proclamar victorias, hayan pronunciado todos los dictorios; cuando ya no quede nada sin la impregnación del oprobio, extáticos frente á lo inaudito, nos preguntaremos si esos fueron los mismos hombres que tuvieron virtud para crear la Patria y qué grado de algidez alcanzó esa suerte de histeria moral que se llamó la Independencia, hasta el punto de contener durante quince años la irrupción de todos aquellos sentimientos y todas aquellas tentativas de la *Cosiata*, que son carne de la carne y hueso de los huesos de nuestros mayores.

I

HABLA EL GENERAL PAEZ

I

Para fines del año 1825, el General Páez estima que uno de los muchos males que se experimentan en Venezuela, es la gran distancia á que se halla el Libertador, á la sazón en el Perú, porque semejante situación “sólo conviene á los malvados” (1).

Hacía mucho tiempo que el jefe de Apure, ahora jefe del departamento de Venezuela, deseaba tener con el Libertador la franqueza de un amigo y de un compañero de armas, pero “desconfiaba de los correos”, porque así se lo había enseñado ya “la mala fe de los que lo rodeaban” (2).

El general no hallaba palabras para encarcerle á Bolívar “los estragos que la

—1— Carta al Libertador, Caracas, 1º de octubre de 1825.

—2— Hasta nueva *nota* todas las “comillas” pertenecen á la carta citada.

intriga estaba haciendo en Venezuela”; se mostraba convencido de que Morillo había tenido razón en Santa Ana, cuando le significó al Libertador el favor que le había hecho “matándole á los abogados”, y se dolía y se arrepentía como de un pecado, porque él, Páez y Bolívar, habían dejado imperfecta la obra del *Pacificador* español, “no habiendo hecho otro tanto con los que cayeron por nuestro lado”.

Quejábase amargamente el soldado llanero de que habían adoptado una conducta contraria á la salud de la patria, poniendo la República en manos de “unos hombres que están en guerra abierta con un ejército á quien deben todo su ser *y de cuyo Cuartel General han salido los Congresos*”.

Establecía el general estas premisas, para concluir con la célebre frase: *los intrigantes van á perder la patria, vamos á salvarla*. . . . Los laureles de Brumario obsediaban al vencedor en Mucuritas.

Venía Páez del fondo del Apure, de la pira efestiónica de unos combates de fábula y del recio aprendizaje de mis llanuras salvajes, á declarar en aquella carta que este país “carecía de todo elemento para montar una república”, que lo que existía era “la obra de Bolívar y de un puñado de valientes, que desaparecería al mismo desaparecer el Libertador”,

como bien lo estaba demostrando el hecho de que el solo alejamiento del creador de Colombia, había producido un estado de anarquía que le era imposible remediar al Gobierno.

Procedía inmediatamente después el duro corresponsal á describir estos hombres y este país, manifestándole al Libertador que “que se abismaría al ver las personas que nos dirigían”.—Son de la especie, decía el general, que en cualquiera otra parte en donde hubiese moral pública, ocuparían el lugar más inferior, y muchos de ellos ocuparían un presidio por sus crímenes, mas por desgracia no es así; ellos manejan á su antojo las elecciones, señalan el primer Magistrado de la República, hablan de la reelección de U., no de buena fe, sino por temor, pues aquellos que en papeles titulados *Astrónomo y Triquitraque* se erigen en sus panageristas, son sus mayores enemigos, y toman el carácter de defensores por indisponer á otros; en fin, el periodo de las elecciones me ha hecho observar que la gente de este país, casi en lo general, es tan mala como los bribones que la manejan, ó que el pueblo (esto parece lo más cierto), es absolutamente indiferente á todo lo que se llama Gobierno, y que se dejaría imponer cualquiera que se le quisiese dar.

Todo lo cual significaba que no estaba conforme el señor General Páez ni con las cosas, ni con los hombres que existían; y para confirmar sus ideas, pasaba á exponer al Libertador cuáles eran sus deseos y los de sus camaradas. “Cuando veo todo esto en lo que se llama pueblo, cuando veo á los que se llaman diputados de ese pueblo hacer su viaje á lo que ellos llaman Congreso, y que los más vocingleros contra lo que ellos llaman el despotismo toman al instante un empleo de estos que ellos llaman tiranos y otras mil cosas, entonces me parece que se puede asegurar que este país *necesita otra cosa distinta de la presente*, que establezca el orden, le dé la debida consideración á los que la merecen, é imponga silencio á los tramoyistas. Para esto puedo asegurar á usted que *este es el sentimiento ó el deseo de todos los militares que conozco, todos los que están á mis órdenes, y*, hasta se puede agregar, *todos los de la República*, y esto es lo que usted debe creer, porque es la voz de un hombre capaz de sostener lo que dice, y no dice aquello de que no está bien convencido”.

De seguidas expresaba el General su sospecha de que alguien le hubiese escrito al Libertador en contra de los militares de Venezuela, pena que conceptuaba

perdida el Jefe de Apure, porque suponía á Bolívar convencido de que “con los militares había ido el Libertador á todas partes, y aún podía decirse *quizás más allá*, al paso que los actos de aparente adhesión de los leguleyos y demás parecidos á ellos, sólo tienen por objeto quitarle á usted esa fuerza que le da la unión con ellos”.

Esta carta está meditada para producir definitivamente una opción en el ánimo de Bolívar, entre los patricios de toga y los patriotas de sable; pero lo hondamente grave es, que son *leguleyos*, cuando menos hombres de pluma, los que estaban al lado de mi rudo paisano, dándole forma á sus ideas. (Testigos de la época dirán,—como se verá,—“inspirándolas”).

La lanza del Yagual quedaba tendida, como una barrera temerosa, entre la nueva prosapia que había conquistado en las batallas los derechos al predominio, y la gente republicana cuyas investiduras no estaban prestigiadas por blasones opulentos de oro y de gloria guerrera. Tiene de estas tentativas de desquite el alma plana de mi llanura. . . .

“Mi General,—objurgaba el llanero,—esta no es la tierra de Washington; aquí se hacen obsequios al poder por temor ó interés, como se le han hecho á Boves y

á Morillo; y el fundador de la república sería insultado por los hombres más viles el día que volviese al recinto de su casa". La hincada sobre el ijar hacía hallar al centauro acosado el gesto egregio de la verdad....

Aquel hombre impetuoso, que había salido de la remota anonimia de mi tierra, tenía en su corazón un sentimiento pseudo merovingio de la patria, de su patria, de su república. "A los valientes que han formado esta misma República se les niega ya lo que las leyes conceden á las últimas clases del Estado. En Caracas se disputó el voto del Ejército en las elecciones parroquiales, lo mismo que en Puerto Cabello. En Valencia y Maracaibo se eludió por aquellos medios de que sabe usar la superchería. *Yo pude haber usado de la fuerza para ello.* [?], pero no quise dar este argumento más á la intriga.... Los curiales pretenden reducirnos á la condición de esclavos, y esto no se puede sufrir, ni lo permite el honor, y ménos la seguridad del país, que aún no ha transigido con sus enemigos exteriores.... Estoy bien seguro que en un caso de guerra los señores letrados y mercaderes apelarán como siempre á la fuga ó se compondrán con el enemigo, y los pobres militares irán á recibir nuevos balazos para volver á proporcionar empleos

y fortuna á los que actualmente los están vejando ”.

Esta carta la conducía, en su principal, el General Justo Briceño; pero, Mariño y Páez creyeron que debía abundar un duplicado, del que fué portador el señor Antonio Leocadio Guzmán. (1).

¿Qué opinión tenía el General Páez del señor Guzmán? Léamosla:—“El portador ha trillado por todos los senderos que tiene una revolución (2), guiado por las bellas teorías que hay escritas, y como un joven fogoso y de buena fe ha obrado con decisión en todos sus pasos. *La experiencia le ha hecho ver cuanto distan las cosas de las palabras, y en este estado es cuando ya los hombres son útiles*, porque pueden emplear su osadía y talentos con mejor éxito. En fin, U. sabe que de los Jacobinos de la Convención salieron los hombres que dieron otra marcha á la Francia ”. (3).

Yo dejaré que hable el General Páez hasta los últimos resultados de estos su-

—1— Páez al Libertador, Valencia, 21 de octubre de 1825.

—2— Tenía entonces el señor Guzmán, 22 años de edad, según propia declaración: *Datos históricos suramericanos*, tomo 2.º, pag. 294.

—3— Páez al Libertador, Valencia, 21 de octubre de 1825.

cesos; y á medida que las incidencias de sus relatos lo permitan, iré también historiando los acaecimientos, por lo que digan los documentos de las municipalidades de Caracas y Valencia y los archivos del congreso de Colombia.

Nada exacerbaba tanto al General en aquel tiempo como lo que él llamaba desacato al fuero militar: su reducto estaba en creer que la autoridad militar debía primar sobre todo y sobre todas, con una jurisprudencia aparte para ella y tribunales de excepción. Quejándose ante el ministro de la guerra de Colombia de la aplicación de la ley de imprenta en Venezuela, le decía: “Yo creo que los señores jurisconsultos dan una interpretación violenta á la ley de imprenta, porque, si no me engaño, esa igualdad que ella da á todo el mundo, es sólo con respecto á los escritores: es decir, que el mismo jurado que califica el papel del último ciudadano, puede hacerlo con uno del primer magistrado de la República; pero en cuanto á la aplicación de las penas, me parece que cada uno será juzgado por quien corresponde. Advierto que será un paso muy falso y fuera del momento reducir al ejército al estado de depresión y abatimiento que pretenden los jurisconsultos: *ellos no son los que han de hacer la guerra: halagan á los militares cuando están*

poseídos del temor, y los injurian en la prosperidad de la paz . . . ” (1).

Adusto y prevenido bajo tales ideas, adviene el año 1826 para el Comandante general del Departamento de Venezuela.

II

Al comenzar ese año veintiseis, el General Páez le declaraba al Libertador que, ambos estaban tan unidos por una identidad de principios y opiniones, que no podían variar sino viniendo abajo todo esto que se llama Nuevo Mundo. “Donde quiera que esté yo, puede el General Bolívar contar con un adicto colaborador *para todo, todo*” (2).

Para ese día, ya habían ocurrido los sucesos de enero que, según documentación, resumo así:

El General Páez, Comandante General del departamento de Venezuela, con el propósito de dar á las milicias alguna forma, como lo disponía el decreto de 31 de agosto del año 25, sobre la materia,

—1— Al señor Secretario de Estado del Departamento de Guerra, Cuartel general en Caracas, á 21 de Diciembre de 1825.

—2— Páez al Libertador, Valencia. 18 de febrero de 1826.

dictó una orden, con fecha 29 de diciembre, previniendo á los alcaldes parroquiales y á los inspectores de cuadras que les proporcionaran á los capitanes y á los encargados de las compañías todas las noticias que les pidiesen, relativas al asunto. Copia de esta orden fue remitida al Intendente del departamento, Don Juan de Escalona, con encarecimiento de que le prestase su cooperación á tan importante objeto. En seguidas, se hizo publicar un bando, debido al cual se reunieron los vecinos, *por más de tres ocasiones*, en el convento de San Francisco, lugar al efecto destinado. Por otras tantas veces fueron despedidos sin resolución, hasta que en la postrera se les previno que debían presentarse todos en el mismo sitio, á las nueve de la mañana del seis de enero.

“El pueblo, aunque había visto que las reuniones precedentes habían sido infructuosas, no por eso dejó de cumplir en algún modo con la prevención que se le había hecho: cuando se encontraban reunidos *como ochocientos* hombres, S. E. el Comandante General, sin atender á esto, á las reuniones inútiles que habían precedido, y á que, siendo día de Pascua, la mayor parte del vecindario se encontraba en los campos, dió órdenes á los batallones *Anzoátegui y Apure, para que salieran en guerrillas por la ciudad, á reco-*

ger cuantos hombres encontraran por las calles, sin distinción de personas ni de edades, con prevención, según estoy informado, de hacer fuego á los que huyeran, y registrar las casas que fuera preciso. Cuando se me participó esta medida tan escandalosa como contraria al espíritu de nuestras instituciones, ya andaban las guerrillas por la ciudad. Penetrado de la violencia que ella envolvía, y á que su tendencia era precisamente, exasperar á los ciudadanos, y turbar la tranquilidad pública, exigí verbalmente,—como se había hecho su participación,—que la suspendiera en el concepto de que tomaría las providencias más eficaces para que la milicia se organizara. En efecto, se suspendió, aunque puedo asegurar que después de consumada la obra, *como que fui testigo presencial del modo con que las partidas conducían á los primeros ciudadanos, confundidos con los esclavos, con los que encontraban en las tabernas y con los ancianos.*

“No contento el General Páez con insultar de este modo al pueblo, virtió con él á su presencia en San Francisco las expresiones más duras, como estoy informado por personas respetables, hasta tocar al peligrosísimo extremo de amenazar que destruiría una de nuestras más preciosas garantías, cual es la libertad de la

imprensa, si ésta se ocupaba en denunciar lo ocurrido con motivo de la milicia". (1).

La Municipalidad de Caracas se quejó también de estas ocurrencias, ante la Cámara de Colombia, ratificando los informes del Intendente Escalona. "La tropa, —dice la Municipalidad,—como era regular, cumplió ciegamente las órdenes de su Jefe: el Administrador de la renta del tabaco, oficinistas, médicos, todo el mundo, fue á parar á San Francisco, sin valerle excepción. El bello sexo fue desatendido y asustado en las calles: hermanos y parientes que conducían tiernas jóvenes á visitas y otros desahogos del trato civil, quedaron abandonadas porque era un hombre el que las conducía, y este fue empujado á San Francisco. La Municipalidad se abstiene de proseguir la descripción, temerosa de incurrir en la nota de exagerativa; la cerrará, sin embargo, manifestando á la Honorable Cámara que la ciudad presentaba la imagen de una revolución, al notar los vecinos las calles inundadas de tropa, que unos eran echados por delante de las escoltas y otros

—1— Juan de Escalona, *Al señor Secretario de Estado del Departamento del Interior*, Caracas, 7 de enero de 1826.
—El señor General José Antonio Páez, ha sido consagrado, en la historia de nuestros partidos políticos, *Fundador de la República civil*. —N. DEL A.

corrían á meterse en sus casas, ignorando todos el origen de tan extraña novedad”.

La Municipalidad concluía pidiendo al Poder Legislativo que para evitar en lo sucesivo excesos arbitrarios, promulgase una ley, demarcando á los ciudadanos sus funciones y su dependencia en la milicia nacional. “La Municipalidad cree que S. E. el General Páez trueca las ideas, y siempre que se proceda con equivocación, las medidas no son justas ni las más convenientes. El pueblo de Caracas está muy lejos de huir del alistamiento; á lo que sí profesa una aversión conocida, es á la clase de milicia á que se trata de someterlo: la milicia cívica, la milicia del patriotismo, la milicia conforme á las instituciones que ha jurado, esa es la milicia que está en el corazón del pueblo caraqueño y á la que siempre ha volado y volará con entusiasmo, para defender no sólo la independencia, sino la libertad que es el más precioso fruto, y sin el cual aquella casi nada significa, porque sólo proporcionaría la triste ventaja de haber mudado de amos. La milicia reglada es un recuerdo de la dominación monárquica y de todas las injusticias que se cometían, bien para eximirse de ella, bien para hacerla un instrumento de sordideces y venganzas. Es una milicia que sujeta desde luego al poder militar, no es la mi-

licia con que la Patria deba contrarrestar mañana al usurpador que intente esclavizarla". Este documento lo firman, el 16 de enero de 1826: Domingo Navas Spínola, Jerónimo Pompa, Miguel Ignacio Tovar, Lorenzo Emazábel, Lope María Buroz, Antonio Abad Cedillo, Juan José Jiménez, Francisco Acosta, Narciso Ramírez, Manuel López, José Francisco Céspedes, Lorenzo Gedler, José Joaquin Liendo, José Dionisio Flores, y lo autoriza como Secretario, Raimundo Rendón Sarmiento.

La Cámara de Representantes de Colombia se había abstenido, hasta el 19 de febrero, de dar conveniente resolución á la queja de la Municipalidad de Caracas, "por no tener á la vista los informes que se le habían pedido" al Poder Ejecutivo respecto del asunto: así le fue comunicado, en la fecha mencionada, al Vicepresidente de la República, en ejercicio del Poder. El paso no fue del agrado del General Santander; quien contestó en tono bastante desapacible y en términos cuasi violentos, pero en síntesis muy peregrina. Decía desde luego el Primer Magistrado: que se sorprendía mucho de que la Cámara le asignase á las ocurrencias de Venezuela una gravedad de naturaleza de que carecían y aún llegase á calificarlas de atentado, "lo que él no creía suficiente-

mente comprobado”: que era una idea vulgar figurarse al Poder Ejecutivo como súbdito del legislativo, como para que éste se creyese autorizado á fiscalizarle sus actos: que de Caracas no se habían recibido sino dos oficios “frívolos”, referentes ambos al Comandante General, Benemérito José Antonio Páez: que en el primero, informaba el Intendente de los pasos que había dado para evitar los juegos de monte ó banca en casa del ciudadano Miguel Gamarra, y que dos horas después de haber emplazado á aquél y reconvenido para que no los consintiese, se presentó en el gobierno civil el teniente de infantería Domingo Hernández, á avisar, de parte del General Páez, que este General iba á jugar en casa de Gamarra, “por si querían prohibírselo”. El segundo oficio era el relativo á los asuntos de la milicia.

El General Santander *no veía la importancia* de semejantes acontecimientos, y para demostrarlo y comprobar su afirmación, argüía de la manera siguiente: que el recado que había mandado Páez al Intendente, “no da motivo para creer que lo que iba á jugar el General era juego prohibido” (*sic*): que el hecho de reunir á la milicia y á los *vecinos morosos* por medio de soldados, “no es un delito contra las leyes”: “que la confusión

sobre que recalca el Intendente, de ancianos, primeros ciudadanos y asistentes á tabernas, *es un poco ofensiva á la igualdad legal y al sistema político*”: *que estaba de por medio un ciudadano revestido de una autoridad superior y del carácter de Senador*; y por último, el argumento Aquiles, el argumento abrumador, que el General Santander robustecía con la premisa de que “salvarnos todos los de la cuchilla española era nuestra primera obligación”; el argumento-verdugo de la República: que el señor General José Antonio Páez era *un valiente!*.... “Este caso,—dice á la letra el Vicepresidente de Colombia,—este caso, señor Presidente, requiere hoy más que nunca una prudencia á toda prueba; los enemigos comunes pueden invadirnos, porque tienen medios; Venezuela tiene infinitos puntos de acceso; los españoles tiran frecuentemente sus planes sobre ella, contando con que hay bastante opinión que les favorece; los emigrados que han perdido sus propiedades son de aquel territorio.... En tales circunstancias, si el enemigo tuviera confianza de no encontrar al General Páez al frente del ejército republicano de Venezuela, la invasión podría ser más pronta y el éxito menos dudoso. El General Páez goza como *soldado de una reputación incuestionable*, y el enemigo que

tiene una opinión ventajosa de su contrario, *le teme y lleva la mitad de la campaña perdida*" (1). ¿Sería atendido previamente á un raciocinio semejante por lo que el señor General Páez enviaba expresos recados provocativos al Intendente, —como el que portó el teniente Hernández,—y reglaba la milicia á culatazos?..... Parecen indicarlo sus agrias disertaciones acerca de la respectiva importancia de militares y letrados, y parece confirmarlo la advertencia que le hacía al Libertador, acerca de la "posición de este Departamento y las ganas que le tiene el enemigo, debiendo *contarse muy poco sobre el pueblo*" (2). El desdén me lo explico, porque cada quien mide la altura á que se halla, proporcionalmente al tamaño de su talla moral; pero el odio de la espada por la toga es, sencillamente, torpe. ¡Tan poderosas é invencibles como son cuando se alían!....

Es bueno, sin embargo, recordar esta primera actitud al General Santander con respecto al General Páez, para el curso de este interesante historial.

—1— Respuesta del General F. de P. Santander al Presidente de la Honorable Cámara de Representantes de Colombia, Palacio de gobierno en Bogotá, á 19 de febrero de 1826—16.º

—2— Páez al Libertador, Valencia, 18 de febrero de 1826.

III

No fué la Cámara de la misma opinión del Vicepresidente de la República; porque nombró á uno de sus miembros para que propusiese, ante el Senado, acusación "contra el Comandante General del Departamento de Venezuela, General José Antonio Páez, por las medidas que tomó el día 6 de enero para verificar el alistamiento de milicias en la ciudad de Caracas".

El Senado de Colombia admitió la expresada acusación, y en consecuencia y conforme al artículo 100 de la Constitución, declaró que el señor General Páez quedaba suspenso de su empleo; que se avisase esta resolución al Poder Ejecutivo, para los fines constitucionales y que se previniese al acusado compareciese en la ciudad de Bogotá, ante la Comisión del Senado nombrada para instruir el proceso, á responder sobre los cargos que le resultasen. (1).

En virtud de esta disposición, el General Santander dió un decreto, el 28 de marzo, refrendado en el Despacho de la

-1- El Senado de la República de Colombia, Bogotá, á 27 de marzo de 1826.

guerra por el General Soubllette, nombrando Comandante General interino del Departamento de Venezuela, durante la suspensión del propietario, al General de brigada Juan de Escalona, que á la fecha debía estar separado de la Intendencia por el nuevo nombramiento del sucesor, Doctor don Cristóbal de Mendoza.

Mientras tanto, el General Páez había hecho abrir una información ante el Comandante Guillermo Smith, jefe del batallón *Apure*, sobre si las patrullas que salieron en Caracas el día 6 de enero de 1826, con el fin de *recoger alguna gente* para el alistamiento de las milicias, cometieron el acto de allanar la casa de algún ciudadano. (1).

El Comandante Smith nombró Secretario de la sumaria al señor Henrique Mayer, ayudante mayor de *Apure*, y de seguidas fueron citados: el Mayor Juan José Conde, Comandante de las milicias, los capitanes Francisco Perucate y Juan de Sola, teniente José Salcedo, subtenientes Esteban Rodríguez, José Rivero, José Alfaro, Juan Oderman é Hilario Lara, " todos del batallón *Apure*, quienes eran los oficiales que en aquel día salieron de patrulla ". (2):

-1-. Orden del Estado Mayor, Caracas, 1.º de abril de 1826—*Francisco Carabaño*.

-2- Primera *diligencia* del expediente.

El sargento mayor Juan José Conde declaró que el Comandante General del Departamento, en vista de la poca gente que se había reunido en San Francisco, ordenó que saliesen patrullas del *Apure*, á recoger gente por la calle, "lo cual se verificó, y que habiendo apenas traído 20 personas, á poco rato mandó el General que por medio de cornetas se hiciese saber á dichas patrullas que se retirasen á su cuartel". Las restantes declaraciones dicen, con poca variante de palabras, lo mismo, á excepción de la de Francisco Perucate, capitán del batallón, quien declaró que "el dicho día recibió órdenes del señor Coronel Arguíndegui, entonces Comandante interino de la Provincia, para salir con una patrulla á recoger los hombres, *sin excepción alguna*, que encontrase en la calle, *de traerlos amarrados si resistiesen* y de usar de sus armas si ellos las hiciesen contra la tropa".

El historiador patrio que más plausiblemente trata de explicar la conducta ulterior del General Páez, se expresa así: "El Ejecutivo al dar cumplimiento á esta resolución (la del Senado), que en vano, según aparecía, procuró evitar, lejos de mitigar en lo posible lo que ella tenía de acerbo y duro para Páez, parece que de intento procuró exasperarle, eligiendo para sucederle á su enemigo declarado el

General Escalona. Esta desgraciada consecuencia hirió, como era natural, profundamente el corazón de Páez... Grande fue, pues, el dolor é indignación que le causó aquella odiosa medida de Santander; mas á pesar de esto y de las sugerencias insidiosas y criminales de algunos hombres que le rodeaban, mandó reconocer al General Escalona por Comandante General de los Departamentos de Venezuela y Apure. Y aún, según se dijo, disponía ya su marcha á Bogotá, despreciando noblemente los temores fundados ó infundados que procuraban inspirarle sus pérfidos y artificiosos consejeros, cuando éstos, viendo escaparse la ocasión de realizar los inicuos planes de su ambición y de su venganza, recurrieron para detenerle á otros medios más violentos, si bien más eficaces". (1).

Sería brillantemente discutible y triunfalmente justificable el acto del Ejecutivo de Colombia, nombrando al General Escalona para reemplazar al General Páez. Escalona era el primer Magistrado Civil de Venezuela, y había sido humillado, casi escarnecido, casi maltratado por Páez, que tenía ya desnuda en su mano violenta la hoja de Breno y golpeaba de filo con ella

-1- Baralt, *Resumen de la Historia de Venezuela*, edición de 1887, tomo tercero.

el libro de la ley, enarbolando en la punta de su lanza, rasgado en girones, el principio republicano. El nombramiento de Escalona siquiera vindicaba los fueros de la magistratura y, á medias, satisfacía el atentado.

En Valencia, pues, se hallaba el General Páez, no digamos como Baralt, rumiando cólera y sorbiendo dolor, sino,—atenidos á la propia palabra del General,—“entregado á sus negocios privados, tratando sólo de arreglar su viaje á Bogotá y preparar las piezas justificativas de su defensa” (1), cuando el 27 de abril, convocados á cabildo extraordinario los señores de la municipalidad: José Jacinto Mujica, Jefe político y Gobernador interino, Carlos Pérez Calvo, Alcalde primero, Pedro García, Regidor, Alcalde segundo, Rafael Vidoza, Pedro Castillo, José Antonio Villanueva y José María Sierra, Síndico Procurador, se reunieron para recibir la contribución voluntaria que quisiesen hacer los comerciantes y propietarios para el mantenimiento de las tropas, á cuyo acto se les había citado por virtud de un oficio del Jefe de Estado Mayor al Gobernador de la Provincia, don Fernando de Peñalver, manifestándole la escasez de la

-1- Carta del General Páez á don Cristóbal Mendoza, Valencia, 1.º de mayo de 1826.

caja militar. Cada uno fue inscribiendo la cantidad que se obligaba á dar, y no habiendo concurrido todos, se determinó que quedando abierta la suscripción, la siguieran recogiendo en la ciudad los dos cabildanos García y Vidoza, y en el campo, Villanueva. (1). .

Pero los señores municipales, en lugar de levantar aquella sesión, porque ya estaba agotado el asunto para el cual fueron citados, procedieron de una manera extraordinaria y oficiosa. No dicen los documentos quién, de entre aquellos señores, tuvo la desdichada idea de ponerse en piés á exponer el siguiente peregrino razonamiento: que las tropas padecían miseria y consternación, porque el Senado de Colombia había suspendido de su mando á S. E. el General Páez: que todos los habitantes del departamento estaban persuadidos de que la seguridad dependía de la presencia de S. E., "que vale él solo por un ejército", y que si estaba *dentro de la facultad de la Municipalidad* tomar alguna medida *para que se suspendiera la orden de separación del mando*, se sirviese adoptarla.

Y el cabildo, lejos de contestar una negativa rotunda y unánime á aquel *ex*

-1- Acta de la municipalidad de Valencia, de 27 de abril de 1826.

abrupto, “mandó que se citasen á los abogados y demás hombres de luces que hubiera en la ciudad”. Comparecieron, en consecuencia, los señores Doctores Miguel Peña, José Antonio Borjes y Jerónimo Windivojel, é impuestos del asunto, manifestaron que *ni el Poder Ejecutivo* de la República podía tomar semejante medida sin infringir abiertamente la Constitución. Ante esta respuesta, la municipalidad acordó que se manifestase á S. E. el Excelentísimo General en Jefe José Antonio Páez, el profundo sentimiento de toda la población por haber sido admitida la acusación contra él: “que sólo la necesidad en que están de obedecer á las leyes y á las instituciones establecidas, les haría pasar por el dolor amargo que experimentan al ver á S. E. dejar el mando de la Comandancia General y salir de este Departamento, al que esperan volverá para su consuelo, y que se le pase copia de esta acta á S. E. como la expresión voluntaria y verdadera de este vecindario, y al señor Gobernador para los fines que convenga”. (1).

Hasta allí, todo aquello remataba en una discreta y bella actuación republicana, y debió bastar; pero tres días pasados, el

-1- Acta de la municipalidad de Valencia, de 27 de abril de 1826.

30 de abril, volvieron los de la Municipalidad á llamarse á capítulo, y reunidos otra vez los dichos Mujica, Pérez Calvo, Gadea, García, Vidoza, Barrios, Sandoval, Rodríguez, Castillo, etc., unos á los otros se dijeron que los hombres, las mujeres, los paisanos y los soldados, manifestaban un disgusto extremo y un deseo de conseguir *por cualesquiera medios* la reposición de S. E; que había sido fácil disolver hasta entonces dos congregaciones hechas con aquel objeto; que en la noche anterior se habían presentado varias partidas por diferentes puntos, de las cuales una había hecho dos muertos y herido á otro, robando, además, el estanco de Mucuraparo; que se tenía noticia de que por la montaña de Güere se habían presentado algunos otros ladrones, y que se llamase al señor Gobernador á comparecer ante la municipalidad, para que informado menudamente de las circunstancias peligrosas en que se encontraba la seguridad pública, acordase con aquel Cuerpo las medidas que fuesen capaces para sostener, en concilio, las instituciones, las autoridades, la tranquilidad y el orden. Concurrió el señor de Peñalver, y habiéndole expuesto el caso, el rígido patricio protestó su extrema obediencia á la ley y que no estaba en la esfera de sus facultades tomar medida alguna de hecho para la reposición de S.

E. Dice el acta que en aquel propio instante el público, reunido en más de 2.000 almas, “aclamó por un ascenso general á S. E. por Jefe del Departamento”; que oficiosamente pasó una partida considerable del pueblo y trajo al General ante la Corporación, y colocado en uno de los asientos “*se le hizo capaz del voto general,*” se le instó á que tomase el mando, y él, no pudiendo resistir á aquel deseo, asumió el poder. Los munícipes determinaron en seguidas participar, por medio de su presidente el jefe político, estas novedades al Jefe de Estado Mayor, “para que hiciese reconocer á S. E.” Poco después se recibió contestación de que se le había dado cumplimiento y, en efecto, aparecieron las tropas bajo salvas de artillería y reconocieron por superior al General Páez. Este regresó á su casa y la municipalidad continuó reunida, pasando oficios á las autoridades, comunicándoles el suceso, así como á todas las corporaciones similares de los departamentos del territorio que formaba la antigua Venezuela. (1).

Hé ahí por primera vez en la vieja Colombia una *cosa* informe, deforme é insó-

-1- Acta de la municipalidad de Valencia, de 30 de abril de 1826.—En ausencia del Secretario, la autenticó Jaime Alcázar, escribano público.

lita: un cuerpo municipal en abierta rebelión contra la ley; un grupo de cabildanos desconociendo la autoridad del Senado de la República; *una sola* municipalidad, ni siquiera la de la capital del Departamento, confiriendo la plena *autoridad militar* á un Jefe suspenso y llamado á juicio por el más alto tribunal que la ley constituía para aquel caso; un Jefe de Estado Mayor que obedece y hace obedecer á las tropas el mandato de una asonada; y Páez, el sumiso, el respetuoso, el obediente á la ley, el soldado de la disciplina y del honor militar, que se disponía á marchar á Bogotá á responder por su diáfana conducta; el que hace tres días ha oído á Miguel Peña y á Windivojel pronunciar que ni el mismo Poder Ejecutivo podía torcer ni oponerse á la decisión de la Cámara augusta de Colombia; Páez, aceptando de mano y voto de un Concejo Municipal faccioso, sedicioso y prevaricador, una autoridad que él sabía virtualmente viciosa, esencialmente irrita!.....

No hay ángel para el asesinato,—pudiera escribirse otra vez con Fermín Toro,—no hay ángel para el asesinato, ni apoteosis para el suicidio, aunque se invoque, al cometerlos, la honra de la Patria y la gloria del Altísimo!

IV

Don Cristóbal de Mendoza ejercía la Intendencia de Venezuela, nombrado por el Ejecutivo de Colombia, en reemplazo de Escalona.

A él se dirigía el General Páez, diciéndole: “*Véame U. manchado, impelido de las circunstancias y siguiendo el raro destino que la suerte me ha preparado; hasta el día de ayer fuí el hombre más obediente al Gobierno de Bogotá: recibí el decreto en que el Senado admitió la acusación contra mí, y la orden de S. E. para entregar el mando militar al General de Brigada Juan Escalona: todo lo obedecí, se comunicaron las órdenes para el reconocimiento del nuevo jefe, y yo quedé entregado á mis negocios privados, tratando sólo de arreglar mi viaje á Bogotá y preparar las piezas justificativas á mi defensa, que en concepto de algunos letrados podría hacerse brillante y convincente*”. (1)

Continúa la carta refiriendo la conducta de la municipalidad y las ocurrencias de aquel día, y concluye con párrafos tan

--1-- Páez al Doctor Cristóbal Mendoza, Valencia, 10. de mayo de 1826.

singulares como los que seguirán: “yo consideré que *por un deber mal entendido* iba á exponer á estos pueblos á calamidades todavía mayores....” “juré que ninguno ofendería al pueblo de Valencia, *que así me arrancaba de las manos de mis enemigos*, sin que antes pasase por sobre mi cadáver: desenvainé la espada; y *véame U. desobediente*, con violencia de mis sentimientos.

“....*En las manos de U. está cortar los males de una guerra civil que pudiera originarse*; Bogotá nos ha mandado una revolución envuelta en un pedazo de papel, y U. sabe bajo de cuantos colores y pretextos puede hacerse en Venezuela:....*si U. cede*, yo me pondré inmediatamente en comunicación: U. será mi padre, mi consultor, mi director, y sobre todo, mi mejor amigo....*Haga U. por su parte que no comience á derramarse la sangre en Venezuela*”.

Carta inaudita y peregrina. Una racha del viento que llevó á Cronwell pasaba por las sienes del General. Un genio desatentado le poseía. El llama *deber mal entendido*, respetar las instituciones de Colombia, someterse á la ley, obedecer á los magistrados, ser fiel á sus juramentos, guardar su disciplina de soldado. El llama *enemigos suyos* á un Intendente que no le permite atropellar ciudadanos, á un

Concejo Municipal,—el de Caracas,—que denuncia sus atropellos, á un pueblo que no se deja conducir *amarrado*, bajo bayonetas, á formar milicias, á un Senado que la ley instituye Alto Tribunal y que lo llama á juicio, al Primer Magistrado que cumple los mandatos de aquella Corte; esto es, la República y sus principios, Colombia y sus magistrados, el pueblo y sus derechos, son los *enemigos* del General Páez!.... César no habría declarado tanto.

El General, caso extraño, declara conjuntamente que es *desobediente*; y, sin embargo, le manifiesta á una autoridad legítima, como es el señor Mendoza, legalmente constituído Intendente de Venezuela, que en manos del señor Mendoza está *evitar la guerra civil que pueda sobrevenir*, que el señor Mendoza es quien está en el deber de *ceder*; esto es, que él, Páez, es la insurrección victoriosa y que el gobierno de Venezuela debía capitular ante ella, so pena de que *comenzase á derramarse sangre*.... Es la lógica intemperante de la espada conculcadora; es el motín imponiendo un nuevo y extraño derecho de rebelión; es el imperio brutal, sañudo, burdo, de entonación audaz, de la cuartelada.... Si vos, magistrado, representante de la ley, *no cedéis*, no os sometéis, advertid que tengo presta la es-

pada, y que va á correr la sangre!
—General: agosta esa sangre los laureles del Yagual, y mancha negramente la grana de Carabobo!

El General se dirigía de seguidas á los habitantes de Venezuela, titulándose *Jefe Civil y Militar*, denominación que se dió él mismo, porque la proclama es del 3 de mayo y la municipalidad de Valencia,—pobre fuente de esa autoridad dictatorial,—no se la concedió sino el *once* del mismo mes. . . . En veces, procedía en forma similar el servil Senado de Nerón. . . . Denominación que hacía burla oprobiosa de las fórmulas y del acatamiento que el General fingía querer guardar con respecto al señor Mendoza. A los habitantes de Venezuela, pues, les proclamaba: “El mando me lo habían arrancado mis enemigos individuales y hombres que nada han sacrificado por la patria”. En vano, en vano la historia buscará, averiguará, preguntará á cuáles hombres, en esas condiciones, habría podido referirse el General en aquel tiempo. Si como él había declarado, *los congresos salían de los cuarteles*, el Senado de Colombia era hijo de su lanza y de su incomparable intrepidez, y cuanto al Vicepresidente de la República, Páez y el mundo sabían que el General Santander era soldado creador de Colombia desde la primera campaña

de 1813. *Los enemigos!*.... pretexto mendaz y socorrido con que desde entonces la falacia osa encubrir el propio delito....

En la misma proclama, el General decía á los extrangeros: “las garantías que os ofrece la Constitución y demás leyes de la República en vuestras personas, en vuestra moral y en vuestras propiedades, serán guardadas religiosamente”. Y los extrangeros, hijos de naciones en donde habían nacido los preceptos y los conceptos de aquel derecho que la América reivindicaba con las armas, seguramente, y como en ocasiones parecidas, guiñarían el ojo en señal de la fe que debían prestar á las declaraciones de un hombre que ejercía la dictadura por el voto de *un* concejo municipal!.... De nuevo la advocación vuelve á la pluma:—General Páez: uno de los “letrados” á quienes tanto odiáis, os hace firmar irónicos sofismas!

Simultáneamente con la proclama á los venezolanos, el General Páez llamaba al Apure á mantener por la fuerza su autoridad atentatoria: “Compañeros del Apure:.... la patria confía su seguridad á vuestro imponderable valor.... La fortuna me acompañó á vuestro lado, y ella no nos abandonará en la noble empresa de *libertar á Venezuela del resto de sus*

tiranos". (1). Lástima que á la historia no le sea permitido lanzar una carcajada frente al tablámen de los patíbulos!

Medito largamente sobre los documentos acerca de tal confusión de conceptos y de ideas en la estrecha cabeza del llanero, y no es posible sino creer que el General Páez era una víctima compadecible de la diabólica trastienda de los "letrados" y de los "juristas" que lo asesoraban. Creo que el hombre rudo, simplista y primario de la pampa era ingenuo, más que sincero: creo que su convicción estaba hecha de espontaneidad y de cordialidad. Precisamente, acaba de llegar á Venezuela el tomo primero de la grande obra de mi eminente amigo el Doctor Gil Fortoul y en las páginas correspondientes á la mención de estos tiempos y de estos sucesos, hallo una referencia acerca de las condiciones de aquel caudillo, en aciago momento desenfrenado é incontenible. La copiaré, porque ya se me ha recusado una opinión de Villanueva que inserté respecto al mismo asunto, y que decía: "Páez era todavía salvaje. Bramaba en las selvas como el montaraz Hernani, cuyos rugidos hacían fruncir el ceño al temible Carlos V. Re-

—1— Cuartel general en Valencia, á 3 de mayo de 1826.

camado de brillo militar, ensimismado justamente, premiado por el Libertador en medio de la tempestad de pólvora y metralla de la batalla de Carabobo, ambicioso y fiero, etc." (1). Accedo á que ésta debe ser la opinión de un sectario de bando político adverso al General Páez. Pero el Doctor Gil Fortoul tiene el desinterés de sus altos estudios beneméritos y es insospechable con respecto al personaje. Y el Doctor Gil Fortoul acaba de escribir: "Páez era todavía el guerrero inculto de los llanos de Apure, *incapaz de distinguir entre la disciplina política, asegurada por las leyes, y la disciplina militar, mantenida en la guerra antes que por el reglamento por el prestigio personal.* El había triunfado en cien combates; él mandaba el ejército de Venezuela; él era y debía ser el jefe: *las leyes representaban trabas inventadas por los civiles, por los jurisconsultos, para reducir á la impotencia á los militares*" "Era Páez mestizo, y algo influyó sin duda esta circunstancia en la ojeriza que mostró al principio contra los 'mantuanos' de la capital (que debían á poco reconocerlo por jefe). . . . "Hallándose éste (el Libertador) ausente, en el Perú, no era Páez hombre capaz de some-

--1-- L. Villanueva, *Vida del Gran Mariscal de Ayacucho*.

terse de buen grado al Gobierno de Bogotá, ni tampoco á Soublette, Toro, Escalona, y después el Doctor Mendoza, que desempeñaron la intendencia de Venezuela. Su reconciliación con los ‘jurisconsultos y letrados’ se hará solamente *al precio de la sumisión de éstos á su autoridad soberana*”. (1).

Sí, debió ser así : sin duda es así. De otra manera no se explicaría cómo el general Páez, después de todo lo que hemos referido según documentación, creyese de buena fe que el Libertador debía aprobarle y conformarse con su conducta, cuando ésta atacaba y minaba fundamentalmente el edificio constitutivo de la nacionalidad colombiana, que le estaba costando á Bolívar el esfuerzo titánico de su vida y el azar de su reputación. Y esa aprobación, esa aquiescencia era la que pretendía el General, cuando oficial y particularmente se dirigía al Libertador, para darle cuenta de lo ocurrido. Con el Doctor Mendoza y las autoridades civiles, buscaba la sumisión de la toga á la espada ; con Bolívar, buscaba el amparo de la espada para aquella pretensión. “Tengo el dolor,—decía él,—de participar á V. E. los graves acontecimientos que han sobreve-

—1— José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, tomo I.

nido en Venezuela, que me serán siempre sensibles, cualquiera que sea su desenlace : *la marcha de nuestras instituciones fundamentales se ha alterado notablemente . . . Yo marchaba con sinceridad por la senda de las leyes . . .*”—(1). Y los “letrados” que escriben esta carta que debe firmar el General Páez, proceden á entrejer á favor del violento guerrillero un historial caprichoso de los sucesos, calumniando al pueblo de Caracas, de quien dicen que “todos estaba resueltos á hacer una vigorosa oposición” á la organización de las milicias ; llamando mendaz al Intendente de Venezuela, mendaz á la municipalidad de la capital, y apelando contra Escalona á logros dignos de un alguacil, para decir que “el pueblo de Valencia había recibido su nombramiento con gran disgusto, *porque se acordaba que el General Escalona se había encontrado en el desgraciado lance de haber entregado aquella plaza al General Boves*”. [2] Y de seguidas, la intención de constituir al Libertador en garante del golpe de mano y fiador del éxito de la asonada : “*El nombre de V. E. no fue olvidado en esta vez : tanto era el Gobierno de Bogotá detestado como V. E.*

—1—. Páez al Libertador, oficio de Caracas, 24 de mayo de 1826.

—2—. Doc. cit.

querido. . . . *Sin V. E. no hay paz, la guerra civil es inevitable*, y si ella comienza, el genio de este país dice á mi corazón que *no terminará hasta que no quede reducido todo á pavesas* ' '(1)

Lo cual me parece una insinuación directa al Libertador, de que cada vez que las instituciones que él ha, tan poderosamente, contribuido á establecer en Colombia, le opongan la letra de la ley á procedimientos nacidos de un error de falsa apreciación personal, imite la conducta del General Páez : desconozca la institución, rasgue la ley, levante el acero contra el magistrado, atribuya á *enemistad personal* la aplicación de la justicia, y pida la sumisión de todas las autoridades legítimas, á fin de que no estalle la guerra civil y *corra la sangre*, derramada por la mano de los "valientes", irrespetados en sus fueros discrecionales de "héroes".

Tan insólitas ideas, tan encontrados sentimientos, los ratifica el General en carta privada al Libertador, que condujeron el coronel Diego Ibarra y el licenciado Diego Bautista Urbaneja : "*...yo me olvidé de los dieciseis años que habia servido á una República gobernada por hombres ingratos, de los grados militares que me preparaban tantos ocultos rivales, y de las*

—1— Idem, idem.

glorias que había conseguido con esfuerzos indecibles; yo arrojé sobre el suelo los uniformes que antes formaban mi gloria, para comenzar una vida enteramente nueva; muchos días estuve resistiéndome á volverlos á vestir á pesar de los ruegos é instancias de algunos amigos y de las solicitudes del pueblo, porque no podía verlos sin que se presentasen á mi corazón agitaciones y sentimientos tan contrarios de dolor, de ternura, de venganza y de cuanto puede maltratar á un hombre honrado, forzado y estrechado por sus enemigos á faltar á sus comprometimientos, para entrar en otros nuevos tan peligrosos y de consecuencias tan inciertas, que ahora mismo no sé si la posteridad respetará mi nombre ó si la infamia se apoderará de mi reputación" (1) . . .

Nó, General : mientras el-Arauca muja por entre los breñales de nuestra pampa nativa, mientras resplandezca la gran llanura de Carabobo, más allá de la existencia de los bastiones de Puerto Cabello, vivirá vuestra gloria, estrecha en los anales de Venezuela, creciente en la leyenda : la posteridad fijará vuestra efigie, cercada de encina y palmas, en la testera de los salones familiares : la posteridad, ni siquiera

—1—Páez al Libertador, carta de Caracas, 25 de mayo de 1826.

atacará la impostura con que la fábula ha divinizado vuestra primera vida en mi remota llanura, muy cerca, muy cerca, General, de mi abolengo paterno : la posteridad irá á abrir vuestro sarcófago á la tierra de Washington, frente á los veteranos de la gran guerra lincolniana, para traer reverente vuestras cenizas, bajo los cañones de una nave de glorioso nombre guerrero, hasta el sagrado del Panteón venezolano : la posteridad sellará imperecederamente con vuestro nombre tierra querida y dilectas cosas patrias, y os levantará un monumento perennizando vuestro gesto inefable del hato Marrereño. . . . Pero jamás será una infamia,—sino obra libertaria de humanidad,—mostrar á la posteridad el ejemplo dolentísimo de un día aciago de vuestra vida, á fin de que los héroes incommensurables como vos, huyan de vuestra tristeza y de vuestro dolor, y no aspiren, como aspiráisteis en 1826, al monopolio de todos los derechos humanos y al usufructo exclusivo de todos los fueros, reputando al resto de los hombres por párias, ilotas y pusilánimes. . . .

LAS FUENTES ENVENENADAS

En aquellos días menguados, todo fue singular y atentatorio. El señor don Domingo Navas Spínola, jefe político municipal de Caracas, al saber lo ocurrido en Valencia, se llena de impaciencia, de temor ó de deseo, y sin aguardar á que se cumplan imprescindibles formalidades y tramitaciones, se levanta ante el señor Mendoza, Intendente de Venezuela, *á pedirle explicaciones* (1).

El señor Mendoza contestó acompañándole copia de un extracto del acta valenciana. El señor Navas Spínola llamó en el acto á capítulo á sus colegas é hizo pasar invitación al mismo Intendente, á los ministros de la Corte superior de justicia, al comandante de armas y á cuantos vecinos se pudo.

-1- Acta de la municipalidad de Caracas, 5 de mayo de 1826.

De las autoridades prenombradas, no concurrió á la sala consistorial sino el Intendente. En su presencia y en la de los ediles, el señor Navas Spínola declaró que “el silencio de Caracas en acontecimiento de tanta entidad, *podía interpretarse siniestramente*”, y que *le parecía necesario* entrar en comunicaciones con S. E. y la ilustre municipalidad de Valencia, remitiéndoles una nota oficial, así como otra al excelentísimo señor General Santiago Mariño, Jefe de la vanguardia del ejército, acantonada en La Victoria.

Don José de Iribarren, síndico procurador general, fue más allá. Se levantó á proponer que se declarase explícita y categóricamente, que la municipalidad *y el pueblo de Caracas*, reconocían al excelentísimo señor General Páez en los mismos términos que en Valencia. Alzóse el señor Mendoza á replicar que él no podía entrar en determinaciones que no estuviesen en armonía con las leyes, que aún el acto en que se hallaban era ilegítimo, y que, por consiguiente, pedía permiso para retirarse de la sala capitular. . . . Era, siquiera, la posible, pobre protesta de la muceta frente al morrión amenazante.

Sometida á debate la proposición del señor Iribarren, tomaron parte en la discusión,—á semejanza del 19 de abril de 1810,—personas extrañas al ayuntamiento, *invi-*

tadas por el Presidente, “y por aclamación y el voto libre y espontáneo del pueblo y el particular de todos y cada uno de los miembros de la municipalidad, se declaró reconocer, como efectivamente se reconocía y reconoció, por Comandante General del Departamento al excelentísimo General Páez, en todo el lleno de sus facultades, adhiriéndose la municipalidad y pueblo de Caracas á los principios y causas proclamados por la municipalidad y pueblo de Valencia”. Propuso el mismo señor Iribarren, y se aceptó, que pasase una comisión compuesta de dos personas cerca de S. E. el General Páez, á llevarle aquella acta de reconocimiento y los poderes absolutos que ella le confería, para hacer *el bien y la felicidad de la patria*. Fueron nombrados los señores José Núñez de Cáceres y Pedro Pablo Díaz.

Se diputó otra comisión,—Tomás Lander y Francisco Rivas,—cerca de Mariño, para *felicitarle*, y darle noticia exacta de aquellas deliberaciones.

A Núñez de Cáceres y á Pedro Pablo Díaz se les encargó, además, que expresasen á la municipalidad de Valencia *la gratitud* de la de Caracas, su buena amistad, la armonía é identificación de *principios*.

Se acordó que tantas novedades se circularsen á todas las parroquias del can-

tón, que se imprimiesen en papel suelto y se fijasen en los parajes públicos, á costa de los fondos de propios.

Quedaba, pues, establecida, por el “Fundador de la república civil”, la primacía de la fuerza sobre el derecho: quedaba fundada la escuela de la inverecundia política: comenzaba á balbutirse el lenguaje mendaz de la farsa, florecido de pomposos vocablos y dictados hiperbólicos: se había descubierto el recurso del enguague cortesano, cohonestando el apetito cesáreo. El poder generador de la república, el poder municipal, atribuía espontánea ó complacientemente, á Páez, el derecho de interpretar *sinistramente* el respeto á las leyes: la sesión consistorial de Caracas, invitando al presidente á ciudadanos sin representación á opinar y votar en el debate, asumía el semblante jacobino de la asonada: se pronunciaron alevemente las palabras *pueblo, voto libre y principios*: Mariño, General en servicio, sometido á la severidad de la Ordenanza, era felicitado por el éxito de una jornada sediciosa: al jefe electo por el motín se le encomendaba *la felicidad de la patria*. . . . La linfa intoxicante, preparada en el conciliábulo de Valencia, arrojaba su mortífero rocío, —llevado por el viento frenético del atentado,—sobre todos los cálices de dignidad y de virtud públicas que fueron alegría y

orgullo de nuestro natalicio: la República, como la rosa de Malherbe, había vivido en Venezuela “tan sólo una mañana”.... La municipalidad de Caracas, repitiendo el somatén valenciano, tocaba la agonía de la patria el 5 de mayo de 1826.

El concejo de Valencia, ahora férvido club revolucionario, vuelve á reunirse el once, como una nueva cámara veneciana, para arrojar á la tiniebla de la historia y al silencio de las generaciones los despojos desarticulados y exangües de la ley. Resuelve que Páez designe el lugar donde deben reunirse los diputados de las municipalidades de Venezuela, para votar las siguientes proposiciones:

1.^a Exposición de los motivos que han obligado á los *pueblos* á reponer á S. E. en el mando y revestirlo de toda *la más* necesaria autoridad:

2.^a Resolución de acelerar la época fijada por la Constitución para las reformas:

3.^a Envío inmediato de un comisionado cerca del Libertador, llamándolo á Venezuela, para que indique á los restantes departamentos de la Gran Colombia la necesidad de convocar en 1826 la Gran Convención que la Carta señalaba para 1831:

4.^a Autorización plena al general Páez *para conservar el orden, mantener la tranquilidad pública, levantar ejércitos,*

con la denominación y funciones de Jefe Civil y Militar:

5^a Duración de esta discrecionalidad hasta la llegada del Libertador; y al llegar éste, convocatoria de los pueblos á elegir la forma de gobierno que más se adapte á su situación, á sus costumbres y á sus producciones:

6^a Ejercicio de la Jefatura Civil y Militar desde el mismo día once de mayo; y

7^a Reconocimiento formal de Páez por todas las autoridades existentes (1).

El catorce volvió á reunirse aquella facción, que conservaba su ilegítima denominación de Municipalidad, para tomar juramento al General Páez. . . . ¡Candorosa fórmula, que amenazaba interrumpir la tragedia con el *vaudeville*!

Páez juró “por Dios y los Santos Evangelios”, *guardar y hacer guardar las leyes establecidas*, ~~de~~ á condición de *no obedecer las órdenes de Bogotá*. . . . La historia descoge los labios y abre grandemente los ojos, en un gesto indescriptible de estupor! El sable, inmediatamente después que despedaza, pretende practicar muy raras soldaduras.

Juraron después, también “por Dios y los Santos Evangelios”, los señores del

-1- Acta de la municipalidad de Valencia, 11 de mayo de 1826.

conventículo, “desde el señor Gobernador, hasta el Síndico Procurador. . . .” (1).

¡Viejo Jehová, Señor de los ejércitos, desde Moisés hasta la más remota futura estirpe moral de Iván el Terrible, cuánta sangre se derramará en tu nombre!

Valencia, pues, foco de la sedición, daba la orden á Caracas repercusora. Los ediles de ésta se conciliaron otra vez, el dieciseis de mayo, para recibir, de regreso de su comisión, á Núñez de Cáceres y á Pedro Pablo Díaz, portadores de una comunicación de Páez y de las de rúbrica del ayuntamiento valenciano. Expresaba aquel jefe que deseaba venir á jurar también en Caracas, fórmula supérflua, porque de ser indispensable, el General habría tenido que concurrir también á Maracay, La Guaira, y cuantos pueblos iban obedeciendo al sable triunfante.

Vino, pues, á la capital del departamento; juró, y expidió la inevitable proclama, repitiendo lo que venía diciendo desde su alzamiento con el mando: que sus enemigos lo perseguían y que el pueblo lo había arrancado de las garras de sus enemigos. (2).

-1- Acta de la Municipalidad de Valencia, 14 de mayo de 1826.

-2- *Proclama*, cuartel general en Caracas, á 19 de mayo de 1826.

El 29 prestaron juramento de obediencia y fidelidad al General: Mariño; don Cristóbal Mendoza; el Provisor y Vicario Capitular, Doctor Jose Suárez Aguado; el Presidente de la Corte Superior de Justicia, Doctor Francisco Javier Yanes; el Contador General, José Manuel Landa; el Contador de dineros, Vicente Buróz; el Administrador de la renta del tabaco, José Manuel Sucre; el Juez letrado interino de hacienda y padre general de menores, licenciado Manuel López de Omeres; el jefe político, Navas Spínola; los alcaldes Francisco Ignacio Suárez y Jerónimo Pompa; todos los municipales, y el Secretario, Raimundo Rendón Sarmiento. Páez, al recibirles el juramento y pedirles ayuda, les dijo la consagrada cantinela: “En esta vez *que pensé* haber dado la última prueba de mi subordinación militar y de mi obediencia á las leyes, aun con peligro de mi honor y de mi vida, *los pueblos me han arrancado desde el centro de mi casa para ponerme al frente de los negocios públicos, y encargarme de sus destinos.....*” (1).

Vuelto á su casa, glosó esta inviolable explicación y la trasmitió atentamente al General Santader.

-1- Acta de la municipalidad de Caracas, de 29 de mayo de 1826.

Sin duda estimó que estaban ya cumplidos todos sus deberes; que ya había salido airoso y feliz de la aventura de asalto; que los procedimientos empleados desde enero, eran buenos ante la razón, ante la ley, ante la moral, ante la justicia, ante Bolívar, y ante la posteridad. . . . El hijo de mi país llanero, astuto picador de ejércitos y de fieras, creía ser cándido y sencillo.

EL ORIENTE Y LA PROTESTA

De los lindes del llano guariqueño á las selvas de Guayana, la brava tierra de Oriente, mostró adusta la fisonomía, interrogando aquella súbita novedad.

Allí mandaba el tremendo Bermúdez, comandante general del departamento del Orinoco. Apenas llega á noticia del violento y colérico cumanés lo que está aconteciendo en el centro, da el alerta á sus ejércitos y á sus pueblos, y se aperci-be á la defensa de la ley. “Compatriotas! —les dice. Por varios conductos he sido informado de un movimiento en el Departamento de Venezuela, cuyo carácter y circunstancias no había podido percibir con exactitud.... Hasta ahora, ningún aviso he recibido de las autoridades de Venezuela; pero por cartas venidas del puerto de la Guaira, á algunos vecinos de esta ciudad, por la exposición jurada de personas que han salido de allí después

del acontecimiento, y por el contenido de una acta de la municipalidad de Caracas, cuya copia, y la del oficio con que fue remitida á la de la Guaira, me ha sido presentada por el señor Gobernador de esta Provincia, he venido en conocimiento de los sucesos y procedimientos que han alterado el orden en las ciudades de Valencia y Caracas con las opiniones y voces que se divulgan, nacidas del mismo origen y capaces de turbar la confianza y reposo públicos. Todos estos diversos informes concuerdan entre sí, y me han determinado á adoptar, en obsequio de vuestra quietud é intereses y en cumplimiento del deber que me impone mi destino, la resolución de declarar, conforme á la ley de 28 de julio y decreto de 15 de agosto del año 1814, en estado de asamblea las provincias del Departamento" (1). Insertaba de seguidas el jefe del Oriente la comunicación de la municipalidad de Caracas á la de la Guaira, y agregaba: "Compatriotas: Venezuela se encuentra en la más triste situación, presa del espíritu funesto de la discordia. Las municipalidades de Valencia y Caracas *han traspasado los límites de sus facultades, ejerciendo las que no tiene la Nación misma mientras*

—1— *Proclama*, Barcelona, 16 de mayo de 1826.
—BERMUDEZ.—*F. Mejías*, secretario.

exista la Constitución. Las tropas destinadas á sostener el imperio de la ley, á hacer cumplir las determinaciones del Gobierno y de los Magistrados, y á defender las vidas y propiedades de los ciudadanos, se dice que han desconocido sus deberes, ejecutando algunas muertes violentas. Ellas se mueven después sobre la ciudad de Caracas, restituido al mando el Comandante General que se hallaba suspenso por disposición del Senado; y la municipalidad de aquella capital manifiesta el temor de que se interprete sinistramente su silencio, y convoca por esta causa las autoridades superiores del Departamento, cuya concurrencia no pudo lograr, á excepción de la del señor Intendente, que con la firmeza que era de esperarse de su carácter público, desaprobó no sólo el objeto de aquella reunión, sino la reunión misma por creerla contraria á las leyes. Tan justa y poderosa observación de la autoridad superior, sin cuya anuencia no pudo convocarse extraordinariamente la Municipalidad y mucho ménos el pueblo de Caracas, se ve con escándalo desatendida, procediendo aquella congregación tumultuariamente á reconocer al suspenso Comandante General, á darle facultades y plenos poderes vagos é indefinidos para tratar del arreglo de todo cuanto convenga al bien y felicidad

de la patria, á nombrar comisionados para presentar á los Beneméritos Generales Páez y Mariño esta determinación, para felicitarles, para entenderse con la municipalidad de Valencia y para asegurar á ésta su gratitud, buena amistad, armonía é identificación de principios.

“Todos estos hechos hacen comprender que el Departamento de Venezuela se halla *fuera del orden establecido por la Constitución y las leyes, admitiéndose la autoridad de un Jefe militar que no puede ejercerla, y despreciándose la del Primer Magistrado civil del Departamento.* Un trastorno total de las atribuciones de todos los funcionarios públicos me parece ser lo que indica esta extraña é irregular conducta, *y este desórden aparece provocado y apoyado por la fuerza militar.* Todo presenta el aspecto de una conmoción á mano armada para enervar las leyes y derrocar la Constitución de la República. En estas circunstancias, y mientras no tenga todas las seguridades de haber vuelto el Departamento de Venezuela al orden prescrito por aquellas, *es de mi deber prepararme para defender en caso necesario el Código de nuestros derechos, y para impedir que se intente turbar la tranquilidad que disfrutaban los habitantes de Orinoco*”.

Por esta razón había expedido el Gene-

ral Bermúdez, ese mismo día, el decreto de asamblea, cuyo fundamento decía: “atendiendo á que todos estos procedimientos caracterizan aquel atentado de insurrección á mano armada, especialmente cuando la superior autoridad civil de Venezuela ha manifestado su ilegalidad separándose del movimiento revolucionario; he venido en declarar y declaro, con arreglo á los artículos 20 y 50 del decreto de 15 de agosto del año 14º, que las provincias del Departamento Orinoco se hallan en estado de asamblea; que esta Comandancia General se encuentra en el caso de ejercer las facultades que se le detallan en el artículo 3º de la misma disposición, mandando que se comuniquen á los señores Intendente y al Gobernador de esta Provincia para que lo publiquen y circulen á quienes corresponda, como igualmente á todos los Comandantes de Armas de Provincia, por quienes así mismo se hará saber á sus subalternos”. (1).

El jefe del Oriente, al comentar los sucesos, concluía así: “Cuando se falta á la ley, y se rompe el vínculo de la obediencia para sostener á un funcionario público que según el orden judicial ha sido separado de su destino, se comete un atentado cuya magnitud se aumenta á

—1— *Decreto*, Barcelona, 15 de mayo de 1826.

proporción de los medios que se emplean para ello. La fuerza y el tumulto caracterizan entonces la rebelión; la anarquía es el resultado, la Constitución es hollada, sofocada la libertad de los pueblos, y el más fuerte es el que da la ley á los demás. Ninguna persona en la República *por elevados que sean sus méritos, por importantes que hayan sido y puedan ser sus servicios*, puede dejar de responder de su conducta en el ejercicio de la autoridad que le hubiese confiado la Nación; y por esta misma razón *no existe ningún poder para eximirle de esta estrecha obligación*. En nuestro sistema de Gobierno se desconocen los privilegios, y un privilegio tan absurdo como el de la irresponsabilidad de los empleados, sería el apoyo de la tiranía y el sepulcro de la libertad.

“Los rumores que se esparcen de intentarse un cambiamiento político, parecen tener por fundamento las facultades discrecionales concedidas al Benemérito General Páez por la municipalidad de Valencia, y los plenos poderes que la de Caracas confiere *para cuanto convenga al bien y felicidad de la patria*. (1). ¿De dónde han podido sacar esas Corporaciones, ni los habitantes de dos pueblos, aún cuando se les quisiese suponer cóm-

plices en este atentado, una facultad que sólo puede considerarse propia de la Nación entera?... Todo otro procedimiento constituye criminales de primer orden á sus autores, es un crimen de lesa patria, y á ningún ciudadano le es lícito permanecer espectador indiferente, sin ser un traidor, un perjurio, un hombre indigno de pertenecer á una sociedad libre.

“.... Puede ser que los proyectos de las municipalidades de Valencia y Caracas se destruyan en su misma cuna: tan difícil encuentro que un atentado tan absurdo pueda cautivar el juicio de ningún colombiano que no haya sido comprometido en los delirios de un puñado de hombres turbulentos, que no conocen el valor de los sacrificios que se han hecho para establecer un Gobierno y fijar las garantías de nuestra libertad política y civil. Yo no puedo persuadirme tampoco que el mismo Jefe cuya suspensión se ha tomado por pretexto, haya dado su aprobación á estas deliberaciones con que se ha hecho una verdadera ofensa á su delicadeza y principios”. (1).

Véase que la proclama de Bermúdez es una sumaria contra el atentado. El Oriente y el Orinoco responden dignamente á la actitud del airado Comandan-

te: Policarpo de Mata, comandante de armas de la isla de Margarita, se dirige á su jefe para participarle que cuando recibió aquella proclama, ya tenía conocimiento de las ocurrencias, por aviso del Intendente de la Provincia al gobernador de la isla, y que si por el momento la nueva había producido consternación, en el acto toda la región reaccionó, decidiéndose á no entrar en ninguna facción y á sostener al gobierno legítimo á todo trance, llegado el desgraciado caso de una agresión.

En efecto, Mata se puso al habla con el gobernador, Rafael de Guevara, á fin de concertarse en actitud, y citó, para las nueve de la mañana del domingo, 28 de mayo, á los comandantes y oficiales de cuerpos y batallones territoriales, para imponerlos verbalmente de la novedad, y recomendarles "obediencia á las leyes, al gobierno legítimo y á las demás obligaciones que tenían contraídas con la Nación". (1).

El 1º de junio se reunió la municipalidad de la Asunción: impuesta del acta de Caracas, que había remitido Navas Spínola, resolvió no hacer ninguna alteración en la isla, en el orden político y con-

—1— Policarpo de Mata al Comandante general del Departamento de Orinoco, Margarita, 20 de mayo de 1826.

servar ileso el juramento que se había prestado á la Constitución y leyes decretadas y sancionadas por el Congreso general de la República de Colombia. (1).

Barcelona había visto, al día siguiente de la proclama de Bermúdez, reunido su ayuntamiento, el cual acordó condenar altamente el arrojo conque los de Valencia y Caracas habían atropellado sus solemnes juramentos y las consideraciones y respetos sagrados que ha debido merecerles el Código fundamental, “la obra de todos los colombianos, y la garantía de su libertad y de sus derechos, *por sostener la impunidad de un solo hombre*, que no puede eximirse de dar cuenta de sus operaciones á la Nación que le confirió la autoridad que ha desempeñado”. (2). Firmaron aquel acuerdo: Antonio Morales Brito, Juan Gual, Ignacio Arismendi, Ramón Moreno, Ramón Camejo y Manuel Pino. Era Secretario de la corporación, Pedro María Planchart.

Oficial y particularmente le participó Bermúdez al Libertador todas aquellas ocurrencias. “Desde nuestra transformación política á esta parte,—le dice en el oficio,—no se había presentado á nues-

--1-- Acta de la municipalidad de la Asunción, 1º de junio de 1826.

--2-- Idem de Barcelona, 15 de mayo de 1826.

tra vista una época más triste que la que se trasluce ya como resultado de los desagradables sucesos que han tenido lugar en el Departamento de Venezuela, y de que considero ya á V. E. perfectamente impuesto por otras vías.

.....
“ Ninguna persona en Caracas se ha atrevido á ponerme siquiera una comunicación noticiándome las novedades de allí, cuya conducta me ha hecho dudar con generalidad de los sentimientos de aquellos vecinos, excepto el licenciado Francisco Aranda, que obediente al gobierno y deseando conservar sin interrupción su amor á la Constitución y á las leyes, se puso en marcha para esta capital, donde existe....

“ El Benemérito señor General de División José Tadeo Monagas, luego que fue impuesto del acontecimiento se presentó en esta capital á pedir órdenes, manifestando al mismo tiempo que estaba resuelto á sostener el crédito y dignidad del Gobierno. En consecuencia, le ordené marchase inmediatamente para el interior de esta provincia con instrucciones mías.

.....
“ Veo sumamente expuesta la existencia de la República, *perdido en mucha parte el concepto que había alcanzado en-*

tre las demás Naciones, precipitados los pueblos en un abismo de males. . . . Cuento V. E. repito, con que mi espada aún no se ha envainado, con la dulce idea de cooperar con la de V. E. á la salvación de la Patria, y al exterminio de esos turbulentos que ignoran cuanto nos ha costado el gran edificio de libertad que intentan derribar.” (1)

Ideas que el General Bermúdez ratifica en su carta: “El señor General Páez, nuestro compañero de armas, *acaba de dar una herida mortal á la República*, pues aunque ciertamente no sucumbirá, tampoco dejamos de perder nuestro crédito entre las demás Naciones, y los españoles verán cumplido lo que tantas veces han dicho: que nosotros somos incapaces de gobernarnos.

.....
 “S. E. el General Arismendi ha contribuido sobre manera á que allá [en Margarita], se conserve el amor á las leyes y á la Constitución; pues en el instante en que supo por mi conducto y el del señor Intendente las ocurrencias de Venezuela, marchó á Margarita, y su presencia fue bastante á reanimar aquellos vecinos en sus deberes” (2).

—1— Bermúdez al Libertador, oficio de 8 de junio de 1825

—2— *Idem*, carta de la misma fecha.

El doctor Cristóbal Mendoza le escribía al General Bermúdez, con fecha 23 de mayo, recomendándole calma y prudencia en aquellos momentos. Poseo autógrafa é inédita la respuesta del bravo cumanés, que contiene párrafos como los que siguen: “ Mi prudencia, mi amor á la causa de la Libertad, mi interés por el bien general y mil razones más que no están distantes de mi imaginación, me harán conducir con el mayor acierto en una situación tan triste como la en que se encuentran todos los pueblos de la antigua Venezuela. Protesto por lo más sagrado que ningún paso hostil daré, que por ningún motivo provocaré la guerra civil y que eludiré cuantos medios puedan presentárseme para hacer derramar la sangre de nuestros mismos hermanos.

.....
“ Estoy pronto á marchar á esa capital ó á cualquiera otra parte de su provincia, en el momento que se me avise que el General Bolívar ha llegado, pues al efecto le escribo con esta fecha á mi compañero el General Páez ” (1).

Así, mientras Bermúdez, el discolo Bermúdez, lustraba en los altares de la Patria sus viejas responsabilidades de insubordi-

—1— Bermúdez á don Cristóbal Mendoza, carta inédita, Barcelona, 17 de junio de 1826.

nación y rebeldía, Páez el esclarecido hasta la gloria de Carabobo, descomponía con un gesto tristísimo su olímpica actitud legendaria, y era ya impotente á contenerlo en la caída nefasta la prevención amenazante del terrible oriental.

ACTITUD DEL GENERAL SANTANDER

I

Conozco al General Santander. Su vida, su acción, su papel, su influencia en la Gran Colombia, son de una importancia tan trascendente y de un interés tan serio, que merecen otra cosa que el desdén irrespetuoso, ó el vilipendio sistemático. No era, sin duda, un quídam, ni un perdulario sin merced, el hombre á quien Bolívar escoge con sostenida decisión, para la tarea probática y abrumadora de habituar á un pueblo de guerreros, solos vasallos de la fuerza en los campos de pelea afortunada y enardeciente, habituarlo, digo, á la disciplina de la ley y al imperio de la justicia, sometiéndolo á un aprendizaje de nación y enseñando que el poder moral debe primar á los derechos privilegiados del éxito y del denuedo. Cada vez que yo hablo del Vicepresidente de Colombia y le atribuyo algún mérito eximio, me refiero á

sucesos, épocas, momentos definidos, de indispensable mención en estos estudios, y jamás pretendiendo excusar las inexcusables faltas de Santander, ni escamoteándolo á las responsabilidades terribles de la historia; pero jamás tampoco aspirando á degradarlo en la hora exacta y notoria de su altitud, para encenagar, por un humor voluntarioso de originalidad, lo que en ese instante brilla como un honor de la vida colombiana.

¿Que odiaba á los venezolanos? Ni la historia es tan poco circunspecta para asir contra sus grandes figuras puerilidades baladíes de mentideros públicos; ni aquella inquina, aquel odio, aquella hostilidad, ó prevención, ó colisión, es asunto tan superficial, como para ser tratado y resuelto con una frase y un gesto deprimentes y despectivos. Es cuestión algo más profunda é interesante, materia de pura psicología colectiva, propuesta de investigación científica, más ardua que los temas del corrillo. Ese sentimiento que nos escuece,—como el nuestro á los granadinos,—no es exclusivo del alma del General Santander: por causas muy remotas y desde tiempos originales, las psíquicas venezolana y neo-colombiana se tropiezan, se malquieren, se repugnan, como la argentina y la chilena: el suceso, el detalle, no son sino ocasiones para soliviantar el senti-

miento de repulsión que ritma bajo los flancos de ambas fieras, mal encadenado por los consejos mútuos del interés, de la razón, de la civilidad, empeñadas en una brega fatigante contra las direcciones dinámicas de la invencible y eternal naturaleza. Esta cuestión no pertenece ni á la lírica ni á la literatura. . . .

Recuérdese á qué flojos subterfugios apeló el General Santander, para impedir los efectos de la ley sobre el General Páez, cuando la Cámara procedió á sumariarlo por el reclutamiento de las milicias. A mayor abundamiento, en carta privada, Santander decía á Bolívar: "Ayer ha admitido el Senado la acusación contra Páez por la Cámara de Representantes, *por frioleras cometidas por él en Caracas* en el arreglo de la milicia. *Me tiene muy molesto toda esta cosa*". (1).

Y á medida que los sucesos van marchando, á medida que van siendo conocidos en Bogotá, con todas sus alternativas, Santander va esclareciendo su criterio, rectificando su opinión, sin precipitaciones, antes bien, atenuando su impresión con esperanzas y disimulos. Cuando comienzan aquellas manifestaciones que la carta de Páez á Bolívar sintentiza en una proposición de nuevo Brumario, Santan-

-1- Carta al Libertador, Bogotá, 23 de marzo de 1826.

der escribe: “ Páez ha cometido absurdos y extravíos inconstitucionales, que el pueblo de Caracas ha reclamado con vigor, y esta conducta no la ha podido sufrir él *que estaba acostumbrado á deliberar y ejecutar sin contradicciones*. Mucho siento que Páez se haya dejado guiar por cuatro facciosos; *él tiene buen corazón y sanas intenciones*; pero muy propenso al halago y lisonja, sus consejeros han sabido tocarle esta fibra.

“ El Congreso se ha mostrado firme, y ha hecho la prueba de si tiene la fuerza moral correspondiente para reparar abusos, velar por las libertades públicas y *hacerle entender á los primeros jefes de la República que sus servicios y heroicidades no son salvoconducto para vejar á los ciudadanos*. Ya U. vió en mis anteriores cartas *que no he sido de opinión de que se acuse al General Páez*, porque no creía bien documentado el expediente, y *porque tampoco era oportuno* ”. (1).

Y cuando el Congreso de Colombia, al mismo tiempo que llama á juicio á Páez, destituye á Carabaño de su mandato por no haber concurrido á las sesiones, multa á Pedro Pablo Díaz en 3000 pesos, declara que los senadores Mariño y Tovar “ han faltado á sus deberes ”, también por ina-

—1— Carta al Libertador, Bogotá, 6 de mayo de 1826.

sistencia, el General Santander dice: “Las Cámaras del Congreso han sido, en mi humilde opinión, muy severas, y parece que han tirado el último albur para probar la estabilidad de la República. . . . Yo no he podido influir en evitar *estos bochornos*; los congresistas dicen que son pruebas de energía y firmeza para consolidar la República. Así sea”. (1).

Cuando comienzan á llegar informes de los acontecimientos de Valencia, Santander avisa: “hasta hoy no puedo decir qué es lo que ha habido positivamente; si Páez es rebelde, si el ejército y el pueblo lo siguen, ó si las medidas que se dice han tomado, son de pura precaución y provisorias. He tenido una pesadumbre cruel, y quisiera morirme antes que presenciar el primer grito de insurrección en esta nuestra República, cuyo orden interior se admiraba en Europa y cuya estabilidad iba ganándole reputación y bien merecido crédito”. (2).

Y cuando ya el hecho es irremediable, inevitable el escándalo, consumada la muerte moral de la República, Santander exclama: “Las precipitaciones del Congreso nos han dado un golpe mortal. La acusación contra Páez, *á la cual me opuse con todas mis fuerzas*, ha producido

—1— Carta al Libertador, Bogotá, 21 de mayo de 1826.

—2— Idem., Bogotá, 6 de junio de 1826.

una conmoción en Venezuela, conmoción que quisiera borrar con mi sangre, para salvar el crédito de la República. Vea U. los documentos que le acompaño en una comunicación oficial. El corazón se me parte de dolor al contemplar que hemos estado trabajando tantos años para establecer el orden público, *para amalgamar tantos elementos heterogéneos*, y para darle crédito á nuestra patria en los pueblos y gobiernos extranjeros, y que en un día retrogradamos medio siglo *por las liberalidades extemporáneas del Congreso*, y aparezcamos delante del mundo como unos facciosos indignos de pertenecer á una nación civilizada. ¿Qué dirán los españoles que mil veces nos han pintado como anarquistas? ¿Qué dirá esa Inglaterra cuyo parlamento cien veces ha resonado con los elogios y aplausos debidamente hechos á Colombia? ¿Que dirán los demás Estados americanos que miraban con laudable emulación los adelantamientos de esta República? ¿Y qué dirá U. que tanto confiaba en nuestra circunspección y medidas prudentes?....

“Me he contraído hasta ahora á impedir que el contagio pase á los demás departamentos de la antigua Venezuela, que es lo que pretenden los facciosos para poder con el voto del pueblo cohonestar la insurrección del 30 de abril y sostener

la desunión. El doctor Peña y los antiguos facciosos de Caracas son los motores de este movimiento en que Páez y Mariño hacen el papel de instrumentos...." (1).

¿Hay algo en esa correspondencia día á día, que denuncie un *odio* determinado contra los venezolanos? La palabra de Santander pretende, en el asunto cardinal, ser atenuante del delito, y carga más sobre el Congreso de Colombia en el cual faltaban, precisamente, los venezolanos que acusaban al General Santander de deliberaciones hostiles á nosotros. El lenguaje del Vicepresidente de Colombia es el mismo que tienen y mantendrán siempre la historia y la posteridad, cuando nos referimos al crédito admirable que consolidaba en el mundo la magna República, al papel honorable que prometíamos representar egregiamente entre las naciones, al derrumbamiento repentino de todas las esperanzas de la humanidad liberal, por la mano brutal de un soldado en mala hora poseído del genio demoníaco de la ambición sin gloria; y al chasco, para nosotros vergonzoso, con que desde entonces burlamos las ilusiones de la Civilización....

Más áspero que el de Santander, más duro, á las veces más cruel, en ocasiones

—1— Carta al Libertador, Bogotá, 9 de junio de 1826.

más intemperante, fue en aquella época el lenguaje de hombres que habían sido, ó eran, compañeros de armas, amigos personales, camaradas de ideal, aún encubridores desleales de Páez. Adelante de estas páginas se verá cómo se expresaban, respecto al personaje y á los sucesos, don Cristóbal Mendoza, el mismo Núñez de Cáceres, Francisco Ribas, Tadeo Monagas, Laurencio Silva, Alamo, Austria, Diego Ibarra, el marqués del Toro, Arismendi, todos venezolanos. Justamente, la *Cosiata* fue la fundadora, en la política venezolana, de esos recursos falaces que intentan justificar el delito invocando la naturaleza de los sentimientos personales de los que contra él protestan, ó en nombre del derecho, ó en nombre de la civilización. ¿No era Páez quien estuvo excusando su conducta con el pretexto de que á ella lo obligaba el odio de sus *enemigos*? ¿Por ventura sus enemigos obtuvieron la manera milagrosa y mágica de que él atropellase al pueblo de Caracas á pretexto de milicias? ¿Fueron acaso sus enemigos los que le tomaron la voluntad, como se ase el brazo inerte de un maniquí, para que se alzase con la dictadura de Venezuela?.... Funesto lenguaje, para el cual no ha habido química bastante poderosa á borrarlo del breviario de todos los facciosos!....

II

En presencia de hechos que en vano trata de excusar, ó por un error de apreciación, ó por cálculo político; de frente al más grave conflicto que le ofrecen sus deberes de magistrado, porta el Vicepresidente de Colombia las investiduras de la ley, y, en vista de las comunicaciones del gobernador de Carabobo, de fecha 9 de mayo, las del Intendente de Venezuela, de 2 y 7 del mismo mes, la del general José Antonio Páez, de 29 de mayo, y las demás recibidas sucesivamente, en las Secretarías del Interior y de Guerra, de parte de la Intendencia y Comandancia General del Departamento de Maturín, y de la Intendencia y Comandancia General del Orinoco; resultando de todos estos documentos que un tumulto formado en Valencia el día 30 de abril, forzó á la municipalidad de aquella ciudad á usurparse funciones que en ningún caso y manera podían competerle, como la de suspender los efectos del artículo 100 de la Constitución en favor del general Páez, acusado por la Cámara de Representantes ante el Senado; resultando que el general Páez, por una conducta inexplicable, al paso

que desobedecía las órdenes del Senado y del Poder Ejecutivo, á quienes debía obediencia legal, prestaba voluntaria sumisión á la tumultuaria é inconstitucional determinación de la municipalidad de Valencia de reponerlo en la Comandancia General de que lo suspendía la Constitución; resultando que después de estos actos ilegales y atentatorios contra las leyes, se había requerido de otras municipalidades su acción al acto de la de Valencia, intimidándolas para que faltasen á sus deberes y se usurpasen una representación que nunca habían tenido; resultando que posteriormente se llegó al extremo de que dos Cabildos conviniesen en un plan provisorio de administración para Venezuela, creando una autoridad desconocida en la Constitución de la República, confiriéndola al mismo general Páez, exigiéndole un juramento contrario á las leyes fundamentales, rompiendo de hecho la unidad del Gobierno, empleando la fuerza armada en sostener tantos y tan horribles atentados, y oprimiendo así la libre voluntad de los pueblos; considerando que en todos los actos dichos, se habían quebrantado é infringido escandalosamente los artículos 5, 10, 97, 100, 117, 151, 157, 185 y 191 de la Constitución y todas las leyes orgánicas y civiles que emanaban de ellos, el Vicepresidente de Colombia,

prévio el dictamen del Consejo de Gobierno, decretó:

1º El departamento de Venezuela, oprimido por la fuerza militar que mantenía en él el Gobierno, bajo las órdenes del general José Antonio Páez, y sujeto á una autoridad inconstitucional, merecía un cuidado particular del Gobierno, á fin de que volviese á gozar del régimen legal, interrumpido por consecuencia de los sucesos del 30 de abril, en Valencia:

2º El tumulto de Valencia, cuyas consecuencias interrumpieron la marcha del sistema político proclamado, recibido y jurado por toda la nación, es una verdadera insurrección á mano armada, que amenaza la seguridad de la República y pone al Poder Ejecutivo en el caso del artículo 128 de la Constitución:

3º Las municipalidades y las parroquias de Venezuela y de la provincia de Apure, que prestaron su aquiescencia al acto de la de Valencia y la misma municipalidad de Valencia, eran excusables á los ojos del Poder Ejecutivo, si se comprobaba, como lo creía el Gobierno, que sus procedimientos fueron dictados por el temor de la fuerza; pero eran responsables en cuanto prestasen espontáneos servicios, ó los hiciesen prestar á los pueblos en favor de la insurrección, desde que el Gobierno los protegiese debidamente:

4º Era nulo y de ningún valor y efecto todo cuanto se hubiere ejecutado, convenido, estipulado, ó dispuesto en cualquier ramo de la administración, y se ejecutare, conviniera, estipulare ó dispusiere, directa ó indirectamente, por el General José Antonio Páez, así en calidad de Jefe Civil y Militar de Venezuela, como en la de Comandante General, desde el día 30 de abril:

5º Puesto de hecho el departamento de Venezuela fuera de la obediencia constitucional, el Gobierno no respondía de la seguridad individual, ni de las propiedades de los extranjeros que residieran en él ó pudieran residir durante la crisis:

6º En favor de los pueblos de Venezuela á quienes el Gobierno debía toda la atención paternal que le permitían las leyes, no se interrumpiría la comunicación del Gobierno con las autoridades legítimamente establecidas, y, por consiguiente, se les transmitirían las leyes y órdenes correspondientes á su ejecución y á la mejor administración del Departamento, y sobre cuya inobediencia serían responsables en la forma legal:

7º Por decretos ulteriores se determinaría el uso que haría el Poder Ejecutivo de las facultades que le atribuía el artículo 128 de la Constitución, en favor del orden y de la tranquilidad de Venezuela

y de cualquiera otro distrito que la pudiera necesitar, para lo cual se esperaría el resultado de las diferentes medidas, resoluciones y órdenes expedidas por el Gobierno desde el 3 de junio:

8º El Poder Ejecutivo expondría á la República, en un Manifiesto, los acaecimientos mencionados y las consideraciones oportunas, á fin de robustecer con la opinión nacional su conducta administrativa. (1).

Como se observará, el Vicepresidente de Colombia pudo conciliar tan hábil como inteligentemente sus severos deberes de aquel instante con su deseo de evitar mayores complicaciones: honor á él, si el estadista supo vencer al rencoroso hombre de política de que se le acusa estuvo siempre poseído. El envía seguridad á los leales, de que Venezuela está sobre el tapete de Colombia: él excusa deliberadamente la pusilanimidad, ó la complicidad, ó la adversidad de los concejos municipales, para no exacerbarlos ó confundirlos: él ratifica que la autoridad de Páez ha sido legítima hasta el 30 de abril: él previene á los extranjeros contra ulteriores reclamaciones; y no deja á merced de la turbulencia á los leales

--1-- Decreto del Poder Ejecutivo, Bogotá, á 8 de junio de 1826.

como Urdaneta, Bermúdez, Guerrero; y espera sereno el resultado de sus providencias. Está actuando el hombre de la ley, conciente, estricto, circunspecto: en este momento, Santander es digno de respeto, de acatamiento y de justicia.

Trasmite su decreto al Libertador Presidente, con la grave seriedad y la sobriedad solemne que su rango y la circunstancia demandan: “Excelentísimo Señor: Tengo el disgusto de comunicar á V. E. un suceso acaecido en Valencia de Venezuela, que es un concepto del Gobierno *la señal del rompimiento de la Ley fundamental de Colombia*”. (1). Prosigue el Vicepresidente relatando los acontecimientos, desde sus antecedentes de enero, hasta la fecha de la proclama de Páez, después del famoso juramento en Caracas. “Este cuadro,—continúa,—me parece suficiente para traspasar de dolor el corazón de V. E. pues no se ve en él sino *la insubordinación al Gobierno; la infracción de las leyes fundamentales, la anarquía, y quien sabe si la guerra civil*. La señal de desunión está dada, y Colombia se verá despedazada por sus propios hijos, y lo que es más doloroso, *por los que le habían jurado ciega obediencia,*

--1-- Oficio al Libertador, Bogotá, 9 de junio de 1826.

por los que le habían prometido todo género de sacrificios,....por los que han recibido mayores beneficios del Gobierno. Nuestra historia no presenta un suceso igual: si él hubiera ocurrido antes del establecimiento del orden constitucional, antes de que Colombia adquiriese reputación y gloria inmarcesibles, y antes de que dos Naciones ilustres la hubiesen recibido como Nación Soberana, no sería tan funesto ni sensible. Las pérdidas no serían entonces tan inmensas. Pero hoy, á los cinco años de unión y de alguna estabilidad, cuando los Parlamentos europeos han tronado con los elogios debidos de justicia á la República, cuando algunos Gabinetes se disponían á imitar la conducta de la Gran Bretaña, cuando, en fin, la misma España se sentía conmovida por nuestros progresos y sus reveses á volver los ojos hacia sus antiguas colonias y tratarlas como Estados independientes, *aparecer una facción militar dando leyes á la Nación*, insubordinándose al Gobierno establecido por la voluntad general, despedazando la Constitución, intimidando á los pueblos y empleando la fuerza armada en tumultos y alborotos, *es el golpe más cruel que la República, el Gobierno, V. E. y todo patriota pueden haber recibido*". (1).

Irreplicable, elocuente y contundente.
Todavía requiere más amplio esclarecimiento de justicia y de reconocimiento la actitud del Vicepresidente de Colombia en 1826.

III

Una exclamación de despecho y desaliento sale de los labios del general Santander, cuando ve que las inquietudes del Sur se complican con los sucesos de Venezuela: “La América,—le dice al Libertador,—está condenada al desórden promovido por la ambición de sus hijos: los españoles, que no pueden menos que haber conocido bastante á sus hijos, estaban diciendo constantemente: que los Estados americanos se destruirían por sí mismos, porque todos quieren gobernar, todos quieren organizar, y todos reformar”(1)

“Nada sé,—agrega,— de Páez ni de Venezuela á ciencia cierta, pues ninguno me ha escrito de oficio. Pero no tengo duda de que todos los desorganizadores trabajan por llevar á cabo su proyecto de separar á Venezuela de la antigua Nueva Granada”.

Esta leyenda del odio de Santander salió del propio conventículo que se juramentó para arruinar á Colombia, con tal de destruir á su Vicepresidente. La venganza personal tenía en más á la persona

-1- Carta al Libertador, Bogotá, 21 de junio de 1826.

del magistrado, que á aquella gran nación,—competidora de los viejos imperios guerreros,—que fue honra del tiempo y será orgullo de la historia americana. A la intriga infatigable, temible y poderosa de Santander, la politiquilla de parroquia opuso rústicos recursos de palurdos, contentos ante sí mismos con un triunfo de aldehuela. Páez, sincerándose ante Bolívar, da como explicación de los hechos el resultado de la inquina rencorosa del general Santander. Este se refiere á ello cuando escribe: “He visto el atrevido oficio de Páez á U., en que me atribuye su acusación y me pinta con un carácter insidioso: U. sabe *que he sido contrario á tal acusación y que he defendido al general Páez*. . . . Páez habla lo que le hacen decir Peña y Carabaño, y para cohonestar la rebelión, me insulta inicualemente”. (1) En este punto, el Vicepresidente de Colombia, que cuando replicaba era amargo é hiriente, deja correr su pluma lesiva: “Ya se vé, dice, la obscuridad de principios de Páez, su ambición y el haber siempre sido bochinchero, no podía dictar mejores expresiones contra mí que las que ha empleado para con U. No se puede hacer bien á hombres tan ruines y tan brutos”.

-1- Idem, Bogotá, 22 de junio de 1826.

Ya se sabe como contestó el Libertador la carta en que el general Páez le mostraba la gloria de Napoleón, excitándolo á ceñir la corona de Colombia: “El título de *Libertador*, decía Bolívar, me es superior á cuantos ha concebido el orgullo humano, y, por tanto, me es imposible degradarlo”. Esa respuesta no llegó oportunamente á poder del general Páez, porque Santander la detuvo, por las razones que van á leerse: “Yo he detenido la carta de U. á Páez en que le respondía á su propuesta de imitar á Napoleón, *porque llegó á tiempo en que había sido llamado por el Senado para ser juzgado, y temí que dicha carta le corroborase cualquiera deseo de insubordinarse*. También he detenido otra carta de U., porque no puede ya llegar á tiempo. Avísolo para su gobierno.

“Ya U. sabrá que ni Urdaneta, ni Bermúdez ni Guerrero han avenídose á la insurrección de Páez: que los Departamentos en donde mandan dichos Generales permanecen unidos al Gobierno, con excepción del Bajo Apure; y que *los pueblos de Venezuela no han tomado más parte en esta infame rebelión que la de someterse á la fuerza del mando de Páez*. Hasta ahora voy logrando mi plan, que es el de reducir la insurrección al menor círculo posible y á la menor expresión. *Jamás culparé al ejército ni á los pueblos de Ve-*

nezuela, pues en todos sus actos he visto que no han tenido otro partido que elegir, que el de ceder á la fuerza armada. Así lo declaro en el excelente manifiesto que se está trabajando para dar cuenta á la Nación. Por ahora y mientras acabo de conocer la opinión pública, y sé el partido que U. tome en estas terribles circunstancias, me he limitado á declarar nulo todo cuanto se haga por virtud de la autoridad de Páez como Jefe Civil y Militar de Venezuela, y á manifestar que aquel Departamento está oprimido por una insurrección militar. Yo soy amigo de las leyes por convencimiento, y las sostendré como ciudadano; soy militar, y debo sostenerlas en calidad de tal; soy magistrado y actualmente el Primer Magistrado de la República, y mi deber es morir en la demanda sosteniendo el régimen constitucional. Prefiero ser víctima de la rebelión, á que la República y el mundo liberal me tilden de traidor. En mi opinión, cediendo yo á la insurrección de Páez ó disimulándola, sería tan delincuente como Torre-Tagle ó Berindoaga. Napoleón aturdió al mundo con sus hazañas militares, y el mundo lo llama usurpador y tirano; y todo hombre liberal, al recordar estos títulos, olvida las glorias militares de aquel gran capitán y hombre de Estado. Si no temiera

envolver á Venezuela y Nueva Granada en una guerra de localidades, que sería tan funesta al país como la de Cartago y Roma, ya estaría reuniendo un ejército para hacerlo marchar contra Páez; pero amo mucho á los colombianos, amo infinito á este país, y temo que vayan á perderse los esfuerzos de diez y seis años dirigidos á buscar la paz bajo un régimen legal é independiente de España. Por eso, me voy conduciendo con prudencia y circunspección, esperando á que la fuerza moral sea la que reprima la insurrección, y á que tome un partido capaz de asegurar la integridad de la República, el imperio de la Constitución y la paz más cordial entre todos los pueblos de Colombia. *Remito á U. una copia de la carta confidencial que le he escrito á Páez* (1). Este paso me pareció preciso para tranquilizar mi corazón, y robustecer mis medidas, haciéndolas no sólo justas, sino populares.

“En el oficio de Páez á U., escrito por el animoso Peña, me han llenado de groseros é inmerecidos insultos. U. sabe cuál ha sido mi conducta con Páez, con Venezuela y con toda la República; sabe á cuáles disposiciones del Congreso he concurrido y á cuáles me he opuesto; *sabe mi repugnancia á que se acusase al gene-*

—1— Véase al final de este capítulo.

ral Páez. y los pasos que dí para impedirlo...." (1).

Esa carta confidencial á Páez, á que se refiere el general Santander, es uno de los más altos y brillantes documentos de la historia de Colombia; es digna del hombre inteligentísimo y conciente que, él sí, estaba ejerciendo la enseñanza civil de la República.

Dice así:

Al Benemérito General en Jefe José Antonio Páez.

Bogotá, 12 de Junio de 1826.

Mi apreciadísimo General, compañero y amigo :

No creo que se hayan roto estos preciosos vínculos después de los desagradables sucesos que han ocurrido en Valencia el 30 de Abril. Esta confianza y mi patriotismo, más que otro algún motivo me impelen á escribir á U. con la verdad, franqueza y amistad con que lo he hecho siempre.

Por supuesto, no debe U. esperar que yo apruebe las medidas tomadas en esa ciudad para continuar el mando militar del Departamento en U., porque es inconstitucional la reunión nula del pueblo,

—1— Carta al Libertador, Bogotá, 6 de julio de 1826.

es inconstitucional el procedimiento de la municipalidad y es inconstitucional la obediencia de U. á tal determinación. ¿Es posible, General, que U. haya hecho el papel de espectador de tantos actos indebidos é ilegales? ¿U. que ha ganado sus laureles obedeciendo á las leyes, U. que ha anunciado á los pueblos que no trabajaba ni se sacrificaba sino por la libertad y el régimen legal, U. que ha concurrido á sostener los representantes de la Nación, que ha jurado la Constitución, que ha prometido á la faz del mundo sostenerla y defenderla y que ha ofrecido su espada para castigar las usurpaciones que se hicieran contra el poder de las leyes? Me aturdo, cómo es que U. haya podido prestarse á las maquinaciones de los enemigos del orden.

¡Que carrera tan gloriosa se había abierto á U. con motivo de la acusación ante el Senado! Ya U. había pasado por todas las pruebas fuertes de la campaña y de las batallas, de las angustias y de las privaciones, de la anarquía y de la disolución del pacto social. Colombia, la América, la Europa admiran la constancia de U., su valor, su actividad, su prudencia, todas esas cualidades de que lo dotó la naturaleza y que supo U. desplegar en tiempos calamitosos; pero aún faltaba á U. una prueba más fuerte y delicada: la de some-

terse ciegamente al juicio de un tribunal creado por la Nación, y hacer brillar ante él su inocencia y su conducta. Esta era la prueba que realzaba sus glorias militares, su patriotismo, su amor á las leyes, su adhesión al sistema político, sus miras y todos sus servicios. Esta era la prueba que consolidaba las instituciones, afianzaba la reputación de Colombia, servía de ejemplo á todos los militares, desarmaba al enemigo común, alertaba á los amigos de la América en Europa y consolaba á todos los colombianos; esta era la prueba que confundía á sus enemigos individuales, que reconciliaba á sus contrarios con U., que desmentía los pronósticos de los enemigos de Colombia, que regocijaba á sus amigos y que immortalizaba su nombre.

El General Páez, presentado ante el Senado Colombiano á dar cuenta de su conducta en virtud de una ley fundamental! ¡Que gloria para U.! ¡Que gloria para su Patria! Camilo partiendo de Roma desterrado en virtud del mandato del pueblo, y Coriolano despidiéndose de su familia para ir á cumplir el destierro que le impuso una ley injusta; Arístides abandonando á Atenas por un injusto ostracismo, no serían tan grandes y tan dignos de la inmortalidad como lo sería U. viniendo á sufrir un juicio que, sin

duda alguna, triunfaría su inocencia y confundiría á sus enemigos.

Pero, ay mi querido amigo ! que si U. insiste en sostener la insubordinación pronunciada en Valencia, *su nombre va á ser execrado*, las lágrimas de los colombianos irán acompañadas de maldiciones sobre U., y los amigos de la libertad no pronunciarán al General Páez, sino con odio é indignación ! ¿Qué necesidad había de ese tumulto popular, ni de la concurrencia del Cabildo de Valencia, ni de que U. debiese su restitución á la Comandancia general á un acto ilegal y que condenará todo hombre sensato ? *¿No pudo U. más bien haber retenido el mando y haberme enriado un oficial por la posta, indicándome los males que iban á seguir y las providencias que convendría dictar ?* Yo le protesto á U. que mi plan era capaz de consolidarlo todo; el General Bermúdez debía ir á mandar el Departamento ó el General Mariño, si representaba U. fundadamente que no podía venir á la Corte Marcial; U. quedaba allá hasta noviembre, por si los enemigos hacían algún amago de invasión; yo le habría dado á U. el mando del ejército de operaciones y el otro General tendría el del Departamento, que era el que el Senado le habia suspendido. *Nunca creí que U. fuese capaz de ceder ni al tumulto de una población, ni á las*

insinuaciones de un Cabildo; aseguré á todos que U. obedecía y que venía á juicio, porque tenía confianza en su carácter y principios, pero el golpe de 30 de abril me ha avergonzado y no he tenido qué responder á los que me han reconvenido.

Hablemos claro, mi querido General. Los amigos de la Federación, los enemigos del Gobierno y quizá los míos personales, se han valido de esta ocasión para poner en planta sus miras y *se han servido de U. como instrumento.* Las indicaciones que U. me hizo en su carta del 29 de abril, todas sus noticias anteriores y lo que yo sé que ha pasado, forman mi persuasión. ¡Qué locuras! Sí, General, son locuras pensar ahora en Federación, cuando todavía están examinando las potencias extranjeras nuestros recursos y estabilidad; cuando los españoles hacen preparativos para invadirnos; cuando los hombres sensatos de la antigua Capitanía General de Venezuela no estiman oportuno el tiempo presente para tomar una resolución tan delicada. No dudo que los Cabildos que temen el poder del ejército de U. se adhieran al acto inconstitucional de Valencia; pero no creo que se adhieran los Departamentos del Orinoco, Apure y Zulia, con excepción de una ú otra Municipalidad. El paso de Valencia es impopular, su origen es una insubordinación, y

los hombres que dirigen el negocio son personas que no tienen influjo sólido y fundado en el país. ¿No vé U. que todo el mundo dirá que el que se presenta protegiendo el partido federativo es un General que no quiso concurrir al juicio á que le llama un tribunal tan respetable y tan legítimo como el Senado de Colombia? ¿No vé U., que han de decir todos que el Doctor Peña ha interrenido y fomentado la insurrección, por no responder al cargo de los veinticinco mil pesos que se supone quitó al Erario. (1). ¿No vé U. que la población de Valencia no es de las más numerosas de Venezuela y que, aunque lo fuera, un pueblo no tiene derecho de dar leyes á los demás? ¿No vé U. que todos atribuirán al temor que inspira U. con el ejército la adhesión de los otros Cabildos y la aprobación de los pueblos del Departamento? ¿No vé U. que un sistema cuyo origen es la insubordinación, cuyo progreso es obra de la fuerza, no puede tener estabilidad ni suceso? Bien sé que

-1- A este propósito, el doctor Gil Fortoul dice: "El doctor Miguel Peña, á quien el Senado acababa de suspender de su destino como ministro de la Alta Corte, recibió, no obstante, el encargo de llevar á Caracas dicha cantidad, y en vez de entregarla íntegra á la tesorería, se apropió 25.062 pesos, alegando para justificarse que esta era la diferencia del valor de la moneda entre el Departamento del Magdalena, donde la recibió, y el de Venezuela, donde la devolvía".--Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, tomo I, pag. 368.

todas las revoluciones de todos los países han comenzado por la insubordinación á la autoridad de que dependían; pero la de Valencia jamás se parecerá á aquellas. Aquí tenemos una Constitución sancionada por los Representantes de la Nación, obedecida por el espacio de cinco años y ratificada solemnemente por todos los actos libres del pueblo entero en las últimas elecciones; aquí empieza la insurrección por una sola población donde protestan contra ella las autoridades principales; aquí un General, acusado por el Cabildo de una gran capital, es el que se presenta al frente del partido, y los principales cooperadores son otros hombres á quienes la ley tiene graves cargos que hacerles. Si esto puede ser legítimo, si esto puede dar valor á una insubordinación, conven-gamos en que un Comandante de batallón puede insubordinarse á U., un Capitán á su Comandante, un Sargento á su Capitán. El Alcalde no reconocerá superior, no lo reconocerá ni el Gobernador ni el Intendente y todo será desórden y anarquía. No es esto lo que U. ha proclamado; *la sangre de Alzuru clama entonces del cielo contra U., porque si era lícita la insubordinación, él no cometió crimen alguno.* Todos los colombianos que han sido castigados porque faltaron á las leyes han sido inocentes.

¿Crée U. que lo que llamamos Nueva Granada ha tenido gran interés en que se hiciese la República Central de Colombia? No señor; y cito al Doctor Peña por testigo de lo que voy á decir. Desde el año de 12 y 13 proyectaron los hombres más ilustres de Caracas unir á Venezuela y Nueva Granada en una República y esta hermosa idea se propagó cuando la experiencia mostró á ambos países que era imposible que solos y aislados pudieran subsistir y defenderse, y después de que primero había tenido necesidad Venezuela de los auxilios de la Nueva Granada y seguidamente ésta de los de aquella. Las desgracias y los peligros fueron acordando los ánimos desunidos y en 1819 el Congreso de Guayana, *donde sólo existían dos diputados granadinos*, decretó la ley fundamental en virtud de la cual quedó formada la República de Colombia; ésta fue la obra del General Bolívar, indicada por los cálculos más meditados y sancionada por las desgracias de una dolorosa experiencia.

Nosotros que recibimos la ley y que *no se nos podría ocultar su ilegitimidad para este país*, la obedecemos con gusto porque estábamos convencidos de que unidos así, seríamos fuertes y podríamos representar como Nación, y lograr al fin la independendencia y la libertad. Cundi-

namarca se prestó á la ley fundamental bajo el influjo de tan poderosas razones, de la veneración que le merecía la palabra del Libertador, y de los esfuerzos legales que hicimos los que teníamos la autoridad departamental. Esa misma ley fundamental fué ratificada en 1821 en Cúcuta, del modo más libre y solemne, dando todos los diputados de Venezuela sus votos por la unión central, *contra muchos diputados de Nueva Granada que querían federación. Fué, pues, la institución de la República de Colombia más bien obra de Venezuela que de Nueva Granada*, y hasta ahora el cálculo les ha salido perfectamente exacto, porque el interior de la República, como más rico y más poblado, ha llevado las cargas más pesadas para la campaña de Carabobo, del Zulia, etc. U. es testigo de los millares de hombres que murieron en el Apure, de las Provincias de Bogotá, Tunja, Socorro y Pamplona. U. es testigo de los hombres de Antioquia, Mariquita y Neiva, que componían los batallones que combatieron en Carabobo, y U. es testigo de los cargamentos de dinero y vestuarios que les proveyeron todas estas Provincias. De nada de esto nos arrepentimos; hemos llenado nuestros deberes cumpliendo con las leyes sancionadas por toda la Nación, y hemos conquistado una

Patria cuya gloria militar y cuyas benéficas y sabias leyes forman su más eminente reputación. Sin la unión proclamada en Guayana y ratificada en Cúcuta, no habríamos sido reconocidos por los Estados Unidos del Norte y la Gran Bretaña, no habríamos ayudado á libertar al Perú, no sería Colombia lo que es. Resulta de todo este bosquejo que Venezuela ha sido más interesada que Nueva Granada en la unión central y que no comprendo cómo pueda ahora pensar en deshacer lo que hizo después de muchas meditaciones y desgracias. Yo bien comprendo que los pocos agitadores de la desunión alegarán reparos aparentes, y el estar yo encargado del Gobierno para justificar sus pasos precipitados é ilegales; pero el público sensato é imparcial sabrá juzgar entre los manifiestos documentados que presentará en su caso el Gobierno y los de dichos señores.

No piense U. que los que hoy rodean á U., á fin de que proteja sus proyectos de desunión, serán capaces de guardarle fidelidad; ¿cómo la han de guardar después que han sido infieles á las leyes de Colombia y han levantado el estandarte de la rebelión contra el gobierno á quien habían prometido obediencia? ¿Cómo han de quedar contentos los que están viendo que este movimiento ha sido resultado de un

tumulto? *¿Piensa U. que cualquiera que sea el partido que tome la antigua Venezuela tendrán los Magistrados confianza en U.? ¿No han de prometerse á cada instante una rebelión igual á la de Valencia?*

Piense U. bien esto, mi querido compañero, y repare en el precipicio en que se va á abismar y á abismar á sus compatriotas.

Por otra parte, la historia no presenta sino estragos y desgracias á los autores de las rebeliones; más tarde ó más temprano ellos purgan su delito y por lo menos su nombre queda execrado perpetuamente. *Pisistrato usurpa con engaños é hipocresía el poder del pueblo, y la historia no le llama sino tirano y usurpador. César, cubierto de gloria y admirado de sus tropas, pasa el Rubicón, vence á Pompeyo, y recibe honores divinos del Senado y del pueblo Romanos, y no faltan parientes y amigos suyos que le acosen á puñaladas; más antes de él, Mario siete veces Cónsul y cien veces más vencedor de los enemigos de su Patria tiene que huir prófugo de ella y meditar su triste situación sentado sobre las ruinas de Cartago; Cromwel, cambia todas las noches de dormitorio temiendo ser asesinado. Napoleón, el primer Capitán de la historia, el hijo de la victoria y de la fortuna, es abandonado de una parte*

de sus Generales, de sus tropas y del pueblo el día que sufre una desgracia. ¿Y qué han sacado todos estos á quienes nunca la filosofía ha llamado héroes, después de sus triunfos y de sus rebeliones y usurpación contra el legítimo poder del pueblo? La execración del mundo civilizado y el odio de todos los hombres libres.

U., mi querido General, ama la gloria y la ha adquirido por medios legítimos, la bastante para aparecer en la posteridad con honor y reputación. ¿Por qué se expone U. á perderla en un día por el acto más ilegítimo é injusto que vieron los siglos? *¿Por qué expone U. su honor á que se diga que U. tomó el partido de la insurrección porque no podía defenderse, porque temía el juicio del Senado, y porque realmente era criminal?* Esta sola idea en un hombre que siquiera tenga algún uso de amor propio, bastaría para hacerle abandonar cualquier partido que hubiese tomado, y presentarse á salvar su crédito, su honor y su gloria. Figúrese que sordo U. á las circunstancias de la razón y á los gritos de la justicia, persista en proteger la insurrección y romper los vínculos que lo unían al Gobierno: ya no dirá la historia que Páez combatió y venció en Mucuritas por amor á las leyes y odio á la tiranía española; ni que se puso al frente de

unos pocos patriotas en el aciago año de 1816 por salvarlo de la arbitrariedad española, ni que en Carabobo desplegó su valor asombroso por el establecimiento de leyes dictadas libremente por el pueblo; *lo que dirá será, que Páez fué un ambicioso, que engañó al Gobierno mientras que no pudo levantar la cabeza de la insubordinación, y que la primera vez que se le exigió una prueba de ciega obediencia no la dió y que para libertarse del juicio de la ley, rompió los vínculos sagrados que lo unían con su Patria y que despedazó la República.* ¡Qué líneas tan negras! qué deshonra para U.! Crea U. que esto es lo que va á decirse y lo que sucederá indefectiblemente.

Pero, ¡qué diferencia si U. vuelve en sí y da un corte decoroso á todo este movimiento. U. será el General obediente y sumiso á las leyes, uno de los principales héroes de la historia colombiana, será el ejemplo de la subordinación militar, el objeto de las alabanzas y aún la envidia de muchos de nosotros. U. mi querido amigo Páez, va á enjugar las lágrimas de su Patria si retrograda hácia el camino del orden en donde siempre le ha encontrado el Gobierno; U. va á ser un nuevo ángel de paz que será bendecido por todos los americanos. Qué de males van á llover sobre esta República si U. se obstina en dar gusto á los desorganizado-

rés y rompe las leyes de Colombia! La reputación de Colombia va á perderse, el crédito público va á destruirse, la amistad de las Naciones europeas á romperse, á despertarse la ambición de los revoltosos, á animarse la obstinación de la España, á despedazarnos todos cual si fuéramos fieras.

Amigo mio, ¿qué mal han hecho á Venezuela ó á U. tantas desgraciadas viudas que habiendo perdido sus esposos bajo la tiranía de Morillo todavía comen un escaso pan? ¿Qué parte han tenido en su acusación tantos vivientes huérfanos que no cuentan con otros padres que con los Libertadores de la Patria? ¿Qué parte pueden tener en ella innumerables vírgenes que pasan cantando las glorias de los Generales colombianos, y muchas veces las de U., esperando vivir en paz y felizmente? *¿Qué culpa tiene el pueblo de Venezuela ni el de la vieja Nueva Granada en los sucesos de la acusación contra U. para que se le arranque la tranquilidad de que empezaba á disfrutar y se le sumerja en desgracia su suerte?* Vuelva U. los ojos hacia estos y esos pueblos y véalos llorando amargamente la insurrección de Valencia, y elevando sus gemidos al Cielo para que estas diferencias entre hermanos se compongan amigablemente; consulte U. á ese corazón compasivo y

generoso que Dios le ha dado, y pregúntele si es capaz de resistir con serenidad las innumerables desgracias en que va á ser envuelta la República. Nó, no puedo creer que un día se haya U. convertido en tigre, abandonando hasta los sentimientos de humanidad hacia sus semejantes.

Vuelva U., compañero, sobre sus pasos, consuele á sus compatriotas, inmoles en el altar de su Patria sus resentimientos, el más necesario sacrificio. Sepárese de esos turbulentos directores de partidos y escriba al Gobierno la cuenta de su conducta, demostrándole que U. no ha podido hacer más en aquellas críticas circunstancias del día 30 de Abril que recibir momentáneamente el mando. Proteste U. nuevamente al Gobierno de su obediencia, y véngase á su juicio con la confianza de que pongo mi pescuezo si U. no triunfa de sus enemigos.

Para pensar en federación hay tiempo todavía, y hay términos legales y decentes que nos hagan honor á todos y legitimen los actos. Yo jamás he pensado oponerme á una federación que tenga origen legítimo y honroso y ahora mismo si U. me dice que me debo ir del Gobierno y de Colombia para que se restablezca el orden y se conserve la unión hasta otra ocasión más oportuna, estoy pronto á hacer-

le á mi Patria todos los sacrificios imaginables. Dígame U. si quiere hablar conmigo en Trujillo ó Mérida ó cualquiera otro punto, que estoy pronto á ir por la salud pública.

U. es patriota, U. tiene que perder y U. es amigo mío. Yo espero que por todas estas razones reciba U. esta carta con gusto y que contribuya á decidir á U. á un paso honroso si ya no lo hubiera tomado. Ni Peña, ni los que hayan sido autores del tumulto deben temer, si saben darle aspecto al negocio, y presentarlo como efecto de los circunstancias. U. sabe que yo tengo carácter y energía, que tengo la opinión pública en mi favor en este negocio; que el Libertador es enemigo de federación, que estará ya en Panamá; que un ejército fuerte está á nuestras órdenes; que la Inglaterra y Estados Unidos tienen relaciones de amistad con el gobierno; que los demás Estados americanos son nuestros aliados y que con tales medios no debo temer en este caso; pero también amo á mis compatriotas, amo á la tierra á que pertenezco, amo á U. y á ese ejército que ha contribuido á darme Patria y libertad, y con tales afectos debo tocar todos los medios suaves y los resortes de la amistad para evitar desgracias y restablecer el orden. U. es valeroso y experimentado y sé que no tengo para que intimidarlo; más,

la causa que U. puede defender no es justa....

Pero, ¿para qué hablo yo de defensas ni de nada triste, si espero que U. ha de haber procedido con rectitud y como un general colombiano?

Sí; que el general Mariño como jefe más graduado tome la Comandancia general, que U. imponga silencio y castigo á todo el que quiera hacer tumulto, y que en una proclama diga al pueblo y al ejército que U. obedece al gobierno y está pronto á vindicar su conducta ante el Senado, y hé aquí inmortalizado su nombre, realzada su gloria militar y consolada toda esta República.

Créame Usted que este es el partido único que salva la República y lo salva á U. y este el que desea ver abrazado por U. su amigo y compañero de corazón,

F. DE P. SANTANDER.

Volveré sobre el general Santander, cuando las circunstancias de este historial lo demanden.

EL GABINETE: RESTREPO, MINISTRO DEL INTERIOR

I

El sóbrio autor de la *Historia de Colombia* tenía la Cartera de Gobierno, en 1826. El señor Restrepo era un hombre lleno de prudencia y de seriedad, á quien los estudios históricos y la labor jurídica habían acostumbrado al pensamiento profundo, la meditación superior y el lenguaje austero. El señor Restrepo debía redactar y firmar, como Secretario de lo Interior, el *Manifiesto* que el Ejecutivo de Colombia debía presentar á la república y al mundo, sobre los acontecimientos de Venezuela desde el 30 de abril, y que el general Santander calificó justicieramente de excelente.

Hablaba el jefe del Gabinete cual si escribiera, para la más avanzada posteridad, una sólida página de los anales colombianos. Comenzaba estableciendo que la gran

patria “se adelantaba con firmeza á llenar sus altos destinos, cuando ha recibido en su marcha constitucional un fuerte y lamentable sacudimiento. Toda alma patriótica debe sentirse conmovida al ver alejarse la época suspirada de la completa tranquilidad del Estado y del establecimiento del poder de las leyes *sobre el de los individuos más condecorados y beneméritos.*” (1).

Este lenguaje tiene la serena entonación de madurez y seriedad que fueron siempre característica de la importancia de aquellos graves Gabinetes de Colombia la Grande, en que cada jefe de Despacho ostentaba, sin pretenderlo, la talla eminente de un hombre de Estado, senecto y profundo.

Continúa el primer ministro de Colombia: “El general en jefe José Antonio Páez *ha dado el funesto ejemplo del abuso de la fuerza armada:* con la que se ha puesto á sus órdenes, quebrantó sus juramentos y sus deberes, *delinquiendo escandalosamente;* varias municipalidades han celebrado actos ilegales y monstruosos, y en una palabra: se ha forzado al Departamento de Venezuela á someterse á un ré-

—1— *Manifiesto* que el Poder Ejecutivo de Colombia presenta á la República y al mundo, sobre los acontecimientos de Venezuela, desde el 30 de abril de 1826, Bogotá, 12 de julio de 1826.

gimen revolucionario é inconstitucional”.

De este punto en adelante, el manifiesto establece previamente una justificación de la magistratura de Colombia. Habla de la necesidad de unión á que ya se ha referido el general Santander, de Venezuela y Nueva Granada, relatando las ventajas adquiridas: “El inmenso territorio de la república, libre en toda su extensión de la presencia del enemigo ; un general español, más atrevido que calculador, escarmentado en el agua y en la tierra, con creces de gloria para nuestras armas ; el Perú libertado por nuestros poderosos auxilios; el pabellón colombiano triunfante y respetado en los mares ; nuestras instituciones y nuestras leyes preconizadas en América y en Europa ; Colombia reconocida por los Estados Unidos del Norte y por la Gran Bretaña, autora y promotora del magnífico plan que llama la atención del mundo á las playas de Panamá ; íntima aliada de los nuevos Estados americanos, y considerada por el imperio del Brasil ; presentando en la costa del Atlántico una actitud guerrera á su incansable y encarnizado enemigo, y sosteniendo con sus ejércitos en el Sur la estabilidad de dos Naciones. . . .”

Refiérese luégo este importantísimo asunto de la enseñanza cívica de la república y de los inteligentes medios que em-

pleó el gobierno de Colombia para acostumar á los ciudadanos al cumplimiento de sus deberes y al ejercicio de sus derechos, “mezclando la energía con la suavidad, exigiendo con firmeza en las circunstancias graves, y contemporizando sin perjuicio de las leyes, defendiendo los derechos de los pueblos, protegiendo señaladamente la educación pública, nombrando magistrados que reuniesen á la aptitud los votos de sus compatriotas, removiéndolos cuando observaba un decidido pronunciamiento contra su permanencia en el mando, buscando los servicios y las luces, para premiar los unos y hacer brillar las otras con utilidad en empleos y comisiones de confianza, honor y categoría”.

El general Páez se quejaba constantemente de la situación á que los “leguleyos” pretendían reducir á los militares, ó sus “enemigos” á él mismo: el primer calificativo comprende á los hombres de la ley en Bogotá; el segundo va contra el general Santander. Véase como trata el punto el Gobierno de Colombia: “Los generales que se han distinguido en la guerra de la independencia, *no sólo han obtenido todo aquello á que les daban derecho las leyes*, no sólo han recibido en sus casos recompensas honoríficas, dignas de Colombia y de sus hazañas, sino que han encontrado al Ejecutivo siempre dispues-

to á contribuir legalmente á su particular prosperidad y bienestar, adjudicándoles propiedades envidiables en pago de su haber militar, y prestándose á que hiciesen el cambio de unas por otros según convino á sus intereses. En este particular el general en jefe José Antonio Páez, ha sido un objeto de predilección para el Ejecutivo, que deseando honrar su mérito guerrero y recompensar sus trabajos militares, no ha perdonado ocasión de acceder á sus deseos, ni de investirle con encargos de la más alta confianza; de manera que este general, *inexcusable por todos aspectos*, ha añadido una especial ingratitud para con el gobierno al grave delito de que es responsable á la Nación”.

Léase cómo no es al General Santander, ni al gobierno de la antigua Colombia, á quienes corresponden las responsabilidades del “odio” á Venezuela:

“La Municipalidad de la patria de Bolívar ensayó el uso de la libertad levantando su voz contra la Constitución del Estado, y muy luego se pronunció allí principalmente, un partido contrario al régimen adoptado por la Nación. Las mismas garantías concedidas por nuestras instituciones, sirvieron de antemural á los que intentaban trastornarlas para dirigir sus ataques con seguridad, y la imprenta que debiera emplearse en hacer

nacionales las ideas de fraternidad, de orden y de estabilidad, fué convertida en arma ofensiva y destructora de cuanto tenía derecho al amor y al respeto de los ciudadanos. Las leyes fueron combatidas, no con la moderación y fuerza del raciocinio que produjera su reforma y la ilustración general en las materias de interés común, sino con la acrimonia de la mala voluntad y con la crítica desdeñosa que excita el menosprecio de lo criticado: el Cuerpo venerable de los Representantes de la Nación fué zaherido con la mordacidad del odio, y los efectos necesarios de la inexperiencia se exageraron, y se pintaron como las maquinaciones criminosas; el Poder Ejecutivo se vió escarnecido con ignominia, interpretado malignamente en todos sus procedimientos, calumniado en todas ocasiones, é insultado en abstracto y personalmente, como nunca lo fueron los caudillos de las huestes asoladoras de la patria; y no parando aquí la animadversión de los escritores de aquel bando, se dirigió contra sus compatriotas del interior, prodigó ultrajes tan inmerecidos como impolíticos á la antigua Nueva Granada, conservándole este nombre y afectando desconocer su nueva geografía política, é hizo de la residencia provisional del Gobierno el blanco de sus sarcasmos y dicterios”.

Recuerda el manifiesto las causas y los efectos del decreto de agosto del año XI, sobre alistamiento de milicias; refiere los sucesos de Caracas, de enero de 1826; y alude á la situación en que se halló después de ellos y á la actitud que correspondía al General Páez, una vez sometido á juicio por el Senado: "Un gran campo se ofrecía al General Páez para coronar sus hazañas guerreras y poner el sello á su reputación. Obedecer sin réplica al Cuerpo Legislativo, descansar con una noble confianza en la rectitud de sus procedimientos y volar á deponer sus laureles ante los padres de la patria: ésta era la conducta republicana que, sin costarle ni fatigas ni humillaciones, le hubiera colocado fácilmente entre los hombres ilustres de todos los siglos. Pero desconoció sus intereses, desestimó los de su país y escogió el epíteto de rebelde cuando pudiera aspirar á los más bellos y lisonjeros. *Tal vez aquel General imaginaba que los servicios y la gloria adquirida en los combates, hacían á un colombiano superior á las leyes y le eximían de toda responsabilidad*, y al recibir tan fuerte desengaño su orgullo doblemente herido, ofuscó su juicio y lo precipitó á su ruina.

"La destemplanza de la ira con que recibió los decretos que debiera respetar, por más que los juzgase injustos, animó

á varios hombres á concitar el motín que turbó la tranquilidad de Valencia, y que según sus proditorias miras debía comprometer aquel pueblo y determinar á otros á la sedición. Pudo y debió el General Páez emplear su autoridad é influjo en contener el tumulto y asegurar el cumplimiento de las órdenes superiores; pero por una singularidad que descubre sus verdaderas ideas, se declaró un religioso observador de las extravagantes resoluciones de una Municipalidad, al tiempo que menospreciaba los decretos constitucionales del Senado, comunicados por medio del Poder Ejecutivo de la República. Preciso es hacer justicia á la Municipalidad de Valencia y distinguir la debilidad del crimen. *Ella resistió á las primeras tentativas que se hicieron para obligarla á franquear los límites de sus atribuciones; pero un cuerpo inerme y poco autorizado debía ceder por fin al temor de una soldadesca, maliciosamente exaltada por algunos hombres descontentos ó comprometidos ante la ley, que cancelaban su responsabilidad en una convulsión política*".

El gobierno de Colombia suponía que las insidias del General Santander hubiesen enconado el ánimo del General Páez; suponía que Bogotá hubiese provocado el malestar; suponía que el Senado fuese

ingrato con las famosas “Queseras” y torpe con el “espantajo” de España; suponía que algunos representantes fuesen desafectos á la independendencia, como lo afirmaba Páez al Libertador; suponía que las instituciones colombianas fuesen inadaptables á nuestro carácter, á nuestras costumbres, á nuestras producciones, argumentos todos salidos de la pluma y de los labios de los disidentes y rebeldes: ninguno “*daba derecho á un general para sustraerse al juicio á que era citado legalmente, promoviendo el trastorno del orden establecido*” y haciendo á la nación una grave herida con el pernicioso ejemplo de su escandaloso desobedecimiento”. (1).

La templanza política del documento es digna del experto Vicepresidente de Colombia; la argumentación y el lenguaje, dignos del íntegro ministro que decía al Intendente de Guayaquil: “..... supongamos que todos los habitantes de Venezuela quieran las reformas de la Constitución: ¿deberá el resto de la República asentir á que se viole el código fundamental? ¿no querrá otro departamento exigir por sí solo el día de mañana que se reforme la nueva Constitución, si no consulta el amaño de algunos descontentos?

¿tendremos entonces nunca una Constitución, y podrá el gobierno consolidarse para hacer la felicidad de los pueblos? De ningún modo. Dado una vez el peligroso ejemplo de hollar y despedazar el código sagrado de nuestras leyes fundamentales, Colombia jamás tendrá constitución fija, ni gobierno consolidado" (1).

Chasco, empero, daba el General Páez al hombre que meses antes había escrito á Bolívar, con motivo de las elecciones presidenciales: "Nuestra Constitución ha pasado ya por la prueba más difícil, una elección contestada, y esperamos que ahora podrá sostenerse contra cualesquiera otros embates de las pasiones" (2).

El señor Restrepo, juzgando por su propia austera naturaleza á todos los fundadores de la vieja Colombia, olvidaba la ambición y la rusticidad.

-1- Bogotá, 6 de setiembre de 1826.—*J. Manuel Restrepo.*

-2- Restrepo al Libertador, Bogotá, 21 de marzo de 1826.

EL GABINETE: SOUBLETTE. MINISTRO DE LA GUERRA

II

Soublette, aparece, en la historia de Colombia, colocado por mil títulos brillantes en los vértices de una eminente reputación. Merecida y bien ganada. Su generalato venía de la cuna de la república: oficial de Miranda, jefe en el Oriente, segundo de Mac-Gregor, jefe de Estado Mayor del Libertador. Cultísimo, instruido, inteligente, moderado, circunspecto; militar, diplomata y hacendista. Sólo la pasión política, en un tiempo en que ya no se sabía lo que era genuinamente ilustre en la patria, sólo la pasión demoledora del ageno mérito, podía hacer de Soublette una víctima del oprobio y un objeto de vilipendio. Sólo así poseído, pudo alguna vez el señor Guzmán extremar la vehemencia hasta el irrespeto, para atreverse

á escribir del viejo conmlitón del Genera-
lísimo,—veterano cuando apenas se bau-
tizaban con pólvora la mayor parte de los
grandes generales de Colombia,—escribir,
repito, denuestos parecidos á los que si-
guen: “deudo de Bolívar, *su hechura*
desde el primero hasta el último grado de
la milicia, *su protegido* de tantos años *por*
sobre la invencible repugnancia de todos
los bravos del ejército libertador. . . .” (1).

Y así sucesivamente, una série de inju-
rias que la historia no puede apreciar ni
como indicios, porque apenas son arraba-
lescos desahogos de hampa. . . . ¡*Hechura*
de Bolívar, desde su primer grado, Sou-
blette! . . . Sólo el señor Guzmán pudo ofus-
carse tanto en ese instante menguado,
que no advirtió que una línea arriba había
escrito que Soublette estaba al lado de
Miranda, en San Mateo, cuando Bolívar
apenas comandante, perdía por sus des-
cuidos el castillo de Puerto Cabello.
Detengámonos: no permitamos que nues-
tra pluma tome por los callejones alevés
del libelo.

Quien conoció á Soublette desde muy
joven, cuando sus servicios y su cerebro
lo designaron para el segundo rango en

—1— Antonio Leocadio Guzmán, *El evangelio liberal*,—
réplica á Ricardo Becerra,—1870, *Datos históricos Sur-*
americanos; tomo 20, pág. 313 y siguientes.

el ejército libertador, concluye un esbozo suyo, diciendo: "Poseyó siempre la confianza de Bolívar ~~de~~ *y nunca abusó de ella*" (1). Era una réplica adelantada á ciertas ofensas. . . .

En el gabinete de Colombia nadie vió, de los venezolanos que en él figuraban, tan intensamente en el fondo moral de la situación, como Soubllette. Nada se sabía aún en Bogotá de los sucesos de enero del año XXVI, cuando Soubllette le escribía á Bolívar: "Hablar de Caracas causa hastío. Ahora nos vienen con nuevos movimientos de la gente de color; y aunque no ha habido nada en sustancia, siempre perjudican. Caracas es el pueblo más desgraciado de Colombia, *y sin derecho á quejarse, porque sus desgracias son su propia obra*; fácil para acoger á todo malvado, y para recibir impresiones inícuas, está reducido á una máquina, que mueven alternativamente diversas facciones. *Empeñado en considerarse á la cabeza de la civilización en Colombia* (2) y por consiguiente, superior á todo el resto, se resiste con obstinación á seguir el impulso del Gobierno, y á marchar por la senda que le señalan nuestras

—1— O'Leary, *Narración*, tomo primero, pág. 553.

—2— Es un venezolano quien habla, desde Bogotá, confidencialmente de su patria: Santander no fue nunca tan explícito.

leyes, *sin más razón que porque sale todo de Bogotá*; y así es que las mismas leyes y disposiciones que en toda la República han producido bastantes bienes y conseguido resultados muy superiores á los que debíamos esperar, según el tiempo corrido, para Caracas son de ningún efecto". (1).

Esta no es la sola importancia de esta carta: como para abultar el fraude que ha venido cometiéndose respecto á nuestros hombres y á nuestros acontecimientos, ella contiene la más franca opinión de Soubllette,—de Soubllette, vinculado á la memoria política de Páez,—acerca de las capacidades de este general, no digo para la "fundación" de la república, pero para el solo mando civil. Decía Soubllette: "Dice U. que se quejan de Escalona, en una carta al general Santander, y aconseja que vaya Páez á mandar civilmente y Clemente las armas. *La distancia*, mi general, *desfigura mucho los objetos*, y nada lo prueba más que esta opinión de U. Escalona ha hecho cuanto se podía hacer en bien del servicio; pero tiene en Caracas el defecto de respetar y obedecer al gobierno y no se necesita más para atraerse las iras de muchos; pero; Páez,

--1-- Soubllette al Libertador, Bogotá, 20 de enero de 1826.

mi general, para la administración civil, y de rentas? Hace mucho tiempo que hemos observado que el sistema de Apure se ha extendido hasta el río Unare por toda la costa, y esto sin que Páez sea otra cosa que comandante general. ¿A dónde, pues, se detendría el desórden y la confusión si se le encargase de la Intendencia?”. (1).

Es imposible no insertar casi toda la correspondencia de Soubllette en aquel y en otros tiempos. Es un hombre de serenidad inalterable, de pensar reposado, de raciocinio firme. Yo sé que con el desastre moral de Venezuela, Soubllette y todos los patricios perecieron para la gloria y el orgullo históricos; pero deliberadamente yo no quiero acedar mi vida intelectual con las tristezas de mi patria, de 1830 para acá. Aquella magia, aquella superexcitación nerviosa que produjo dieciseis años de gloria,—que sólo se derrumbó cuando pasó la crisis,—basta para henchir de nobleza y de consuelo á un espíritu constitucionalmente ageno á las nimias miserias de la vulgaridad.

Está, pues, á grande altura el gran ministro de la guerra de Colombia, cuando habla en tiempo magno. “Mientras U. está por allá creando nuevos pueblos, nosotros estamos aquí chismeando y ha-

ciendo niñerías, en términos de que si seguimos progresando en calaveradas, es de esperarse que acabemos todos en una casa de locos. Está reunido el Congreso; la Cámara de Representantes parece un volcán que todo lo quiere abrasar. Ha intentado acusaciones contra multitud de empleados, y ahora están en cántara las acusaciones contra Santander, Páez y Hurtado, el Ministro en Inglaterra.

“Caracas está siempre agitada; *Páez es movido por hombres, si no perversos, por lo menos de muy poco juicio*, y los choques con la Intendencia son cada vez más escandalosos, con perjuicio de la tranquilidad y mejor administración: parece cosa hecha de propósito, porque siendo Caracas el país que más necesita de reposo y quietud, para evitar el roce y fricción, de que puede saltar una chispa que encienda la mina, es donde todas las cabezas están dominadas de una especie de frenesí, y en donde se reúnen los hombres más díscolos, más innovadores, más enemigos, si no de Colombia, de sus libertadores, *y donde más se ha trabajado, por desacreditar nuestras instituciones, desautorizar nuestro gobierno, deshonar á toda nuestra administración, y provocar la desunión y la discordia*”. (1).

—1— Soublette al Libertador, Bogotá, 21 de febrero de 1826.

He llegado al punto de hacer un cargo, tan fuerte cuanto quepa, al señor general Daniel Florencio O' Leary, á su hijo Simón, y á todos sus colaboradores que en 1880 intervinieron en la publicación de los documentos del Archivo, de la Secretaría General, del Diario de operaciones y de los Ministerios del Libertador. El general O' Leary ó todos sus colaboradores (refiérome á los editores de las *Memorias*), por temor, por consideración consagratoria de tanta impostura y tantos dolos, por miedo á responsabilidades pósteras,—miedo infantil,—cometieron la grave falta de suprimir, á la hora de cajas, párrafos enteros de los documentos, que contienen valiosísimos testimonios relativos á hombres y cosas de nuestra historia. Ponían en lugar de la supresión alguna nota que dijese: *Está borrado en el original; No existe la conclusión de esta carta, etc.*, como si ya no fuese suficiente que en la consternación que produjo la orden de Guzmán Blanco, de recoger é incinerar los pliegos del 3er. tomo de *Narración*, no hubiese habido un venezolano siquiera, más patriota que servil, que sustrajese más de cuatro ejemplares del libro inconcluso; así como los ha habido con el necesario denuedo y la torpeza necesaria para saquear archivos y hurtar de la Biblioteca Nacional obras

como el ejemplar del *Contrato social*, de Rousseau, que perteneció á Napoleón y que, regalado á Bolívar, éste legó á la Universidad de Caracas....

Los fraudes consumados en la obra de O'Leary, los he comprobado ya en tres ocasiones. Ignoro cómo gran porción de documentos que sirvieron para la obra mencionada, fueron á dar al archivo del general Joaquín Crespo; pero ello es que se hallaban entre impresos antiguos y papeles de desecho, destinados al basurero, debajo de la escalera del local que en el palacio de *Miraflores* iba á servir de oficina particular al mencionado General, y que allí los encontré yo á fines de 1897. Entre ellos figuraba una carta,—que no se publicó porque maltrataba á Mariño,—de Bolívar para Sucre, de Angostura, el 11 de noviembre de 1817, que obsequié á mi amigo Laureano Vallenilla Lanz y que ahora publica por primera vez el doctor Gil Fortoul (1).

Al emprender, meses pasados, el estudio de la vida de Salóm, compulsando los documentos de las *Memorias* con la correspondencia autógrafa que tenía á la vista y que la familia del prócer había puesto á mi disposición, advertí que cartas para el

-1- *Historia constitucional de Venezuela*, tomo I, págs. 249 y 250.

sitiador del Callao están mutiladas en puntos interesantísimos para la verdadera psicología del Libertador.

Habiéndose retirado el General O'Leary á Jamaica, á organizar sus datos, allá le enviaron sus camaradas,—entre ellos Mariano Montilla,—informes, oficios, cartas, etc., que conocían y poseían (1). Ahora bien, hace dos meses (diciembre de 1906), he visto *en corretaje, solicitando postor*, dos cartas de Bolívar para Montilla, que también quedaron inéditas, porque contienen agrios conceptos de Bolívar moribundo contra el general Valdez.

Ahora es en la correspondencia de Soubllette en donde se comete la falta. Hay una carta del ministro de la guerra de Colombia para el Libertador, del 21 de abril del año 26, de Bogotá, en que al llegar al asunto capital de la época,—la conducta de los próceres venezolanos en la *Cosíata*,—apenas comenzado el párrafo de Soubllette con las palabras: “Aquí nos vemos. . . .,” aparece el consabido asterisco: *No existe la conclusión de esta carta.*

Semejante conducta no es excusable, ni en nombre de la gloria, ni en nombre de la honra de la patria.

-1- O'Leary, *Narración*, tomo I; *Advertencia*, pág. VI.

III

En el mismo instante en que fue necesario proceder á parar en lo posible el escándalo, Soublette puso al servicio de Colombia toda la fuerza de su talento y toda la suma de sus conocimientos. En su carácter de primer jefe de los asuntos de la guerra, ordenó al general Escalona que se situase en actitud de “sacrificarse por sus deberes y por el honor nacional”; que se pusiese en relación con las autoridades civiles, á ver si evitaba que el desórden contagiase á los pueblos todavía leales, empleando todos los medios de prudencia; que de la misma manera tratase de ganar toda la fuerza militar que hubiese en Caracas, Valencia y otros puntos, á fin de disminuir el partido de la insurrección; que asumiese el mando militar, ó de la provincia de Caracas, ó de los demás pueblos del departamento, pero esto, siempre que observase que la mayor parte del pueblo ó de la fuerza requería una cabeza que los dirigiese y condujese al orden; que en el caso contrario se abstuviese, á fin de evitar mayores males y desastres. “Ninguna hostilidad,—advertía el general Soublette,—ninguna hostilidad contra los insurgentes parece todavía conveniente: la suavidad, la dulzura, son los primeros remedios á este

mal: sólo en el caso de que tuviera la insurrección pocos partidarios, y se mostrara débil y fácil de sofocar, serían útiles las hostilidades con la fuerza que sea de su cargo". Proseguía ordenando que si el general Escalona se hacía reconocer por las fuerzas de Caracas y de la Guaira como Comandante general del Departamento, porque esa hubiese sido la opinión del Intendente, y los jefes de la insurrección lo amenazaren con fuerzas superiores, á que positivamente no pudiese resistir, evacuase Caracas y la Guaira, se situase en Guatire, atrincherándose en la posición del Rodeo, y avisase por la posta al general en jefe José Francisco Bermúdez, á cuyas órdenes se pondría; que al abandonar á Caracas y la Guaira con las tropas, levantase en ambas la fuerza de milicia necesaria para mantener el orden, y mandase á los oficiales que hacían la persecución de Cisneros que no abandonasen sus puestos. Acompañaba Soubllette órdenes para los comandantes de armas de Caracas, Carabobo, la Guaira, Puerto Cabello, para los jefes de cuerpos y para el de la marina, á fin de que reconociesen á Escalona. Disponía que Páez entregase el mando á Mariño y si lo hacía, esto anulaba aquellas disposiciones; de nó, recobraban su vigor (1).

-1- Bogotá, 10 de junio de 1826.

Preguntado Soublette por un compañero qué opinión tenía de los acontecimientos, le contestó: “Cuento que U. no hará otro uso de mis opiniones que el que haría el Libertador mismo.—Desde que se dió el primer grito de independencia en Caracas el año de 10, sirvo á la nación con fidelidad, y con absoluta consagración á la causa de mi patria; no soy demagogo, ni anarquista; y el curso de mi vida pública, aunque no está marcado por rasgos eminentes, tampoco está manchado por actos turbulentos, ni insubordinados. Siempre he creído que el haber libertado la patria del dominio español, *no daba derecho á los libertadores para sujetarla al suyo*, y que la nación era la que tenía el de decidir sobre las instituciones que más le conviniesen, y el de dictar leyes que debían regirla. . . .

“Lo ocurrido en Venezuela se presenta á mis ojos como una insurrección á mano armada, *dirigida y capitaneada por un General que estaba suspenso del ejercicio de su autoridad militar en aquel departamento*, conforme á la Constitución que este General y las tropas que le obedecían, habían jurado sostener y defender; y observo que ha figurado como primer instigador *una persona que había sufrido un juicio*, y que estaba llamado á otro juicio, sobre un hecho que parecía, además

de criminal, deshonoroso. Esto sería bastante para condenar el movimiento de Valencia; pero cuando considero el pernicioso ejemplo que se ha dado de insubordinación militar, y la prueba que se ha presentado á nuestros enemigos y al mundo de la inconsistencia é inestabilidad de nuestra organización política, no encuentro como excusarlo.

“El movimiento de Valencia ha perjudicado ya á toda la República, de una manera incalculable; no sé yo hasta dónde alcanzará el perjuicio en cuanto á la alteración del orden interior, al mayor peligro exterior, á nuestras relaciones diplomáticas y á nuestro crédito en los mercados extranjeros; y detengo mis reflexiones por no atormentarme, esperando en que la fortuna de la República nos salve de una situación tan falsa y peligrosa; y que nos salve sin necesidad de emplear la fuerza es mi deseo.

“Se ha pretextado en seguida la necesidad de algunas reformas en la Constitución, y la de variar de persona en el ejercicio del poder ejecutivo. Cuando en todo Colombia se habla de reformas, yo creo que efectivamente sean necesarias, porque no es posible que toda una nación se engañe sobre sus propios intereses; pero, puede ser éste el modo de pedir las? Levantar el estandarte de la rebelión y

presentarse en el campo amenazando al resto de la nación, es querer dar la ley, contar por muy poco á los demás, y manifestar un desprecio por las instituciones y por la nación misma, de funestas consecuencias.

“Supongamos que se diera entero gusto á los que han causado la insurrección de Venezuela, yo pregunto: ¿á dónde encontrábamos á Colombia un momento después? En la historia, porque la misma razón habría para complacer á las otras once secciones de la República, cuya disolución sería inevitable. Una persona desde Caracas me ha dicho que puede salvarse la sustancia, si no nos detenemos en los accidentes: entiendo por la sustancia la unión, y por los accidentes los términos y condiciones de esta unión; pero por más que he meditado sobre esto, no he podido concebir cómo pueda hacerse. Venezuela de hecho se ha separado de la obediencia al Gobierno de Colombia y ha infringido la Constitución. ¿Serán éstos accidentes y la sustancia quedará reducida á poner á la cabeza de todo instrumento público el mote de *República de Colombia*? Repito que yo no puedo concebir cómo se haya de salvar la sustancia, si la insubordinación militar es disimulada, y por decirlo mejor, aprobada, y si la constitución y las leyes quedan vulneradas.

“La Constitución puede reformarse, ella misma ofrece el medio, ¿para qué, pues, ocurrir á vías de hecho que nos deshonoran? El año 31 llegará más pronto que lo deseamos; entonces, reunidos los Representantes de la nación en el lugar que estimaran más conveniente, discutirían y decidirían sobre las variaciones que debieran hacerse en nuestras instituciones, consultando la opinión pública, y conservando nuestro puesto en la lista de las naciones.

“El general Santander está resuelto á no servir la Vicepresidencia en el siguiente período; si este es un acto espontáneo, no nos traerá otro mal que el que es inevitable de pasar la administración á manos nuevas; pero si es arrancado por la fuerza, ¿quién en lo sucesivo se pondría con confianza y seguridad á la cabeza de esta nación? ¿Quién sería aquel que contara con el amor de todos los Departamentos, y de todos los colombianos? ¿Qué nación entraría en relaciones y en tratados con nosotros?

“Ya U. sabe la historia de la acusación del general Páez; *no ha habido intrigas, ni nada*; el general Santander ha obrado como amigo del general Páez, sin faltar á su deber, y el Senado ha manifestado la más grande consideración por el acusado; todos estábamos seguros de su triun-

fo, y cuánto hubiera ganado la Nación si el general Páez se presenta en la barra del Senado, y es allí absuelto!" (1).

Tal lenguaje no es el de un *protegido* del capricho de Bolívar: es la palabra consciente y profunda del estadista ilustre que días después resumirá la situación escribiendo al Libertador: *Colombia, mi General, ya no existe sino de nombre y temo mucho que no vuelva á existir sino en la historia.* (2).

—1— Soubllette á O'Leary, Bogotá, 13 de julio de 1826.

—2— Soubllette á Bolívar, Bogotá, 6 de setiembre de 1826.

LA COMEDIA NO HA CONCLUIDO

I

Mientras tanto, la fuerza y la ambición, la codicia y el miedo, proseguían su obra en Venezuela: las municipalidades del departamento que llevaba este nombre y del de Apure, señalaron sus diputados á la asamblea que debía reunirse en donde lo indicase el general Páez, con el objeto de pedir que se adelantase la época en que debía celebrarse la Gran Convención.

La asamblea venezolana tuvo efecto en Valencia, el 29 de junio de 1826; á ella asistieron: Martín Tovar y Tomás Lander, por Caracas; el doctor José Antonio Rodríguez Borges, por Turmero; el doctor Miguel Peña y el señor Carlos Pérez Calvo, por Valencia; Pedro Machado, por Santa Lucía; José Joaquín de Altuna, por el Pao; Cruz Sequera, por Quíbor; José

Antonio Solano, por San Carlos; Marcos Miguel Borges, por Petare; Antonio Torres, por Carora; Ramón Palacios y Manuel de Aurrecoechea, por Achaguas; José Rafael Mayora, por la Guaira; Luis Pérez, por el Tocuyo; Justo de Maya, por San Felipe; Francisco Galíndez, por Barquisimeto; Ignacio Núñez, Cristóbal Soto, por Cura; Trinidad Canelo, por San Fernando de Apure; Miguel Herrera, por Puerto Cabello; Pedro Tinoco, por Guarenas; Ramón Durán, por Ocumare; Juan José de Liendo, por San Sebastián; José Rafael de Martín, por Río Chico; Francisco Javier de Narvarte, por Maracay; Vicente Michelena, por Orituco. El doctor Felipe Fermín de Paúl fue designado por Ocumare, pero no pudo concurrir por hallarse representando ante justicia los derechos de la familia Bolívar en el litigio de las minas de Aroa (1).

Todo cuanto fue aducido é invocado desde los comienzos de la insurrección, para justificarla, se repuso de nuevo como argumento y razón, en el acta que levantaron aquellos señores. Sobre todo, ésta pretende ser una acusación especificada contra el general Santander. Se le acusaba de que la instrucción en Bogotá mere-

-1- Carta á doña María Antonia Bolívar, autógrafa, en mi poder.

ciese un cuidado especial, mientras Venezuela se hallaba en el mismo estado de 1809, exactamente como si ahora acusásemos nosotros á Caracas de obtener para sí todos los progresos científicos, con detrimento del resto de la república. Se le acusaba de que había reducido nuestra guarnición á la estrictamente necesaria para mantener la policía y guardar el orden. Y por último, se le hacía responsable de la conducta del general Páez, en enero del año 26, estableciendo que “la I. Municipalidad de Caracas dirigió también á la Honorable Cámara de Representantes una representación con fecha 16 de enero último, en la cual *con más exactitud y buen juicio* atribuye los hechos *no á S. E. el Comandante general*, sino á la necesidad en que él se vió de ejecutar un decreto que ponía al pueblo de Caracas bajo una clase de milicias á que profesa aversión.....” (1).

En efecto, la municipalidad de Caracas se había reunido el 2 de octubre, en sesión ordinaria, y en ella y previo informe de don Jerónimo Pompa, alcalde segundo, había acordado que su queja del 16 de enero ante la Cámara de Representantes, “lejos de contraerse en manera alguna á

-1- Acta de la Asamblea de Valencia, 29 de junio de 1826.

la persona y *justificado proceder* de aquel digno jefe (el general Páez), fundó sólo su queja en los males que podían seguirse de la ejecución del decreto del Supremo Poder Ejecutivo sobre el establecimiento de la milicia reglada, " porque no deseaba aquel Cuerpo que se pensase que él pudiera ser delincuente y débil en sus resoluciones y que "como se ha asegurado ya, la reposición de S. E. al mando de la Comandancia general del Departamento y sus subsecuentes determinaciones relativas al carácter de Jefe Civil y Militar de Venezuela de que fue investido S. E., haya sido obra de la fuerza y no de los propios sentimientos de esta Ilustre Municipalidad". (1).

Fijado esto, los munícipes de Caracas, los mismos que habían acusado á Páez al comienzo de los sucesos, creyeron que estaban en el caso de declarar,—para desvanecer cualquier concepto equivocado,—ante la república y *ante el mundo entero*: "que su referida exposición fue sólo excitada del deseo de hacer capaz á la Cámara de Representantes del desagrado con que estos habitantes veían la formación de dichas milicias y los fatales resultados que podrían seguirse de la ejecución del ex-

-1- Acta de la municipalidad de Caracas, 2 de octubre de 1826.

presado decreto; pero *nunca* con la mira de tomar esta Corporación el carácter de acusadora de S. E. el general Páez, á quien ha conceptuado como *el baluarte inexpugnable de las libertades públicas*, como el terror del enemigo común, y como uno de sus más beneméritos y apreciables jefes militares, por su valor, por su actividad, y por sus sentimientos siempre libres y siempre generosos" (1).

Pocos documentos, en la historia de nuestras públicas tristezas, más temblones de pavor que éste, ni más insistentes en sinceraciones de último momento.

Les pareció poco, sin embargo, lo dicho y hecho en aquel acto y en aquella acta, y volvieron á llamarse á capítulo el mismo día 2 de octubre, para considerar la necesidad "de pronunciarse de un modo claro y terminante *en favor del sistema federal*, así por no haberse hecho de una manera positiva en las anteriores actas, como porque las circunstancias y estado de incertidumbre en que estamos, reclaman imperiosamente una medida que asegure la paz y tranquilidad del Departamento". (2)

Allí, entre otros ciudadanos, extraños é ilegítimos copartícipes en las deliberacio-

-1- Doc. cit.

-2- Segunda acta de la municipalidad de Caracas, 2 de octubre de 1826.

nes capitulares, se hallaba el señor José María Rojas, quien pidió la palabra y “expuso que le parecía conveniente indicar á esta Ilustre Municipalidad, que la mejor medida que podía adoptarse en la situación en que nos hallamos, era la de convocar por medio del señor Intendente del Departamento, una Asamblea plena á que concurriesen las personas más caracterizadas y notables de la ciudad, á fin de oír sus opiniones y acordar por la mayoría de ellas el medio más útil de salir de la incertidumbre en que nos encontramos,” porque,—argüía el señor Rojas,—la tardanza para reunir la Gran Convención de Colombia, hacía que decayese el comercio, se atrasase la agricultura, aumentasen los gastos, disminuyesen los ingresos, y caminase la sociedad rápidamente hacia su ruina, temiéndose, como consecuencia, que se produjese la guerra civil.

La municipalidad adoptó como propia la exposición del señor Rojas y acordó que, por la celeridad que exigía la materia y por su naturaleza y gravedad, pasase una comisión compuesta de dos de sus miembros á manifestar al señor Intendente aquella determinación, encargándole la prontitud de la convocatoria. Se dirigieron á la Intendencia los señores Antonio Abad Cedillo y José de Iribarren, quienes

regresaron al Cuerpo manifestando que el señor Mendoza pedía una copia del acta para resolver al día siguiente.

Vista por él la dicha copia, expuso al pie de ella que ninguna ley le señalaba atribuciones como las que se le exigía ejerciese y que como el señor general Páez reiteraba por todo motivo *la puntual observancia de la ley*, fuesen á él con aquella encomienda.

Efectivamente, el Jefe Civil y Militar halló que el asunto era cabalmente de su resorte, y después de una larga repetición de todas sus protestas de hacía seis meses, y como “un nuevo testimonio á toda la República y á todo el mundo entero de que no abrigaba siniestras intenciones, ni las miras ambiciosas que *los enemigos de nuestro bienestar habían querido atribuirle gratuitamente*,” dispuso que ese mismo día se publicase por bando la convocatoria de la Asamblea, que ésta se tuviese al día siguiente á las once en el convento de San Francisco, con asistencia de la municipalidad, y que la presidiese el señor Intendente, “para que se guardase en ella todo buen orden y moderación.” (1).

-1- Al señor Intendente departamental, Cuartel general en Caracas, á 4 de octubre de 1826.—I. A. Páez.

Así es que, el día 5 de octubre, á la hora de las once, como estaba prefijado, se reunió la asamblea popular en el convento de San Francisco. La presidía el señor Mendoza, Intendente de Venezuela, y asistieron á ella: la municipalidad, el gobernador del Arzobispado, el presidente y ministros de la Corte de justicia, “y un numeroso concurso de ciudadanos pacíficos de todas profesiones.”

“Impuestos todos de los sentimientos de S. E. y de sus protestas *por la integridad de la República*, etc.,” se propuso que no podían opinar y votar en aquella reunión sino los ciudadanos que tuviesen las cualidades siquiera de sufragante parroquial, “porque no era prudente, político, *ni constitucional*, el que hombres que no tuviesen este carácter viniesen á decidir en el asunto más grave y delicado que podía presentarse”. (1).

Después de aprobadas por aclamación las bases constitucionales de las elecciones primarias, como si aquella asamblea fuese legítima para revisar la Constitución, los señores Pedro Machado y Gabriel Camacho tomaron sucesivamente la palabra y propusieron que el voto nacional era por el sistema popular representativo fe-

-1- Acta de la Asamblea popular de Caracas, de 5 de octubre de 1826.

deral, como se hallaba establecido en los Estados Unidos de la América del Norte, y en cuanto se compadeciese con las costumbres, climas y particulares circunstancias de los pueblos que formaban la República de Colombia. Esto fue también aprobado por aclamación.

El señor Mendoza observó juiciosamente que faltaba proponer el medio más útil de adoptar y establecer el sistema federal. Entonces el señor José María Rojas presentó el de que las municipalidades de la provincia nombrasen comisionados de su satisfacción, que reunidos en Caracas y asociados con los que eligiese la de este cantón, se dirigiesen al congreso y al gobierno, solicitando que, meditada la urgencia y el interés de la república en conservar su integridad, se convocase y reuniese la Gran Convención y en ella se acordasen las reformas pedidas. El señor Andrés Narvarte hizo agregar que no se alterasen la constitución y las leyes mientras no se obtuviesen aquellas reformas, *excepto en lo absolutamente indispensable....* Y lo “absolutamente indispensable” ya se ve que era la dictadura del señor general Páez dentro de la Constitución de Colombia!

Se acordó igualmente, también por aclamación, que la reunión de comisionados se efectuase el siguiente 1º de noviembre; .

que se comunicase lo actuado al Libertador, “á quien los pueblos han invocado como su mediador en la presente solicitud,” y al general Páez “para su inteligencia y satisfacción”.

Dispúsose, por último, que aquella acta la redactasen y autorizasen con el Intendente, los señores Francisco Ignacio Serrano y Jerónimo Pompa, primero y segundo alcaldes, José de Iribarren, procurador municipal, Andrés Narvarte, José María Rojas, Pedro Machado, el doctor Felipe Fermín de Paúl, el doctor Valentín Osío, el comandante de marina Felipe Esteves, Juan Rafael del Castillo, José Cordero, José María Lovera y Rafael Uncein, el secretario de la Intendencia, que lo era Esteban Lorenzo Gil, y el de la municipalidad, Raimundo Rendón Sarmiento.

II

Caracas envió copia de sus actas á las municipalidades del Departamento, gestionando la celebración de actos iguales á los suyos. Los municipales de Valencia se reunieron el 12 de octubre y decidieron convocar para el día siguiente, á las once de la mañana, en la iglesia del extinguido convento de San Francisco, á los padres de familia y á personas particulares respetables, "para discutir las opiniones que se formasen, para, según ellas, practicar y adelantar los más pasos que fuesen conducentes al acierto de este negocio" (1).

Maracaibo consideró y resolvió la cuestión desde otro punto de vista. El 20 de octubre se reunieron en la capital del Zulia, en sala capitular: el jefe político, Miguel Antonio Baralt; el alcalde primero, Juan Atalaya; el segundo, Juan Célis; los regidores José Gregorio Osorio, Juan Reyes y Teodoro Robles; el síndico municipal, Lucas Palmar. No asistieron los vocales, ni los secretarios, éstos por enfermedad. A medida que el señor Baralt iba informando del objeto de la reunión,

-1- Acta de la municipalidad de Valencia, 12 de octubre de 1826.

fueron incorporándose á élla: el comandante general del Departamento, benemérito Rafael Urdaneta; el general de brigada L. F. de Rieus; el coronel Mauricio Encinoso, el coronel Justo Briceño, el jefe de Estado Mayor José M. Delgado, el venerable presbítero Gregorio Luzardo, el presbítero José Joaquín Veira, el señor Manuel J. Amador, el mayor de plaza Miguel Crespo, los comandantes Juan Farías y José Vargas, el administrador Diego A. Caballero, el comandante Diego José Jugo, el señor Policarpo Farías, el comandante de marina James Bluk, el tesorero Manuel Benítez, el administrador de tabacos Bartolomé Osorio, el administrador de correos José Dionisio Arriaga, el contador de vista Pedro Jugo, el mayor Natividad Villamil, el teniente coronel José M. Urdaneta, los de igual graduación José de Meza, A. Minchin, Juan Lanagan, Ruperto Gordol, José Luis Bracho, el comandante del puerto Francisco Padilla y el señor Juan Ramírez.

El señor Baralt exponía que eran constantes las noticias que se recibían por la goleta de guerra *Telégrafo*, respecto al pronunciamiento que habían hecho los departamentos á favor de la Gran Convención, depositando su soberanía en el Libertador, para que cortase los males

que pudiera ocasionar la crisis en que se hallaban. Seguidamente se leyeron las notas recibidas sobre el asunto, y aquellos señores, tomando en consideración que ellos estaban persuadidos desde julio que iba á reunirse el Congreso como lo disponía el artículo 128 de la Constitución; que se había diferido su reunión para enero, porque los departamentos de Guayaquil, Ecuador, Asuay, Istmo y Magdalena, no enviarían sus representantes hasta no saber las disposiciones de Bolívar; que éste había de llegar por momentos á Venezuela y que aquel congreso no se penetraría del sistema equivocado que nos había reducido al estado más lastimoso, resolvieron consignar en el Libertador Simón Bolívar el ejercicio de la soberanía nacional. (1).

A fin de no dejar dudas de que sus sentimientos estaban acordes con la voluntad nacional, el general Páez ordenó que: "Aproximándose el día del cumpleaños de S. E. el Presidente Libertador, que tantos títulos tiene á las demostraciones de la gratitud nacional, principalmente en su mismo suelo patrio," el Intendente de Venezuela debía dictar con tiempo "las providencias conducentes á que el 28 de

-1- Acta de la municipalidad de Maracaibo, 20 de octubre de 1826.

este mes (octubre), haya una solemne función de iglesia en la Catedral, con misa y *Te Deum*, invitando con anterioridad al pueblo á solemnizarla con su concurrencia, y á que ponga iluminación en las noches de la víspera y el día, adorne los frentes de las casas y manifieste la cordialidad de su júbilo con los desahogos y diversiones de un vecindario reconocido y culto" (1).

Que á tanto obligaba el acta de Maracaibo, eligiendo el menor de los males, entre la franca dictadura de Bolívar y el golpe de mano de Páez.

Pero á los tres días de haberse ordenado la solemne celebración del onomástico del Libertador, el procurador municipal de Caracas le decía á la municipalidad y á los diputados de los cantones: que las comunicaciones recibidas del Sur demostraban la disolución de la República de Colombia, porque varios departamentos habían aprobado la constitución boliviana, "que subvierte todas las reglas declaradas inalterables por todos los códigos constitucionales que hasta ahora se han formado por la voluntad libre de todos los pueblos americanos," y que, circunstancia notable, "el primer hombre de

-1- A los habitantes de Caracas, 22 de octubre de 1826.--C Mendoza.

nuestra revolución nos propone y recomienda como único medio de salvación, aquella misma Constitución que destruye las libertades públicas y el objeto primordial de la independencia" (1).

De manera que, al pronunciar Bolívar el fallo que desde el primer momento de la asonada se había solicitado de él, con notoria insistencia, el procurador municipal declara que la palabra del árbitro varía infinitamente la cuestión y que ya la asamblea que debía tenerse en Caracas no podía ser "para hacer peticiones á un Gobierno que no existe, y á un Congreso que no se reunirá" (2).

"Pero no se deduzca de aquí,—agregaba el procurador,—que hayamos de quedar en inacción en momentos tan críticos." Y continuaba expresando que *abandonados á sí mismos*, no quedaba otro recurso que la propia unión; "y pues *están rotos todos los vínculos antiguos*, tratemos de formar otros nuevos sobre los mismos fundamentos republicanos que todos conocemos muy bien, y *salvemos la patria de la presente crisis*".

Era, por fin, la franca declaratoria de rebelión; era el pronunciamiento, que du-

-1- A la muy ilustre municipalidad y diputados de los cantones de la provincia. Caracas, 10 de noviembre de 1826.—*José de Iribárrén*.

-2- Doc. cit.

rante once meses había venido buscando pretextos, excusas y coonestaciones. Bajo ese criterio y con esa determinada intención de esta nota, se reunió la Asamblea Provincial acordada el 5 de octubre anterior. La constituyeron, además de los concejales, los señores doctor Andrés Narvarte y licenciado José Santiago Rodríguez, diputados por la misma municipalidad (una superabundancia que se permitieron los facciosos); José Domingo Gonell y Manuel Vicente Huizi, por la Guaira; José Vicente Mercader y Casimiro Vega, por Petare; Claudio Viana y Fermín Castillo Beytía, por la Sabana de Ocumare; el doctor Valentín Osío y Manuel Quintero, por Orituco; Pedro Machado por Santa Lucía, que designó también al licenciado Mercader; Manuel Landa y Joaquín de Paúl, por Villa de Cura; doctores Felipe Fermín de Paúl y Tomás José Hernández Sanavria, por Maracay; José Manuel Chirinos y licenciado José Isidoro Rojas, por Caucagua; Martín To-var y Francisco Barrutia, por la Victoria; Ramón Carrión y Felipe Tirado, por Guarenas; José Ignacio Díaz, por San Sebastián; Mariano Salias, por Calabozo. No concurrieron: José Antonio Díaz, electo por Calabozo; José María Pelgrón, por Caracas: el primero por enfermo, el otro por ausente. Tampoco

asistieron José Manuel Paz y José María Llamozas, por Río Chico; ni el general Briceño Méndez, por Turmero, “ignorándose la causa”.

Fue nombrado Presidente, por 21 votos, el señor Mendoza, contra 2 que obtuvieron Narvarte y Paúl.

En seguida se tomó en cuenta la comunicación del síndico, “relativa al estado y circunstancias actuales de la República”; pero hubo que diferir su consideración, para resolver previamente la traslación de la Asamblea á un local más ámplio, decidiéndose al cabo que fuese como de costumbre la iglesia del convento de San Francisco. Con esto acordaron volver á reunirse al día siguiente, á las diez de la mañana.

Así lo efectuaron, y aquella segunda reunión se abrió con la lectura de la consabida nota del procurador. Púsose en piés Martín Tovar, para advertir que las conclusiones de aquella nota extendían los poderes de aquellos diputados y pidió se declarase si esos poderes eran ó no eran suficientes. Pidió lo mismo el señor Pedro Machado, agregando que se hiciese una convocatoria general. Habló también el licenciado Rodríguez, para reprobar la exageración del síndico, cuando afirma la disolución de Colombia, y con-

cluyó proponiendo discutir la suficiencia de poderes.

El doctor Osío esclareció la cuestión, “insistiendo en que se examinase la autenticidad de las circunstancias”.

Tomó la palabra el señor Iribárrren, y opinó que no considerándose la Asamblea con facultad suficiente para considerar su nota, se le permitiese retirarla de la mesa: varios diputados se opusieron, y el señor Mendoza, presidente, propuso que previamente se resolviese si el procurador debía tomar parte en la discusión. Resolvióse que este funcionario sólo tenía voto informativo: insistió él en el retiro de su nota y debatido el asunto, se resolvió por una negativa unánime.

“Se procedió en consecuencia á discutir la cuestión propuesta por el señor Osío, acerca de la calificación de los hechos en que se funda la representación del señor Síndico”. El presidente concretó la materia así: que el procurador municipal presente en la sesión de la mañana los comprobantes que puedan acreditar el contenido de su petición.

Una vez aprobada por unanimidad esta proposición, se enteró al postulante y éste exhibió un número extraordinario de la *Gaceta* del 29 de septiembre (viernes) de aquel año, de Cartagena, en que se insertaba el acta de la reunión celebrada en

aquella ciudad sobre reforma del sistema vigente, y propuso que se le pidiesen al Jefe Civil y Militar los documentos ó cartas del Libertador, ú otros que tuviese, relativos al estado del país; que se requiriese á todos los ciudadanos á que exhibiesen iguales documentos á cualquiera de los diputados, tales como las actas del Ecuador y del Asuay, *que el señor Antonio Leocadio Guzmán había ofrecido suministrar á varias personas*, y que se solicitasen las cartas que poseían los generales Pedro Briceño Méndez y Francisco Rodríguez del Toro. Se resolvió que una comisión del seno de la Asamblea, —Machado y Rodríguez,—fuese al Jefe Civil y Militar, á impetrar aquellos documentos; que por carteles se hiciese entender al público la petición del Síndico, para que se llevasen á la Asamblea cualesquiera papeles que hubiese sobre el asunto, y que el mismo Síndico obtuviese de los señores que nombró las cartas del Libertador Presidente.

Continuó el procurador exponiendo que el señor Antonio Leocadio Guzmán había manifestado delante de S. E. el Jefe Civil y Militar y de varias personas y ciudadanos, *que estaba encargado por el Libertador para manifestar á los pueblos de Colombia “que jamás vendría con el carácter de Presidente constitucional,*

porque esto marchitaba sus glorias". Al oír tal declaración el señor Narvarte, propuso que se hiciese comparecer en el acto al señor Guzmán, para que contestase. Fue enviado á él el señor José Julián Ponce, á quien el señor Guzmán encargó decir á la Asamblea que "estaba pronto á contestar por escrito las preguntas que se le hiciesen". El señor Iribárrén, en vista de la respuesta, propuso que se apuntasen los nombres de las personas que habían oído de labios del señor Guzmán las expresiones de referencia, y entre otros fueron señalados los señores: Pedro Machado, Martín Tovar, Jerónimo Pompa, José Julián Ponce, Pedro Pablo Díaz, doctor Mariano Echezurúa, José María Rojas, Juan Antonio Latazo, el coronel Stopford, el doctor Murphy, José María Correa, Francisco Rivas, y el mismo señor Iribárrén, en presencia de S. E. el Jefe Civil y Militar; é indicó que en aquella conversación, el señor Guzmán había agregado:

—El Presidente Libertador ha confiado á mis débiles luces la árdua empresa de redactar una Constitución sobre la base de la de Bolivia, que sirva para Colombia.

No pudiendo continuarse los trabajos de la Asamblea, por la no concurrencia de aquel joven *de 22 años*, que, recién

llegado de España, en donde hacía su educación; nuevo en la tierra de su nacimiento; apénas conocido del Libertador; extraño entre los fundadores de la patria, se presentaba en momentos tan solemnes como apoderado general del creador de Colombia, haciendo declaraciones tan graves como enfáticas, la Asamblea acordó por unanimidad que se hiciese efectiva la comparecencia del señor Guzmán, por medio del Jefe Civil y Militar, comisionándose ante éste á los señores Machado y Rodríguez.

Antes de concluir, el señor Mendoza propuso la designación de un secretario, por hallarse enfermo el que ejercía el cargo. Fue nombrado el doctor José Tomás Hernández Sanavria y se convocó á sesión para el siguiente día. (1).

-1- Acta de la Asamblea provincial. Sesión del 2 de noviembre de 1826.---*Dr. Cristóbal Mendoza, etc., etc., etc.*

EL ESCLARECIMIENTO

Al día siguiente, 3 de noviembre, nueva reunión en San Francisco. Preside el Señor Mendoza. Se inquiere de los señores Machado y Rodríguez el resultado de su comisión. El señor Machado toma la palabra y declara que el señor general Páez le ha manifestado que "no creía conveniente la publicación de la carta del Excmo. Señor Libertador Presidente, por ser una comunicación privada: que los documentos que se solicitaban, corrían en la ciudad impresos: que en cuanto á la cooperación que se pedía del señor Guzmán, prometía que éste concurriría á la asamblea."

El señor Iribarren presentó luego un ejemplar manuscrito de la constitución boliviana; el Señor Tovar, una carta dirigida por S. E. el Libertador al señor Francisco Rivas, fechada en Lima el 2 de agosto de aquel año; el señor Men-

doza, otra del mismo personaje, oficial para el Síndico, conteniendo las actas de Guayaquil y Panamá.

El señor Mendoza propuso que, si los señores diputados lo deseaban, se procediese á la lectura de aquellos documentos; el señor Iribarren pidió que los leyese una persona, desde sitio conveniente, y cuya voz alcanzase á todo el público; el señor Esteban Cordero se brindó para esta lectura y le dió comienzo por el acta de Guayaquil, sucesivamente las de Panamá y Cartagena, las cartas del Libertador á los señores Rivas y Mendoza; el señor Paúl impuso á la asamblea de algunos párrafos de dos cartas familiares del mismo Libertador para su hermana doña María Antonia Bolívar, en las cuales le anunciaba su llegada á Caracas para el mes de agosto y su intención de retirarse á su casa de San Mateo, "ó á una quinta que se proporcionase."

Al terminar la lectura, el señor José Antonio Díaz pidió que la asamblea declarase si aquellos documentos eran suficientes para calificar los hechos á que se refería el señor Síndico; éste interrumpió el debate, para solicitar como previo que ya que el señor general Páez se había denegado á franquear la carta del Libertador, los comisionados refiriesen de ella lo que recordasen; el señor Rodríguez re-

plicó que, de una vez que el señor general Páez tenía razones para no hacer pública aquella carta, él se abstendría de abusar de la confianza que le había dispensado aquel jefe, permitiéndole su lectura “y que no habría autoridad alguna sobre la tierra que lo obligase á faltar á aquel deber sagrado.” Adhirió á esta declaración el señor Machado. El señor Osío observó que allí estaba el señor Guzmán y que faltaba la prueba del informe verbal para el cual se le había hecho comparecer: el señor Paúl propuso si debía ó no procederse al examen del señor Guzmán.

Votada la afirmativa, el señor Mendoza manifestó á aquél que podía hacer su exposición. Dijo, en consecuencia, el señor Guzmán: que el Libertador le había encargado manifestar á los pueblos de Colombia que á principios de agosto había resuelto enviar una persona á Venezuela, á consecuencia de un movimiento del cual había tenido entónces noticias inexactas (1); que los correos de Bogotá que S. E. aguardaba, no le llevaban sino débiles nociones que no podían fijar su juicio; que, ansioso del sosiego de su patria, no podía saber de parte de quién estaban la justicia

(1) Misión del edecán O'Leary, de la cual hablaré adelante.

y la razón; que las cartas de los señores Urbaneja é Ibarra, desde Guayaquil, aclararon por fin sus dudas y le hicieron ver *que los movimientos de Venezuela se habían generalizado*, y que se pretendía reforma; que había sabido también que el gobierno de Colombia adoptaba un sistema contrario, divulgando que el Libertador no veía bien las pretensiones de los pueblos; que para conjurar la tormenta que amenazaba á la República, y mientras podía hacerlo él personalmente, Bolívar había encargado al señor Guzmán de entregar varias cartas, de las cuales sólo conservaba las de los generales Arismendi y Bermúdez; que recomendase á todos los pueblos conservasen á toda costa el orden y la tranquilidad, aconsejándose de la razón; que su espada no la mancharía jamás con la guerra civil; que de ninguna manera se oponía á la voluntad de los pueblos; que una vez en la Presidencia, los pueblos dirían esa voluntad, en la calma de las pasiones; y agregaba el señor Guzmán que creía al Libertador partido del Callao, al día siguiente de su marcha. “Complementó, dando una idea de lo ocurrido en Guayaquil, Quito, Asuay y Cartagena; que estos pueblos ansiaban la reforma, tanto ó más que Venezuela misma, *sometiéndose á la deliberación del Libertador*; que debía convocarse la Con-

vención nacional para terminar las diferencias; que el Libertador, al recomendar la constitución boliviana, no hacía otra cosa sino manifestar su opinión particular, como podía hacerlo cualquier otro ciudadano, sometiéndose siempre á la voluntad popular, como lo había hecho en Guayana y en Cúcuta, á cuyos congresos había presentado el mismo proyecto. Constreñado el señor Guzmán á contestar si era cierto que el Libertador había manifestado que no volvía á Colombia con el carácter de Presidente Constitucional, "porque esto marchitaba sus glorias" leyó un oficio firmado por Bolívar, que corría inserto en el número 257 de la *Gaceta de Colombia*, del 17 de septiembre, dirigido al Vicepresidente y en el cual le manifestaba que habiendo servido ocho años la Presidencia y seis la Jefatura Suprema del Estado, su reelección era una manifiesta ruptura de las leyes fundamentales, que ordenaban no servir el destino más de ocho años; que no quería mandar más y que había llegado el momento de declararlo con franqueza y sin ofensa de nadie. Preguntado el señor Guzmán si era cierto que el Libertador lo había encargado para escribir una constitución semejante á la boliviana, que sirviese para Colombia, contestó que "era notorio que S. E. hizo este encargo á varios de

sus amigos, y á él, al señor Guzmán, le dijo que viesse si podía sacar algo que sirviese de apoyo á este pensamiento".

Ignoro por cuáles motivos y con qué objeto, cuarenta y cuatro años después, en 1870, el señor Guzmán, al referirse á un suceso tan sencillo y ordinario, en el que resalta su conducta evasiva y vacilante, quiso escribir para el público lo que sigue: "Yo, que en 1826 *combatí solo contra todos ellos*, en la gran reunión de San Francisco, y logré vencerlos, con la votación entera del pueblo de Caracas, *que me arrebató en medio de mi discurso para sacarme en triunfo*, etc." (1) La memoria del que se llamó "fundador" del partido liberal,—*seis años después de fundado* este partido político de Venezuela,—me permitirá afirmar que el señor Guzmán falsea la historia y adultera la verdad: en ningún documento de aquella época hay siquiera alusiones á "aclamación," ni á "triunfo", ni á "apoteosis," en aquella reunión del 3 de noviembre de 1826. El señor Guzmán no había llamado la atención de aquellos señores sino porque,—según cartas de aquella fecha,—*andaba diciendo á todo el mundo* la opinión del Libertador. (2)

(1) Datos históricos sud-americanos, tomo II, pag. 332—A. L. Guzmán

(2) General José Antonio Páez, doctor Cristóbal Mendoza, etc. etc.

Muy serenamente se enteró la asamblea de lo que quiso declarar el señor Guzmán, tanto, que el doctor Sanavria pudo levantarse á hacer preguntar al Síndico si tenía otros documentos á más de los presentados (1): apoyada esta pregunta por el señor Narvarte, el procurador declaró que no tenía nada más que agregar, porque con lo leído estaba convencido de la disolución del gobierno de Colombia.

El señor Mendoza recordó la proposición del señor Rodríguez, del día anterior, relativa á los poderes de los diputados: declarados suficientes, se procedió á examinar si había gobierno y si se reuniría el Congreso. El señor Mendoza tomó la palabra. Dijo que tratándose de la existencia del gobierno, se había abstenido de dar su opinión como funcionario que era, ejerciendo la Intendencia; pero que debía informar que había recibido órdenes del Secretario de lo Interior para suministrar las asistencias necesarias á los diputados y senadores, á fin de que estuviesen en Bogotá para la próxima apertura del congreso: que dos de los representantes habían ocurrido ya por ellas, que los demás no las habían pedido, que

(1) Acta de la asamblea popular de Caracas, 3 de noviembre de 1826.

el gobierno había invitado ya dos veces para la reunión de 1827, como se veía en la *Gaceta de Colombia*, aunque de oficio no lo había recibido la Intendencia.

Pidió el señor Pelgrón que la votación fuese nominal; apoyó el señor Paúl; recogida, resultó sancionado por 18 votos de mayoría "que no estaba probado que el gobierno de Colombia no existía, y que no estaba probado que no se reuniría el congreso." Exceptuando al señor Tovar, todos convinieron en "que había gobierno," desistiendo seis de la posibilidad y tiempo de reunión del Congreso. Por fin; el señor Tovar comvino en "que había un gobierno en Bogotá, pero que no creía que se reuniese el congreso."

El síndico, en vista de esta solución, pidió que su representación se pasase á la municipalidad, á quien iba primitivamente dirigida, y que allí se archivase, devolviéndosele la copia de la Constitución boliviana que había presentado. Se resolvió no acceder, porque la representación del Síndico era la que había producido todas las actuales ocurrencias y era documento indispensable al expediente, y sólo se le devolvió la copia de la Constitución.

El señor Rodríguez manifestó que puesto que sus poderes eran legítimos y había un gobierno ante quien representar,

se nombrase una comisión para redactar las representaciones. El señor Mendoza, presidente, nombró á los señores Narvar-te, Rodríguez, Machado y Tovar, para que presentasen á la diputación aquel tra-bajo el miércoles, 8 de noviembre.

HILOS DE ARIADNA

El síndico procurador municipal del cantón de Caracas, señor Don José de Iribarren, no se conformó con las resoluciones de la asamblea del 3 de noviembre. En desusada instancia, apeló al jefe civil y militar, general José Antonio Páez, manifestándole tanto como anteriormente á la municipalidad y pidiéndole que sin perder momento hiciera convocar otra asamblea popular para el día siguiente, 7 de noviembre, suplicándole ocurriese el mismo general Páez á presidirla, y que la convocatoria se hiciese por bando, por carteles en las esquinas y por esquelas á todos los ciudadanos revestidos de autoridad. El general Páez accedió á aquella solicitud, señalando el día siguiente, á las once de la mañana, para la reunión.

Personalmente, Páez abrió la sesión, á la cual sirvió de secretario el doctor Narvarte, y auxiliar de éste, el señor Pedro

José Estoquera. El presidente leyó un discurso en que decía que el clamor del pueblo lo había obligado á sacrificar “la reputación de un buen nombre, adquirido en medio de los combates, de la sangre y de la muerte”; que era demasiado cierto que la república se hallaba en disolución, y que deseaba saber qué era lo que querían los pueblos (1).

Tomó inmediatamente la palabra el señor Núñez de Cáceres, para persuadir de que el pacto social de Colombia se hallaba disuelto por la separación de nueve departamentos, y que era necesario atarlo con una nueva forma, y concluyó invitando al pueblo á que se constituyese.

Habló luego el señor Echezuría, exponiendo que no había en la república un gobierno colectivo, puesto que las cámaras estaban en receso y probablemente no se reunirían, y que faltando así el cuerpo ante quien representar, conforme á lo acordado el 5 de octubre, debía constituirse Venezuela bajo el régimen federal.

El señor Juan Francisco del Castillo propuso que estando ya pronunciados por el sistema federal, se invitase á las demás provincias á seguir el ejemplo, quedando, mientras tanto, el general

(1) Acta de la Asamblea popular de 7 de noviembre de 1826.

Páez en ejercicio de sus funciones civiles y militares. El señor doctor Juan Martínez, presidente de la Corte, manifestó que para constituirse bajo el régimen federal veía el inconveniente de que había que convocar á los demás pueblos y opinó por que se esperase la reunión de la Gran Convención, que continuase hasta entonces Páez en ejercicio del Poder y que las representaciones se dirigiesen, no al gobierno de Bogotá, sino al Libertador Bolívar. Opúsose á esto el señor Echezuría y ratificó su opinión anterior. Insistió Núñez de Cáceres en que el gobierno de la república estaba disuelto, corroborándolo con esta expresión de Bolívar: *la república ha vuelto á su estado de creación*. El doctor Martínez sostuvo su opinión, declarando que Caracas sola no podía constituirse sin convocar á los demás pueblos que habían invocado el sistema federal. El señor Pedro Machado declaró que no había otro recurso que convocar á esos pueblos, porque, con arreglo á la ley no había Convención, ni otro medio de satisfacer aquella necesidad. El señor Pompa opinó que era necesario constituir primero un gobierno y que después se invitaría á los demás pueblos para que se uniesen; que el mando de Páez no era un obstáculo para estas medidas que creía forzosas. El licenciado Pablo Pichardo

dijo que cuando el general Páez había ofrecido estar con los pueblos, Venezuela no había llegado al estado en que se encontraba; que según había oído, el Libertador mismo declaraba que era necesario crear otra vez la república: que se constituyese un gobierno, se hiciese una constitución, y se presentase á los pueblos para su aceptación y á la Convención para que la aprobase. Volvió á hablar el general Páez,—acaso sin necesidad,—porque fue para repetir lo que había tantas veces dicho durante un año. El señor Lope Buroz manifestó que siendo posible la reunión de la Gran Convención, Caracas no debía proceder como lo estaba haciendo, sino dirigir sus representaciones al Libertador, para que reuniese aquel Cuerpo; el señor Machado sostuvo que esta conducta no era un inconveniente para que se reuniese la Convención; el señor Pompa declaró que no le parecía necesario volver á invitar á Bolívar á que viniese, porque ya se había hecho, el 16 de mayo pasado. Resumió el señor Iribárrren, diciendo que *en una borrasca cada cual se salvaba como podía, sin esperar consejo de otro*, y que ya que no había gobierno, Caracas debía salvarse.

Tomó la palabra el señor don Cristóbal de Mendoza. Comenzó por advertir que los acontecimientos de los últimos días ha-

bían cambiado el aspecto de la situación, que debía pensarse con serenidad lo que iba á tratarse y hacerse, que debía antes convocarse á las municipalidades ausentes; que estaba de acuerdo con todos en cuanto á la substancia, que sólo discordaba en el orden ó modo de proceder; que al reunirse la Convención se le presentasen estos votos. Tanta discreción y este buen juicio no fueron del agrado de S. E. el general Páez, el cual se levantó á manifestar que tardaba demasiado la época de *nuestra felicidad*, “que desde el 30 de abril había jurado no obedecer al gobierno de Bogotá, y estaba resuelto á cumplir su juramento,” que si el pueblo no se hallaba *con facultad y poder suficientes para ser feliz*, él convocaría las municipalidades para entregarles su autoridad, y que si los presentes estaban resueltos á darse una constitución, lo manifestasen levantando la mano. “Todos al momento lo hicieron así, entre aplausos y aclamaciones, etc” (1).

Terminado de esta manera el debate, el Síndico hizo las siguientes proposiciones:

“Primera—Que se consignent en esta acta los poderosos fundamentos que ha tenido Venezuela para promover su organización interior: que S. E. el Jefe Ci-

(1) Doc. cit.

vil y Militar expida un decreto convocando las Asambleas primarias para la elección de Diputados por cada una de las Provincias que se hallan unidas en este movimiento, y de las demás que puedan unirse, con inclusión de las que forman los mismos Departamentos divergentes, y procurando la celeridad posible en la convocación y elecciones, á fin de que la reunión del Cuerpo constituyente se verifique el día 1º de Diciembre, sin perjuicio de que si ántes se hallasen reunidas las dos terceras partes de los Diputados, se proceda á la instalación.”

“Segunda—Que se inyite por esta Asamblea á todos los pueblos de la antigua Venezuela, para que concurran con el número de Representantes que les corresponde á formar la corporación que se encargará de redactar el reglamento provisional que debe servir para estos pueblos.”

Las cuales fueron aprobadas, así como la de que Venezuela, cualesquiera que fuesen la situación política y rango que ocupase entre las naciones de América, sería fiel á los compromisos contraídos con el extranjero, por tratados diplomáticos ó contratos pecuniarios, en la parte que le correspondiese en la antigua Colombia.

El señor Mendoza quiso, finalmente,

saber á qué gobierno quedábamos sujetos mientras se reunían los diputados, y fue resuelto que al mismo que se había formado el 30 de abril.

Como se vé, el señor general Páez y la municipalidad de Caracas,—su muy aterrorizada servidora,—no podían hacer con mayor sencillez y facilidad el arreglo y el desarreglo de nuestros más graves asuntos públicos: un jefe de ejército declara desde su cuartel disuelto un país, é impone á los ciudadanos,—sus prisioneros de guerra,—que procedan á proclamar una nueva nación. . . . El general regresaba hasta más allá de Gengiskán.

Valencia observó, tres días después, una conducta igual á la de Caracas, en una asamblea provincial presidida por el coronel Francisco Carabaño, á la que servía de secretario el licenciado Francisco de Paula Quintero. Pero Valencia fué más allá, por un deber trivial de antecedentes cuartelarios: resolvió que, atenta á la absoluta decisión de los pueblos, “de no retrogradar un paso de la marcha que habían emprendido sobre el sistema federal” y de que estaban dispuestos á toda clase de sacrificios, *sin exceptuar el de la guerra*, y considerando que “no faltarían algunos hombres que constituidos en empleos ó autoridades públicas contradijesen por ignorancia ó

pasiones particulares” el propósito emprendido, como ya había sucedido con la seducción y desertión del batallón *Apure*, el 23 de agosto, Valencia resolvió, repito, solicitar del general Páez que, usando de su prudencia y previsión, “removiese de su destino á todo aquel que probablemente entorpeciese los medios adoptados,” recordando al general Páez, si fuere necesario, “que miramiento alguno debía detenerle en el cumplimiento de tan sagrados deberes” [1].

Páez expidió el decreto conducente á la reunión del congreso constituyente de Venezuela, y se apresuró á comunicarlo, con noticia de lo ocurrido, á las municipalidades de las provincias.

“No es ya posible, decía el general, ir adelante con un pacto dilacerado, aun cuando en su origen hubiese sido bueno; y para que la República se levante otra vez de sí misma, no queda otro recurso que el de rehacerla por medio de vínculos más estrechos y permanentes, ventajas que sólo pueden lograrse en la unión federal. Esta forma de Gobierno, que desde el 19 de abril se radicó en el corazón de todo venezolano, es la que puede hacer su dicha. Las primeras impresio-

-1- Acta de la asamblea de Valencia, de 10 de noviembre de 1826.

nes por lo regular son felices; y á pesar de ello, hasta el 7 del corriente no ha venido á recoger Venezuela el fruto de sus sacrificios y la satisfacción de sus deseos. La grande Asamblea popular de Caracas, al pronunciar sus deliberaciones, volvió los ojos á sus cohermanos de la antigua Venezuela: en ninguno de sus actos desde el 30 del venturoso mes de abril, ha olvidado que de oriente á occidente, desde el cabo de Nasau hasta el saco de Maracaibo todos éramos venezolanos; y *la política no tiene fuerza para dividir lo que la naturaleza, la educación y el aire atmosférico unió*. Si todo lo que fué Venezuela se acuerda de su ilustre nombre y calcula sobre sus verdaderos intereses, es llegada la oportunidad de volver á congregar la antigua familia formando un solo Estado que servirá de base para ligar á los demás que con él quieran confederarse. Esta Venezuela cercenada por el Gobierno central, firme siempre en sus principios, no infliere violencias, sino antes bien convida con brazos fraternales al territorio desmembrado por la política, para que si de su libre y espontánea voluntad quiere unirse, manifieste francamente su resolución.” [1].

-1- A la M. I. municipalidad de Trujillo, Cuartel general de Caracas, á 13 de noviembre de 1826.

Pero, no era verdad, ni posible, la docilidad de todo un país al capricho intemperante de un solo hombre, á único título de *valiente*: la población conciente de Puerto Cabello se reúne en su iglesia parroquial, el 21 de noviembre, bajo la presidencia de don Francisco de Roo, jefe político municipal, porque se acababa de recibir una comunicación del capitán de navío Sebastián Boguier, anunciando que la guarnición de la plaza se había pronunciado ese mismo día, al grito de *viva el Libertador!*

Aquella asamblea creyó oportuna y necesaria la presencia del comandante Boguier, así como la del jefe del batallón *Granaderos*, para que hiciese una exposición del pronunciamiento, sus causales y sus razones. Fueron llamados, en consecuencia, el comandante Boguier y el teniente coronel graduado Simón García, proclamado jefe del batallón en ausencia del propietario, coronel Pedro Célis. Este explicó "que hace algunos días que la mayoría de la guarnición, observando la senda tortuosa en que actualmente se encuentra la causa de las reformas, desviada del todo de la que se nos ofreció seguiría, había desplegado su celo patrio y recordándole el más augusto de sus deberes que era libertar al pueblo de la opresión: que cuando contrajeron sus nuevos com-

prometimientos se les hizo entender que nada se innovaría hasta la venida de S. E. el Libertador Presidente, nuestro único mediador; y que las últimas resoluciones de las Asambleas reunidas en las capitales de las Provincias de Caracas y Carabobo, obras exclusivas no sólo de la seducción sino del temor, habían contradicho aquellas protestas y ofrecimientos: que habían descorrido el velo que nos hacía creer que la buena fé no animaba en grado igual en la causa de las reformas; y por último que, impelidos de estas razones, habían deliberado pronunciarse para que el pueblo igualmente lo hiciese con libertad; protestando que penetrados, como están, de las ventajas y de la necesidad de reformas, esperaban alcanzarlas por la mediación del General Bolívar, como al principio nos propusimos, siendo él el depositario de la confianza de los colombianos y el más infatigable por la dicha y felicidad de la patria que formó; proclamando al señor Coronel Sebastián Boguier por Comandante de armas, por la probable presunción de que el señor Coronel Cala se opondría á tan justas miras” [1].

-1. Acta de la reunión de Puerto Cabello, de 21 de noviembre de 1826.

En el mismo sentido habló después el comandante Boguier, y el pueblo aplaudió, aprobó y se unió al pronunciamiento, resolviendo diputar un comisionado cerca del Libertador, exigiendo su mediación; y otro cerca del general Páez, instruyéndolo de todo y llamando á su patriotismo. Para esta última comisión fue designado el municipal señor Manuel Olavarría.

EL AGITADOR

I

Peña,—he escrito antes,—tenía el alma jacobina é inquietante de la asonada (1). La historia y la tradición le presentan como el primero y principal instigador de Páez, en los sucesos de 1826.

Parece que Peña, por motivos de resentimiento personal con los hombres de Bogotá y por causas deshonorables que adelante conocerémos, aprovechó de la situación creada por la ausencia de Bolívar y la política de Santander,—favorecido, además, por las condiciones de rudimentarismo de Páez,—para ponerse todo él á servicio de la *Cosiata*.

Tenía numerosas y peligrosas armas el terrible intrigante. Largos é ilustres servicios en la causa y en la lucha por la independencia; extensas y poderosas relacio-

nes en la sociedad y en la política ; un gran talento ; una potente inteligencia ampliamente cultivada ; brillante capacidad victoriosamente ejercitada en las prácticas del parlamento, en las controversias del foro y en las actividades de la magistratura ; fecundo en los recursos del debate ; ardoroso en la polémica ; apasionado en sus causas personales ; sofista habilísimo ; dialéctico elocuente ; vasta erudición jurídica y gallarda preparación literaria. Tales eran las dotes específicas del tremendo áulico de Páez : dotes, en aquel hombre, antes perjudiciales, por su carencia de sentido moral.

Estamos ahora más acá de los áridos relatos de los sucesos, y ya es tiempo para juzgar de su aspecto y de los hombres que los consumaron. Peña es el primer llamado entre esos hombres, el primer responsable entre los acusados.

A causa de haberse negado á firmar la sentencia de muerte de Leonardo Infante, por creerla injusta, fué llamado á juicio ante el Senado de Colombia. Dícese que, después de una defensa admirable de sí mismo, dejó saber la siguiente declaración : “ Yo seré *el último* venezolano á quien se juzgue en Bogotá ”, dando á entender así que trabajaría por romper la unidad de la república. Amenaza de cuenta en labios de semejante enemigo ;

no porque fuese él solo capaz á destruir la nacionalidad, tanto como porque á las causas remotas y constantes de disolución, no faltaba sino una voluntad como la suya, obstinada en el mal y voluptuosa en la venganza.

Peña se marchó á Venezuela, no en el ánimo que él decía ante sus jueces: “*á gozar en paz de la fortuna irritada*”, sino como lo consignan los historiadores: “resuelto á vengarse pronto de sus enemigos y adversarios” [1].

Bolívar conocía á aquel hombre, y presumía hasta dónde podría alcanzar con las ventajas de su talento y su amoralidad. Al conocer los sucesos, el Libertador le escribía desde Lima á Santander: “El Doctor Peña es un hombre vivo, de talento, audaz..... y conviene mucho que usted lo mantenga al lado del Gobierno, halagado con la esperanza de un alto destino, y que, por ningún pretexto vaya á Venezuela, para que *la patria, usted y yo no tengamos algún día algo que llorar*”.

No lo creyó así el Vicepresidente de Colombia, y Peña regresó á su país. Tampoco parece que le conocía bien el general Santander ó los que en el gobierno le acompañaban, porque los 300.000 pesos

-1- Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, tomo I.

que del empréstito negociado en Calais en 1.824, correspondían á Venezuela, fueron entregados á Peña para traerlos á Caracas, “y en vez de entregarla (la suma) íntegra á la tesorería, se apropió 25.062 pesos, alegando para justificarse que ésta era la diferencia del valor de la moneda entre el Departamento del Magdalena, donde la recibió, y el de Venezuela donde la devolvía” [1]. Fue de nuevo acusado por usurpación de caudales públicos, pero ya él tenía premeditada la manera—que iba á poner en práctica,—de librarse de la justicia y de la sanción.

“Hallábase en Valencia en estos días, —dice O’Leary,—y gozando de la confianza de Páez, un individuo que se creía injuriado por el congreso y por el gobierno; que había recientemente quebrantado las leyes y que también había sido llamado á juicio por una causa que no era honrosa á su reputación y delicadeza: la de haber defraudado á la república en una cantidad de dinero. Era éste el doctor Miguel Peña, que desde Bogotá había concebido el antipatriótico proyecto de vengarse de sus enemigos personales, á costa del bien público. Suave en su trato, plausible en sus argumentos, astuto y vivo, Peña no tardó en adquirir sobre

Páez aquel ascendiente que el hombre dotado de fuerzas intelectuales alcanza generalmente sobre los que deben su elevación al ejercicio de sus ventajas físicas. Propenso, como todo hombre de su condición, á la lisonja, Páez se entregó enteramente á la dirección de Peña, y desde las primeras noticias de la acusación lo consultaba con frecuencia. Este se valió de su confianza para sus propias miras de venganza, y con este ímprobo desig-
nio, recordando á Páez sus antiguos, brillantes servicios, la envidia que le causaban á Santander, los motivos que desde una época distante tenía el vicepresidente para no ser su amigo, su carácter insidioso y vengativo, los constantes esfuerzos de los congresistas para deprimir la clase militar y particularmente á los que habían obtenido una reputación eminente, la ninguna justicia que debía esperar de hombres que ya le habían manifestado tan declarada enemistad y obrado con tanta lijereza en admitir la acusación sin oirla previamente, adujo el ejemplo de su propio proceso y de la trágica muerte del coronel Infante, y por fin, poniéndose de pié delante de Páez, que lo escuchaba en silencio, tomó de la mesa la nota del gobierno, la abrió, la leyó y extendiéndola con ambas manos: 'por más vueltas, dijo,

que se quiera dar á este papel, no se encuentra en él sino una revolución'. Ya esta revolución estaba decretada y adoptados los medios para llevarla á efecto" [1].

Montenegro Colón señala á Peña como "uno de los agentes más activos de cuanto ocurrió después, ya *en venganza* de la suspensión á que había sido condenado por el Senado de Colombia, ó ya *para evitar* los graves cargos que le hacía el gobierno de resultas de haberse *apropiado muchos millares de pesos en el cambio* de la moneda que recibió en la Nueva Granada y la que entregó en la tesorería de Caracas, sobre una gruesa suma destinada al fomento de la agricultura en Venezuela."

Baralt, que cuando se trata de Páez y su papel en nuestra política local, se muestra ávido de excusas, ansioso de atenuaciones, discreto de lenguaje, austero en referencias, hace un púdico resumen, así: "Inquina del doctor Miguel Peña contra el gobierno de Colombia, por causas *poco fundadas*."

El capitán José Austria, al rendir informe de los sucesos ante el gobierno de Colombia, escribe: "El Dr. Peña ha trabajado bastante por la opinión de la gente

(1) *Memorias*, Narración, tomo II.

de color y para identificarlos cuando lo creyese necesario: para conseguirlo ha dicho con publicidad que el gobierno de Bogotá había declarado la persecución del general Páez y la suya, por sólo el motivo de ser pardos y no ser indiferentes á la suerte de sus semejantes....”

No ocultaba el mismo Peña su afición y loco desbarajuste de dinero, “en cuyo artículo,—le dice á Bolívar,—he sido bastante disipado”; pero sí pretendía engañar al Libertador respecto á sus preconcebidos y aviesos designios, escribiéndole: “Yo me voy la semana entrante para Venezuela; para los gastos de mi viaje he vendido los muebles de mi casa y los libros que me han querido comprar. *Voy á ver si encuentro otro modo de vivir*; mis bienes se han arruinado, mi padre ocultó su dinero y no se sabe dónde. Mi residencia será en Valencia, *donde no sé qué detino tomaré; si U. tuviere por allá algún amigo, hágame el favor de recomendarme.*” Y agregaba este ardid el impávido comediante: “Dejo con gusto esta ciudad infausta donde los hombres son ganados muy facilmente, y voy á buscar cualquier género de vida que me produzca aunque sea una escasa subsistencia” [1].

-1- Peña al Libertador, Bogotá, 6 de abril de 1825.

Un tiempo después, cuando comenzaban á sentirse las consecuencias inmediatas del *Veintiseis*, el coronel Carabaño, uno de los comprometidos de aquel año, calificaba á Peña según se lee en el siguiente párrafo: ".....ha debido conocer [el general Páez] que la operación de sacar á este señor [al general Arismendi], del reposo en que estaba muy bien, tuvo desde su principio el sello de la reprobación, pero este pensamiento creo que fue más bien de la cabeza del Maquiavelo americano [Peña], cuyo regreso á estos lados puede tener funestas trascendencias, porque este histrión se propuso hacer en Valencia una Corte sibarítica, siendo él el Sulli ó el Lerma, sin conocer que sobre la frágil base de un abogado español no se pueden levantar edificios tan colosales" [1]. Era el lenguaje cruento y ágrío de Carabaño, no obstante su cultura y su corazón. Líneas adelante, refiriéndose al mismo personaje escribe: "...he visto á los enemigos de Peña destrozándolo por su cambio en onzas; el acto es legal, y él, si hubiese sido más avisado en política [á pesar de lo que crce saber], no se habría puesto en la

-1- Carabaño al Libertador, Valencia, 5 de mayo de 1828.

campana de diputado [1] con un flanco tan vulnerable...." [2].

Es á Peña á quien todos señalan como el privado, como el favorito funesto, como el instigador implacable de Páez, asiendo las pasiones y la semi-barbarie del ensoberbecido llanero, para consumir un acto de repugnante egoismo y de aciagas revanchas. El mismo Carabaño, cuando va á referirse á los difíciles preliminares de Ocaña, dice: "¿Para qué más expediciones ni terremotos que los planes que dicen lleva un tal Peña? Él opina que se debe desbaratar la República, que nadie sea sino Doña Convención, que declarados ellos amos en todo, le toque á él Doña Venezuela incorporado el Zulia, y desde luego, hacer su fierro y divertirse en colearnos. Si se juzgara á los ladrones, no irían éstos á disponer de los destinos de los colombianos.

"Estoy muy mal conqué unas mismas cosas sean delito en unos y crímenes en otros, por sólo alguna variación en las palabras y ceremonias. A un tal Cisneros se le persigue á balazos (y con razón) por faccioso, al paso que á otra banda de malvados que llevan la intención de des-

-1- Refiérese á la actitud de Peña en la Convención de Ocaña.

-2- Carabaño al Libertador, carta citada.

truir la República, se les dan 600 pesos á cada uno.” [1]

Cuando el Coronel Austria tuvo que dar cuenta detallada de la comisión á que Bolívar lo envió, á fines de 1827, cerca del general Páez, informaba: “..... tuve con él dos largas conversaciones de las cuales deduje que el doctor Peña le hacía vacilar en todo.....” [2]

Proseguirémos conociendo cuánta razón tenía Bolívar, al advertir al general Santander del tacto con que debía conducir los asuntos contra Peña, á fin de que la Patria no tuviese en lo futuro que llorar los efectos del resentimiento y los enconos de aquel hombre terrible y temible; ante quien habrá siempre que exclamar como el primer edecán del Libertador: ¡Feliz si hubiera empleado siempre sus talentos para el bien!...

-1- Carabaño á Antonio L. Guzmán, Caracas, 6 de febrero de 1828.

-2- Austria al Libertador, Caracas, 7 de diciembre de 1827.

II

¡Cuán superficial é inestable debía de ser el encono de Páez contra los “letrados”! Si esa inquina hubiera tenido la intensidad de las demás pasiones de mi infortunado paisano, él, astuto y precavido, no habría querido aparecer en la historia civil de Venezuela como un pobre pacato del habilísimo “letrado” Peña; y no hay una línea de los actores y testigos de la *Cosiata*, no hay un solo sentimiento de la posteridad, que no descargue al sugestible llanero de la paternidad de sus obras en aquel tiempo. Suya era la remota propensión al mando absoluto; suya, la alegría simplista y el amor de primitivo por los dictados pomposos y por los homenajes profundos; de él la cándida fe y la rudimentaria ilusión de llegar á “rivalizar” á Bolívar, el Libertador.... *Emulo del Libertador!*.... Páez, y sólo Páez, lo creía ingenuamente, dentro de su sencillo pecho de jefe de escuadrones tartáricos; y Peña, y sólo Peña, era capaz para fomentar y sostener aquel sentimiento y aquella ilusión. “El doctor Peña y los antiguos facciosos de Caracas *son los motores* de este movimiento, en que Páez y Mariño hacen el papel de instru-

mento" (1). "Páez habla lo que le hacen decir Peña y Carabaño, y para cohonestar la rebelión me insulta inícuamente" (2).

En vano ese mismo Santander le advirtió á Páez del papel que estaba expuesto á representar ante la posteridad y ante su propia reputación. "¿No vé U., le decía el Vicepresidente de Colombia, no vé U., que han de decir todos que el Doctor Peña *ha intervenido y fomentado* la insurrección, por no responder al cargo de los veinticinco mil pesos que se supone quitó al Erario"? (3).

En vano el general Urdaneta, con sus títulos eximios, con su altísima autoridad moral, le hace igual llamamiento á la sensatez y al honor. "¿Cómo, le dice el prócer perilustre, cómo sufre U., compañero, que hombres criminales llamados ante la ley . . . se asocien á U., para guiarle en aun empresa cuyo mal resultado U. debió prever . . . ? ¿Cómo puede U. concebir que el pueblo de Venezuela se sacrifique, corra á las armas y se maten unos con otros *para que el Doctor Peña no satisfaga 25.000 pesos que defraudó al Estado* . . ." (4).

-1- Santander al Libertador, Bogotá, 9 de junio de 1826.

-2- Idem., idem., 29 de junio de 1826.

-3- A Páez, 12 de junio de 1826.

-4- Urdaneta á Páez, Maracaibo, 27 de junio de 1826.

Sin embargo, Peña, inteligentísimo, avisado é instruído, no sentía sinceramente ni un ápice de estimación ni de devoción, por aquel terrible instrumento que una fortuna feliz había puesto en su mano en el momento necesario. Desde bien pronto, el señor Revenga pudo escribir: “Páez apenas *está tolerado* por uno ú otro de sus antiguos íntimos amigos, y sostenido únicamente por los pocos que, *para ocultar crímenes*, le excitaron á la rebelión.....”(1).

También Soubllette señala duramente á Peña en aquellos días. Al Libertador le escribe: “...Páez es movido por hombres, si no perversos, por lo ménos de muy poco juicio....”(2). Pero con O’Leary es más explícito el ministro de la guerra: “...observo que ha figurado como primer instigador una persona que había sufrido un juicio, y que estaba llamada á otro juicio, sobre un hecho que parecía *además de criminal deshonroso*. Esto sería bastante para condenar el movimiento de Valencia....” [3].

La mano venerable del respetabilísimo anciano que gobierna en Carabobo para

-1- Revenga al Libertador, Bogotá, 7 de octubre de 1826.

-2- Soubllette al Libertador, Bogotá, 21 de febrero de 1826.

-3- Idem, á O’Leary, Bogotá. 13 de julio de 1826.

1826, deja en nuestros anales las siguientes líneas : “Creo que me habló [Carabaño] de muy buena fé, y que su cooperación al restablecimiento de la tranquilidad podrá servir mucho; más *como Peña es el que dirige exclusivamente al general Páez*, no sé si esta buena disposición de Carabaño le perderá con Páez, por el influjo del otro, *que es sumamente perverso y de muy depravadas intenciones*” [1].

El mismo señor de Peñalver, al informar desde Trujillo al Vicepresidente, lo hace así: “El manifiesto que se dió en Valencia por los diputados de los Cabildos, fue obra de Peña. . . .” [2].

Entre las noticias que debe recibir el Libertador, respecto á lo que está aconteciendo en Valencia y en Caracas, hay una en estos términos: “Descrédito y odio que se ha concitado el Doctor Peña por su conducta, á quien se le atribuye, y con mucha razón, ser el autor de la revolución cuyos consejos exclusivamente han dirigido al general Páez” [3]

-1- Peñalver al Libertador, Trujillo, 15 de setiembre de 1826.

-2- Idem, á Santander, *id.*, *id.*

-3- *Noticias que comunica al Libertador Presidente el Gobernador de la provincia de Carabobo, Trujillo, 15 de setiembre de 1826.*

Pero ya he dicho que Peña era un poseído del espíritu de sedición. Aquel hombre no solamente era audaz, sino que había puesto á su nefario desnudo la más invulnerable armadura de indiferencia, de desdén por la contraria vocinglería, pudiera decirse, de cinismo. Insensible á la ruina de una obra orgullosa de gloria y de grandeza, henchida de porvenir perínclito, como la obra republicana; insensible á las demostraciones honorables de sus propios colaboradores, como Carabaño; indiferente á la opinión justiciera pero lastimosa que de él se forman y expresan hombres ilustres como Peñalver, Soubllette, Urdaneta, Revenga; indiferente á la censura, indiferente á la execración, indiferente al odio, pasa su camino, impertérrito siniestro, voluntario juramentado para el oprobio, fervoroso romero de ignominia, á quien no amedrenta el vilipendio, ni sonrojan las afrentas, ni compadece al presente supliciado, ni teme al porvenir justiciador. Agravios, baldones, desaires, aversión, injurias y denuestos, ruedan por el cuerpo impasible de aquel cruzado de una perversidad egoísta: nada lo detiene. Deja á la avalancha el goce de su propio escándalo, la voluptuosidad de su propio furor, el nutrimento de su propia sevicia, con tal pueda, y mientras pueda, marchar á su

fin, bajo la pedrea. ¡Admirable paladín de protervia! . . .

En su brega siniestra, ninguna arma le está vedada, ninguna ordura lo mancilla: todo, á falta de conciencia, todo es legítimo ante su propósito; por cualquier atajo sale á su camino. Favorito de Páez, primer privado del dictador, por interés, por cálculo, por afección del llanero contumaz, Peña es el más asiduo y celoso cancerbero del despacho dictatorial: él está inevitablemente al lado de Páez, para el trabajo oficial, para los asuntos particulares, para la fiscalización de sus órdenes, para las visitas que recibe el dictador, para las conferencias que debe celebrar. Es Peña quien, paulatina y hábilmente, dispone la organización de la casa civil y de la casa militar, á fin de precisar, saber ó estar seguro de cuántas y cuáles personas deben tener acceso á la oficina y á los departamentos del General: esta situación es la que encuentra el capitán Austria en octubre de 1826. "El Doctor Peña es execrado en Venezuela, y su nombre, en Caracas particularmente, es detestado: es el consejero y director del general Páez, y todos los males se le atribuyen á él. *Tiene un particular cuidado en que nadie hable privadamente con el General en Caracas; y la revolución tiene*

menos adictos porque él la dirige" [1].

Es Peña quien dispone del correo: decomisa ó da paso á la correspondencia, según convenga á su posición ó á su plan. "Todos los correos de Bogotá,—dice Austria,—son interceptados, y los impresos sólo los ve Peña y algún otro" (2).

A ese constante atentado, á esa violación audaz de los papeles de la posta, se debe el progreso de la insurrección. En el memorándum que nos guía se lee: "La correspondencia oficial y particular *no tenía ninguna seguridad*, y mucho ménos la de aquellas personas que se habían manifestado contrarias á la revolución, *y no teniendo vías secretas*, ni facilidad para establecerlas, no les era posible dirigirse al Gobierno sin aventurar su existencia" [3]. Acechaba, pues, Peña, á semejanza de cualquier mal nacido lacayo, "por el ojo de la cerradura".

Su conducta creó aquel estado de paralización del comercio, durante la cual los extranjeros suspendieron sus giros y extrajeron del país una gran parte de sus fondos. "Nada se compra,—dice el *Informe*, ni se vende por mayor, y los

-1- *Informe del capitán J. Austria*, Núm. 8º, Bogotá 13 de octubre de 1826.

-2- *Idem*, *idem*, Núm. 21.

-3- *Idem*, *idem*, Núm. 31.

detalles son limitadísimos. Apenas producen las aduanas, porque son muy raras las entradas de buques.— Casi nada se recauda de la contribución directa; los deudores se aprovechan del desorden de las cosas, y alegan las dificultades para vender sus frutos, así como el abatido precio que tienen” [1]. Situación de la que un prócer afirma: “Ninguna pluma es suficiente á explicar cuánto ha padecido este desgraciado Departamento en once meses de una revolución la más inicua y espantosa, formada ó atizada por hombres....que se han figurado sacar de una revolución ventajas que los engrandezcan, y engorden sus bolsillos. [Según trabajan, no equivocan sus cálculos].

“....hé aquí un bosquejo de lo que sucede: unos siendo el blanco de los perversos, otros cambiando de alojamiento por las noches y huyendo del puñal que continuamente los amenaza; otros absolutamente privados de sus amigos por la multitud de espías que atalayan las más inocentes conversaciones; otros privados igualmente de asistir á las reuniones más decentes, por no exponerse á violentar los sentimientos de su corazón; en una palabra, todo en esta borrasca son sustos y temores... Los que se presentan por la

-1- J. Austria, *Doc. Cit.*, Núms. 16 y 17.

mañana [en casa de Páez], con una idea, la noche antes la han puesto de acuerdo en sus casas, ...de modo que ya viene el pastel hecho." [1].

Larga, tanto como funesta, la influencia del favorito. Todavía para el año veintiocho, hombre tan sensato y desposeído de pasiones ingratas como Urdaneta, tiene que escribir: "En Caracas no pueden avenirse con Páez y lo miran como un obstáculo para la marcha de los negocios, *y desde que supieron que Peña volvía á su lado (ya está), han temido mucho*. Quieren que se fije Páez en Caracas, en donde Peña no tiene influjo, pero á mi ver esto no basta, *porque lo tendrá siempre sobre Páez donde quiera que esté*" (2).

Ya Carabaño lo daba á entender, un mes antes: "Dios quiera que *el antiguo privado* no sea conductor de algo; en su carta se anuncia con misterios y como poseedor de grandes secretos" [3].

¿Que otra cosa va á traer ese hombre pertinaz, sino su propósito inflexible de exterminar á Santander y su plan obsti-

-1- J. Florencio Luzón al Libertador, Caracas, 5 de Noviembre de 1826.

-2- Urdaneta á O'Leary, Bogotá, 8 de agosto de 1828.

-3- Carabaño al Libertador, Caracas, 10 de julio de 1828.

nado de valerse de Páez? A Bolívar le dice contra el primero: "Yo le suplico que U. no evite precaución contra un hombre que maquina por placer, y que no piensa en ser generoso con quien forma de la ingratitud una parte muy considerable de su carácter" [1]. Y no bien toca playa de Venezuela, le anuncia á Páez: "Ha llegado, mi General y amigo, la época suspirada en que deben hacerse grandes cambios y U. es el eje principal ó la base sobre que rueda esta gran máquina...." [2]. Y apenas llega á Valencia, se reencarga de la secretaría de Páez: emprende la revancha contra Soublette, cobrándole su acción de ministro de la guerra en 1826 [3]; y declara que "la expulsión de Revenga está justificada con el hecho sólo de ser *Ministro de un gobierno que toma medidas contra la separación....*" [4]

Indómita voluntad, poderoso y funestísimo cerebro de perturbador!

-1- Peña al Libertador, Cartagena, 9 de junio de 1828.

-2- Peña á Páez, Puerto Cabello, 6 de julio de 1828.

-3- Carta al admirante Fleming, Valencia, 16 de marzo de 1830.

-4- *Idem., idem.*

EL CONSEJO AULICO

I

La historia señala,—como principales colaboradores del doctor Miguel Peña, en la obra de disolver á Colombia y de valerse para ello de las pasiones del general José Antonio Páez,—á los señores Francisco Carabaño, Pedro Pablo Díaz, Escuté, José de Iribárrren, Tomás Lander, José Núñez de Cáceres, Domingo Navas Spínola, Pelgrón y Francisco Rivas.

Cada uno de ellos puso constantemente á servicio de su intención, todo, absolutamente todo lo que en sí poseía de talento, de autoridad, de consagración, de habilidad: la diferencia de responsabilidad deriva de la diferencia de capacidad.

Sinduda el más notorio y notable de aquellos hombres fue el coronel Carabaño. Era el jefe del Estado Mayor cuan-

do estalló en Valencia la insurrección: á pesar de sus conocimientos militares, á pesar de sus aptitudes y de la conciencia del daño que hacía al porvenir, permitió ó envió á sus tropas á que apoyasen aquella pésima comedia en que Páez recibe de un concejo municipal el bastón de dictador de Venezuela. Era, simultáneamente con su cargo militar, representante en el Congreso de Colombia: aquellas Cámaras, que en sus sesiones de 26 se propusieron ser enérgicas “para ensayar” la consistencia de las instituciones, destituyeron de su representación á Carabaño, por no haber asistido á ellas y lo multaron en tres mil pesos. Él contestó con una conducta en la que se adivina la fuerza que á mejores sentimientos espontáneos hacen las circunstancias. Cuando el batallón *Apure* se evadió de la guarnición de Caracas á las órdenes de Macero, para ir á reunirse al general Bermúdez, en momentos en que Páez se hallaba en el Apure; cuando con este motivo fue preso en Petare, por una partida, el doctor Andrés Level y al saberlo en Caracas, huyeron hacia Valencia sus cómplices, Núñez de Cáceres, Pedro Pablo Díaz, Navas y Tomás Lander,—el coronel Carabaño desconfió del éxito feliz de aquella tentativa injustificable, se felicitó de que acudiese á él don Fernando de Peñal-

ver, á quien le expidió pasaporte para que se acercase al Libertador á imponerlo de las novedades, expuso que no creía conveniente el progreso de la rebelión y que haría todo su esfuerzo por entretenerla mientras llegara Bolívar, y dió por compañero, al exgobernador de Carabobo, al capitán José Austria. Estos son los hechos que el último nombrado resume en su *Informe* en los términos que siguen: “El señor Andrés Level, redactor del papel titulado *Lo que ustedes quieran*, y activo colaborador en la revolución, se hallaba en Petare el 27 de agosto y fue sorprendido esa mañana por el teniente coronel Flegel, que lo arrestó en el cuartel para conducirlo á Barcelona, luego que llegasen las tropas de Caracas: esta operación se anticipó, y dió lugar á que la señora de Level avisase lo ocurrido con su marido á Caracas, á su cuñado el señor Marcelino Plaza, quien lo comunicó al señor Tomás Lander, que encontró casualmente en la calle cuando iba á la casa del señor Coronel Macero que lo había mandado llamar: este aviso previno á Lander y lo hizo sospechar del llamado; volvió precipitadamente á su casa y montando á caballo, corrió á participar lo ocurrido á los señores Núñez Cáceres, Pedro P. Díaz, Manuel Escurra y Domingo Navas Spínola,

quienes en aquel momento se pusieron en fuga para los Valles de Aragua".—Y adelante: "El coronel Carabaño, convencido de que la opinión pública estaba contra la revolución, y que convenía dar algún paso que pudiera evitar una disolución en aquellos momentos, como también deseoso de comprometer en algún modo al general Páez á paralizar la revolución, ó á restituir el antiguo orden, acordó nuestra salida, extendiéndonos el pasaporte que el gobierno ha visto, y encargándonos de imponer al Libertador del estado en que se hallaba Venezuela, y al gobierno en el caso de no encontrarle hasta esta ciudad. La opinión del coronel Carabaño, en aquellas circunstancias, era que el general Páez debía entregar la autoridad civil que ejercía á las autoridades constitucionales, y reservar la Comandancia General y la dirección de la guerra; á pretexto de la invasión anunciada de los españoles, hasta la resolución del gobierno, á quien debía dar cuenta inmediatamente" (1). Esto concuerda con la relación del señor Mendoza (2) y á ello se refiere el general Santander, cuando dice: "Atolondrado Caraba-

-1- J. Austria. *Informe al Gobierno*, Bogotá, 13 de octubre de 1826.--Núms. 3, 25.

-2- C. Mendoza. carta á Bolívar, Santomas, 15 de diciembre de 1826.

ño con la deserción del batallón *Apure*, envió al gobierno una comisión ofreciendo sus servicios contra la insurrección, y escribió á U. cartas sumisas...” (1), Esto produce la situación de que informó Avendaño al general Urdaneta: “que no había cabeza de respeto que dirigiera los negocios, y que el mismo Páez se había tirado de los cabellos viendo el semblante de las cosas, y que Carabaño, Peña y otros que lo habían precipitado no lo podían desenvolver ” (2).

Sin embargo, las curvas de los sucesos, favorables á la insurrección, repusieron á Carabaño en su antiguo ánimo, en especial “noticias inventadas ó exageradas por el general Mariño, desde Caracas” y Carabaño escribió á Austria ordenándole que no diese curso á su comisión “y retractándose de todas las protestas de fidelidad que ántes su atolondramiento le había arrancado ” (3). Estas órdenes y las correspondientes situaciones de espíritu de Carabaño, iban expresadas así: “Las cosas van despejándose por acá, de consiguiente, es preciso no lanzarse demasiado en negociaciones por nuestra parte, cuyo objeto sabes tú que fue evitar males

-1- Santander, *idem*; Bogotá, 8 de octubre de 1826.

-2- Urdaneta, *idem*; Maracaibo, 28 de junio de 1826.

-3- Santander, *Doc cit.*

del momento, pues nuestras facultades no son las de celebrar pactos, porque esto sólo está en los pueblos ó los grandes Jefes.—De consiguiente, harás alto donde te coja esta comunicación, y si estás fuera de este Departamento, volverás al Tocado, y de allí me escribirás”.—“ Todo se reduce á decirte que pares el viaje donde ésta te alcance y me avises, y que re tengas mis cartas, y que á esos Coman dantes de Occidente les hagas ver que no se iba á negociar con nadie, sino á evitar un desórden ” (1).

Ya colocado en esta disposición, Carabaño le escribió á Escuté, que en el desarrollo de los sucesos andaba enredando y revolviendo por el Apure. Carabaño no creía que este agente ni los demás comprometidos debían ir á recibir á Bolívar, en momentos en que Briceño Méndez era dueño de Puerto Cabello, Bermúdez amenazaba en el Oriente y Caracas se hallaba desguarnecida, porque temía que sucediese lo que con Napoleón cuando el regreso de la isla de Elba. Precavido y astuto se mostraba en esos momentos. “Este país,—decía,—se debe mostrar tranquilo á la llegada *del hombre*, para que se vea que lo está por adhesión,

-1- Carabaño á J. Austria, cartas (dos), de Valencia, 8 de setiembre de 1826.

ó que el general Páez ha tenido poder para sujetarlo ó mantenerlo en el orden. Yo sentiré mucho que U U. se alejase sin prever estas cosas y dejarlo á uno sobre un almacén de pólvora con el cachimbo encendido.—No se crea que yo pido fuerzas para seguridad de mi persona, pero sí sentiría que nos chaparan por falta de precaución y de plan, porque entonces añadiríamos á la desgracia el ridículo, y seríamos más despreciables que unos milicianos urbanos” (1).

Carabaño era hombre de prensa: el año 25 redactaba *El Venezolano*, en unión de Tomás Lander, Francisco Ribas y Martín Tovar, sosteniendo polémica con el propio Vicepresidente de Colombia, á quien servía de órgano *La Gaceta de Gobierno*; al año siguiente, fundó *El Cometa*, con Ribas; y el año 27 escribía *El Valenciano*, con Peña (que poco escribía), en la capital de Carabobo.

Acaso en Carabaño había buena fé, pero escaso conocimiento del ambiente político: remitido á España desde muy al comienzo de la guerra, desde el año Doce, por sus primeros notorios servicios á la causa independiente; regresado después de la batalla de Carabobo; partida-

-1- Carabaño á Escuté, Caracas, 23 de diciembre de 1826.

rio del federalismo; asido su nombre por los recursos de intriga y por el espíritu dissociador de Antonio Leocadio Guzmán, para oponerlo al general Santander como candidato á la Vicepresidencia de Colombia (cuando vivían Sucre, Urdaneta y Soubllette!), Carabaño no fué, empero, á la *Cosiata* por espíritu de lucronide codicia: era pobre, lo fue siempre, y con su sueldo socorría á su anciana madre y á sus hermanas solteras (1): era honrado y sincero cuando hablaba, en medio de los sucesos ó á raíz de ellos, de los desengaños que le hacía sufrir su falsa apreciación de los hombres á quienes tenía de camaradas ó de cómplices.... Comprendo que no todos los espíritus poseen la resuelta decisión de éste que guía mi pluma, para mirar y tocar con denuedo,—y con la conciencia absoluta de que no mancillan el nombre *mío*,—la sangre y el lodo que maculan la veste de algunos de mis ascendientes en la Independencia; comprendo que se desee el orgullo de ser vástago de una cepa gloriosa y fecunda; pero me explico que tales sentimientos tienen por cuna y razón un rincón lugareño de educación y de filosofía, y poseo la suficiente desprevenición para saberme irresponsable de la

-1- O' Leary, *Narración*, tom. II.

filoxera que haya caído sobre mi árbol genealógico, y que el deber valeroso está en mostrarla á la enseñanza de las generaciones, y la gloria personal,---según magna expresión de Bolívar,---“en ser útil, y ser grande” (1).

Carabaño adoptaba la actitud de malestar producida por el hastío de tantos fracasos: Valero debía ir á La Guaira, á sustituir “á un tal Cala, que como U. lo conoce, excuso decir mucho sobre su incapacidad, y más que todo su propensión al chisme, acaudillando siempre corrillos de bochincheros....” Probablemente llegará á manos del Libertador “un proyecto de vales de un señor José María Rojas, cosiatero antaño, colibrista ogaño, y todo lo que se quiera para formar uno de estos personajes que andan buscando la piedra filosofal. Propone la creación de otro papel moneda, que es decir que porque aun no hemos reventado con el veneno que tenemos en el cuerpo, es preciso que tomemos doble dosis. Habrá cabeza semejante!!!” (2).

-1- Prevéngome una vez más contra las exhortaciones y sugerencias de descendientes de próceres, á quienes resquemá la reproducción auténtica de la verdad histórica: no soy, ni quiero ser, fiscal ni abogado de “troncos” de familias.---N. DEL A.

-2- Carabaño al Libertador, Caracas, 5 de mayo de 1828.

Era en momentos en que ya Peña no necesitaba tan estrechamente á aquellos instrumentos al lado de Páez; momentos de sinceraciones y de mútuas delaciones. “Yo marché en la *Cosiata*,—dice Carabaño,—como un individuo á quien el honor no le permitía desertar de su puésto, *pero la adulación, unida á la maldad, encontraba muy bonitas frases para decir que el General Páez era un inocente incapaz de nada malo, pero que yo creo el autor de todo*....

—“Hay una grande equivocación en creer que el general Páez se dirige en nada por mí. Después que V. E. se fué, se puede asegurar que Pedro Pablo, yo y otros amigos de V. E. estamos excluidos del consejo del General; sólo se nos hacen los cumplimientos que exige la política, y si alguna vez se nos ocupa en lo que otros no pueden hacer, hasta los asuntos militares se resuelven en familia, y el E. M. es un mero ejecutor en lo más mecánico....” (1).

Así era en efecto. Carabaño, Pedro Pablo Díaz, Navas Spínola y Pelgrón, eran declarados bolivianos en enero de 1828, y para octubre ya estaban muy distanciados de Páez. “Pelgrón,—agre-

-1- Idem., 10 de julio de 1828.

ga el señor Alamo.—es veleta: U. le conoce" (1).

Fáltanos conocer al resto de los consejeros.

-1- J.A. de Alamo al Libertador, Caracas, 14 de octubre de 1828.

II

Por su actividad cuasi nerviosa, por su carácter singular, se distinguía entre todos los agitadores el señor doctor José Núñez de Cáceres. Era, antes que un político, un diletante del motín. No lo sumaban á aquellos hombres del 26, ni el rencor, ni las ventajas de un nuevo orden, ni el interés material, ni la intemperancia política: inquieto, vivaz, inconstante, un tanto superficial y un poco epicúreo, tenía la fruición de las revueltas. Caudillo turbulento del partido que en Santo Domingo, en 1821, proclama la independencia de aquella isla, husmea la tentativa de todas las subversiones: acude presuroso á la zambra de la *Cosiata*, y más tarde volará al lado de Santa Ana, á acompañarlo en las conmociones políticas de México. Bien poca cosa se le daba al doctor Núñez de que fuese magna y gloriosa Colombia ó apareciese dolientemente tripartita y menguada; ni se interesaba á pecho por la adversa ó la próspera fortuna de Páez. Poseía la estéril alegría de la algarada: su nervio ocioso necesitaba el estimulante de las convulsiones.

En setiembre del año veintiséis llegó á la secretaría de Páez, por conducto

anónimo, una carta del doctor Núñez de Cáceres para sus compañeros, en la que calificaba á aquél de “pérfido, débil y loco” [1].

Lo cierto es que, cuando en aquel mismo mes, va á Valencia, Núñez de Cáceres declara que aquellas ovaciones que le hacen los valencianos son falsas y que “su corazón está lejos de ellos” [2]. Para él, un pueblo no es sino un “vulgo inmoral y malvado” [3].

Cuando Páez marcha al Apure, lo acompaña hasta Ortiz y regresa á Valencia mofándose de su jefe: declara que es un gran guerrero, un soldado valiente, pero que *ni por el forro* conoce la política ni la revolución [4]. Se complace, de camino, en sugerirle ideas asediantes: le dice que Bolívar se amedrentará, si lo ve procediendo con decisión y con energía; pero que si advierte que vacila, “le dará cuatro balazos como á Piar;” y entre otras cosas le llama irónicamente *héroe*, subrayando el vocablo. Pone en cuenta á sus compañeros de esta situación, y les encarece la más estricta reserva, á fin de no acabar de perderse en el

-1- O'Leary, *Doc*, tom. II, pág. 328.

-2- Núñez de Cáceres á Tomás Lander, Valencia, 14 de setiembre de 1826.

-3- *Idem*, *idem*.

-4- *Doc. cit.*

ánimo del hombre contra quien escribe esta carta. “Deseo que se aprovechen de ella,—les dice,—para arreglar sus negocios y tomar en tiempo el partido más seguro; pero yo perdería la confianza del general Páez si llegara á trascender que escribo de esta suerte; mi ruina sería consumada en el momento.....[Páez] se queja de la perfidia de los demás, y no repara que al mismo tiempo está siendo pérfido con los pueblos, á quienes prometió pública y solemnemente por medio de la imprenta que los sostendría, y no permitiría que nadie violase sus derechos sin pasar antes por sobre su cadáver” [1].

Entre las medidas de energía que el doctor Núñez de Cáceres deseaba que adoptase Páez, le proponía que cortara la cabeza á don Cristóbal Mendoza y á “otros patriotas que suponía autores de la defección de Macero” [2].

Muy otra cosa era Pedro Pablo Díaz, hombre de influjo y de cívico denuedo. Es probable que él aspirara á la realización imposible de las teorías políticas de que lo habían nutrido sus lecturas; acaso pensaba que, á falta de Bolívar, Páez era bueno para el absolutismo: Díaz era hom-

-1- *Idem, idem.*

-2- Cristóbal de Mendoza á Bolívar, Santómas, 15 de diciembre de 1826.

bre de creer que el bien, por llamarse así, debe ser impuesto, sin consultar relaciones. Opinaba que el camino violento era el más breve, para la independencia así como para la libertad; y anduvo medio siglo adelante del momento preciso. Era uno de los muy contados hombres de la facción capaz de razonar su propósito: hace ochenta años, él negaba,—al discutirla,—la influencia de los estigmas de raza; refiriéndose al progreso político de los pueblos sajones frente á nuestros retrasos evolutivos, escribía:“tampoco dichos pueblos han sido antes lo que son hoy. Por el contrario, esa misma Inglaterra ha sido intolerante, fanática, supersticiosa. En ningún país se ha derramado tanta sangre. Ninguno más largo tiempo presa de las guerras civiles. Un tiempo anduvieron desnudos los habitantes de aquellas islas por encima del hielo; y sus armas eran flechas; y se rayaban el cuerpo como los hombres de lo interior del Africa” [1].

Después de Peña, pero por motivos muy distintos, el más apasionado de aquellos hombres era Iribarren. Después de Carabobo, él se forjó la visión y la ilusión de una paz local, constreñida por las fronteras de Venezuela, sin vinculaciones

-1- Díaz al Libertador, Caracas, 28 de junio de 1827.

en el resto de los países americanos del Sud: no estaba conforme con la conmoción invasora producida estrepitosamente por la inevitable ambición gloriosa del Libertador, y pensaba que nuestro malestar venía de aquella creciente amplitud del imperio boliviano: síndico de la municipalidad de Caracas, pide que la asamblea popular que él hace reunir el 7 de noviembre de 1826, declare que ya Colombia no existe. Iribárrén es hombre de acción y de previsión: desde el mes de agosto, y desde Achaguas, escribe á Caracas, advirtiéndole á sus compañeros contra algún probable movimiento de Macero; en el mes de diciembre siguiente, Páez lo envía á acantonarse en Calabozo, para asegurar el Llano.

Quien más se le parecía entre todos sus camaradas, por el ardimiento, por la actividad y por las ideas, era Domingo Navas Spínola, que había sido secretario de Boves.

El señor Álamo pintó en una línea á Pelgrón: "es veleta: U. le conoce" le decía el antiguo jefe de la policía al Libertador, en carta del 14 de octubre de 1828. Exactamente el mismo día y el año mismo en que Pelgrón, escribiéndole á Bolívar, acusaba á sus colegas de demagogos y desorganizadores, y al denunciar el panfleto que en Curaçao habían confec-

cionado Mérida, Martín Tovar, Iribárrén, y otros, titulado *Angustias de Colombia en 1828*, exclamaba: “¡Miserables!...” [1]. La historia cumple con el deber repugnante de asentar esta partida.

Los agentes de aquellos hombres, pasan entre el coro funambulesco: ahí va Matías Escuté. Ha sido vasallo voluntario de Fernando VII, y todavía,—oficial de Estado Mayor de Páez,—conserva en la columna vertebral la curvatura de la domesticidad, y en los labios las delicuescencias del servilismo. Ministril de gamonales, genízaro, lacayo de tiranos, agita en sus manos la pértiga, como un cosaco su *knüt*, y se atreve á proferir: “Los pueblos serviles nos temblarán cuando nos vean en el campo dispuestos á corregir cualquier vileza que su debilidad les haga cometer” [2]. Fluye de sus labios el vilipendio, como el oprobio de su vida...

Allá van Cala y Arguíndegui. Los tres, Escuté, Cala y Arguíndegui, se disfrazan de aldeanos la noche del 29 de abril de 1826, en Valencia; se dispersan por las afueras de la población; asesinan á tres labriegos en Mucuraparo, cuando etsos

-1- Pelgrón, al Libertador, Caracas, 14 de octubre de 1828.

-2- Escuté á Carabaño, Valencia, 1^o de enero de 1827.

infelices, “cansados de las fatigas del día, volvían á sus chozas para compartir con sus hijos el triste jornal que con su sudor ganaban;” llevan los cádaveres ensangrentados á Valencia y los colocan en la puerta de la casa del cabildo, en la mañana del 30, para excitar á los llaneros semibárbaros de Páez y legitimar el golpe de cuartel, haciendo entender que no había seguridad social [1] En la jerarquía de los facciosos, qué inmensa distancia entre este villano recurso de alevosía y el eminente descaro valeroso de Peña!

Tenía razón el Gran Mariscal, cuando decía que, dados los hombres de 1826, temía más una novedad *africana* que una novedad militar [2]. Tenía razón el señor Revenga, cuando los definía como “criminales que creaban otros en cuyas faltas se confundiesen las suyas” [3]. Preguntaba con razón el señor Pompa: “¿Qué puede esperarse de los elegidos por una facción desorganizadora é injusta?” [4].

-1- O'Leary, *Narración*, tomo II, págs. 621, 622.--
Dr. L. Alvarado, *El Cojo Ilustrado*, número 365.

-2- El Gran Mariscal al Libertador, Chuquisaca, 20 de mayo de 1826.

-3- Revenga á O'Leary, Bogotá, 15 de julio de 1826.

-4- G. Pompa al Libertador, Caracas, 20 de junio de 1828.

Y decía bien el general Santander, cuando expresaba que cuando son muchos los delincuentes, el mejor partido es perdonarlos [1].

-1- Santander al Libertador, Bogotá, 9 de diciembre de 1826.

LA BARRA ACUSA

I

No es al Libertador,—Presidente de Colombia, árbitro de la paz y de la guerra,—sino á la posteridad, que tiene derecho á dolerse de ancestras heridas voluntarias, á quien se han dirigido las declaraciones contra los delincuentes. No es la inquina de los partidos no es la voluntad adversa, no el intento depresivo el que levanta una voz torturadora sobre el magno escándalo de 1826. No es mi pluma la que viene tras la huella ensangrentada de los dispersos fugitivos de la alevosía, para impedir el fraude á la gloria, el dolo contra las generaciones, el goce de la impostura. Es la palabra severa é irreplicable de Sucre, que desde los confines australes de la América se oye decir: “Yo no tengo suficientes datos para juzgar quién tenga verdadera-

mente la razón; pero veo que el general Páez ha procedido violentamente en el modo con que se ha conducido en el alboroto de Valencia. Si él tenía quejas del congreso, no debía tomar un partido para vengarse *que dañaba el crédito y aun la existencia de la nación.*

“Aun suponiendo que él haya querido aprovechar esta ocasión para descubrir y plantificar sus ideas de que se proclame un Imperio en Colombia, es peor todavía haber aceptado ninguna investidura de la municipalidad de Valencia. *¿Qué es la municipalidad de un cantón para conferir á nadie una autoridad, y menos una autoridad militar ?.....*

“Yo he contemplado en las cosas de Colombia, desde muchos meses, que habría de ocurrir algún cambio; pero si él era absolutamente preciso, me parece que pudo verificarse sin una revolución *que desacreditase nuestro país, nuestra causa y nuestros hombres....*” [1].

No es esta pluma la justiciadora. Es un proscrito venerable é ilustre, á quien la mano rotunda de un soldado violento, toma irrespetuosamente por el cuello y lo arroja á una extranjera roca de exilio; es don Cristóbal Mendoza quien

-1- El Gran Mariscal al Libertador, Chuquisaca, á 12 de agosto de 1826.

relata: “Arrojado á esta isla por el torbellino revolucionario que aflige nuestra patria, creo de mi obligación manifestar á V. E. sucintamente las causas de mi expulsión y el estado en que se hallaba Venezuela el día de mi partida, que fue el 27 de noviembre [1826].

“Desde la explosión de Valencia, que rompió el orden constitucional, todos aguardábamos las tristes consecuencias de una guerra civil, *y que fuesen removidos de sus destinos aquellos empleados que no cooperasen activamente al proyecto*, que apenas podría traslucirse por los que no estábamos iniciados en los misterios de la conspiración.

“Pero el general Páez llegó á Caracas en mayo, *y bajo las protestas de la mayor sinceridad y buena fe*, nos aseguró que no tenía plan alguno, ni proyecto personal suyo; que sólo aspiraba al bién público; que para conseguirlo, dirigía una comisión á V. E. impetrando su pronta venida; que hasta entonces había aceptado el mando civil y militar para conservar el orden interior, sin perjuicio de la integridad nacional ni de las relaciones exteriores; que las reformas que se deseaban se harían por medio de la Gran Convención de Colombia, usando los pueblos del derecho de petición....

“Confieso ingenuamente que me cau-

tivó este raciocinio y creí ver ahuyentada la guerra civil, si todos cooperábamos á convertir en bien de la patria la fatal erupción del 30 de abril.....

.....—“Entre tanto, el general Páez continuaba rodeado de un juego de hombres marcados por la opinión pública, cuando menos, con la nota de poco amantes á las medidas conciliadoras; varios de los cuales habían pronunciado su odio contra mi persona porque no coincidía en sus ideas y trabajaban por persuadirle que yo era su enemigo.

.....—“La opinión general de Caracas, y en casi todo el departamento era evidentemente contraria, no á las reformas de la Constitución, sino á la disolución de la República, que se percibía en los proyectos oscuros de algunos hombres sanguinarios, que libraban su fortuna en las ruinas de la patria; ellos forzaban su marcha, según parecía, prevalidos de la ausencia del general Páez (1), asegurando abiertamente que si él resistía la desmembración, *pasaría la revolución por sobre su cabeza.*”

Refiere en seguidas el señor Mendoza la defección de Macero, la insinuación á

-1- El general había ido al Apure, en el mes de julio. Mariño quedó encargado del mando militar.—N. DEL A.

Páez de que lo suponían autor de ella, y continúa:

“No sabré decir hasta qué punto lograron impresionar al general Páez. Lo cierto es que desde Ortiz, viniendo del Apure, me ordenó en 11 de setiembre que pasase á Valencia, para tratar asuntos del Gobierno; que no fue por estar convaleciendo de enfermedad grave, y que á su arribo en principios de octubre, me aseguró en Caracas *que nada creía de cuanto le habían escrito y hablado contra mí*. La experiencia, sin embargo, probó lo contrario. Mi ruina estaba decretada; pero con tanta malignidad, que se me suponía factor de la guerra civil que deseaban ellos; *pero mi verdadero crimen consistía en los esfuerzos que había hecho y continuaba haciendo para impedirlo*.

El 2 de octubre se trató de sorprenderme con la renovación del proyecto, para que la municipalidad de Caracas, á petición de unos pocos hombres que se titulaban del pueblo, proclamase la federación. Devolví el conocimiento al general Páez, y él tuvo á bien acordar la convocatoria y junta popular, que se reunió en San Francisco el 5 de octubre, cuyo resultado se dió al público, mereciendo el aplauso de todos los partidos por su cordura y circunspección; más los

pretendidos reformistas pretendieron muy luego erigir por sí un Estado independiente, *olvidando todas las promesas, protestas y comprometimientos anteriores*, y quisieron aprovechar la ocasión en que los diputados municipales, llamados para formar las peticiones que debían elevarse al Congreso, abrían su Asamblea el 1º de noviembre.”


Refiere el señor Mendoza el suceso del primero de noviembre y prosigue:

“El abuso de todos los principios, el aparato de la fuerza armada, la ofensa que se hacía al buen sentido y al pueblo entero, en lo más delicado de sus derechos, no permitían mirar tranquilamente el asesinato de la República; yo hice ver á mis enemigos que todavía quedaba un hombre libre en aquella tierra desgraciada. Muchos creyeron llegada mi última hora por la libertad de mi discurso; pero el jefe del nuevo Estado no se acreditó entonces de cruel. Cortó la discusión, decretando perentoriamente por sí lo que en apariencia se había sujetado á la deliberación popular; y concluído el acto, me acompañó á mi casa, prodigándome pruebas de consideración y amistad á pesar de la contrariedad de nuestras opiniones.

.....—“En fin, sin que hubiese ocurrido en los días subsecuentes motivo

alguno por mi parte para nuevo desagrado, yo recibí la placentera noticia de mi destitución. Insté verbalmente que se me comunicara, temeroso de que se ausentase S. E. sin firmarla; y se me intimó, en efecto, el 25 de noviembre á las 12.

“En el mismo día se había publicado un bando declarando el buen Estado en asamblea y sometiéndonos explícitamente al despotismo militar; se había intimado á la Corte de Justicia su traslación á Valencia dentro de ocho días y se habían mandado conducir allá los fondos públicos pertenecientes al empréstito extranjero y al departamento de Orinoco. Todo me persuadía que había espirado la seguridad y en este conflicto oficié á S. E. pidiendo un pasaporte, que se me remitió al instante, *con orden de salir dentro de ocho días*; yo salí antes de 48 horas, y seguidamente tuve que pasar á Santómas, porque no había barco pronto para otro destino.

 “En cuanto al estado en que dejé á Venezuela, *no creo haya pluma capaz de pintarlo*; su población puede, no obstante, considerarse otra vez dividida en dos clases; opresores y oprimidos. La confianza pública destruída y llamados los trabajadores al servicio de las armas, quedó en suspenso la agricultura y parali-

zado el comercio. Las rentas ordinarias del Estado, que habían cubierto escasamente las inmensas erogaciones de los últimos siete meses, tocaban en su agonía.

“La ciudad y plaza de Puerto Cabello se habían sustraído á la obediencia del general Páez, sin que yo supiese los pormenores de aquella ocurrencia, pero de resultas, recogió el batallón *Anzoátegui* que hacia la guarnición de Caracas y la Guaira y con él marchó para Valencia la tarde del 25, dejando al coronel Carlos Padrón con el escuadrón de Flores, que llaman *Dragones de Caracas*, encargado de la capital, y al teniente coronel Carlos Núñez, de la Guaira” [1].

La frase terminal del señor Mendoza es profunda:

Dejo á la penetración de V. E. cuál será el grado de libertad y las felicidades que aguarda nuestro desgraciado país de semejantes antecedentes.

No soy yo quien acusa: es un hombre nacido circunspecto, como el general Tadeo Monagas, no adscrito aún, en 1826, á banderías políticas. Él escribe: “El señor general Páez ha tocado ya á la desesperación. Desde el 7 de no-

-1- Cristóbal de Mendoza al Libertador, Santómas, 15 de diciembre de 1826.

viembre anterior, que se pronunció por el federalismo, todos sus decretos y todas sus órdenes han caminado hacia la guerra civil, porque penetrado de los sentimientos de Venezuela sana, no dudó un momento que los pueblos debían segregarse de ideas las más diabólicas; *ni las proclamas de U. han sido bastantes para que suspendiese sus maquinaciones y delirios.*" (1)

Es Laurencio Silva quien avisa que Páez azuza los llanos á la guerra, al extremo de que el jefe de los húsares de Colombia tiene que marchar toda la noche, del Mantecal sobre Achaguas, para evitar que el antiguo ginete de "Las Queseras" lo ataque de sorpresa. (2)

Es Fergusson, quien se apresura á participar que los pueblos de la antigua Capitanía general de Venezuela, que no obedezcan al general Páez, han sido declarados enemigos y hostilizados como tales. (3)

Es el fiero Bermúdez, quien posee todo el necesario buen sentido para expresarse así: "El señor general Páez,

-1- José Todeo Monagas al Libertador, Píritu, 28 de noviembre de 1826.

-2- José Laurencio Silva al Libertador, Mantecal, 28 de diciembre de 1826.

-3- G. Fergusson al Libertador, Trujillo, 17 de diciembre de 1826.

nuestro compañero de armas, acaba de dar una herida mortal á la República, pues aunque ciertamente no sucumbirá, tampoco dejamos de perder nuestro crédito entre las demás naciones, y los españoles verán cumplido lo que tantas veces han dicho: *que nosotros somos incapaces de gobernarnos.*" (1).

Es la infantil autodelación candorosa de Mariño, quien posee el arrojo compadecible de sus perpetuas quimeras, para poder escribir: "Habíamos levantado una república sobre una base extraña y dándole una construcción no conforme á sus materiales, era necesario que el equilibrio faltase, y no quedara sino un montón sobre su base. Los hombres de juicio deben ver bien una revolución que no ha hecho sino descomponer la estructura, conservando el plano y los materiales...." (2) (?....)

Es el integérrimo Arismendi, quien no pone atenuaciones á la tentativa: "El 16 del corriente mes salí de la isla de Margarita, á consecuencia de un fuerte encuentro que tuve con el señor general Mariño, á virtud de las actas que hizo formar allí declarándose por la fe-

-1- J. F. Bermúdez al Libertador, Barcelona, 8 de junio de 1826.

-2- Mariño al Libertador, Cumaná, 20 de diciembre de 1826.

deración.... Ellos (Mariño y Antonio Leocadio Guzmán), engañan á los pueblos, suponiendo que lo que hacen es lo que U. desea...." (1).

Es, por ahora, Miguel Guerrero, sosteniendo al sol de las llanuras la bandera úna de Colombia. "Durante la ausencia de V. E. se ha trabajado por algunos desnaturalizados para destruir la Constitución y las leyes fundamentales, y subrogarles la discordia que nos conduciría á la más horrorosa anarquía. La avaricia y la inmoralidad encontraron acogida en unos pocos, y animados de tan infernales móviles, no menos que olvidados de sus deberes, *no han respetado un comprometimiento solemne, ni al mundo entero que nos observa*, queriendo ocultar su pésima conducta con el nombre de los pueblos, como en todos tiempos han hecho los ambiciosos...." (2).

-1- Arismendi al Libertador, Maracaibo, 24 de diciembre de 1826.

-2- Miguel Guerrero al Libertador, Barinas, 8 de diciembre de 1826.

II

Nó: no son la pasión política, el interés de tesis, ni el encono de los partidos, los que han erigido este tribunal adusto. Entre otros, además de los jueces ya citados, lo compone hombre tan reverenciado por su cordura, tan alto y sólido en sensatez como Urdaneta: "Páez me escribió una carta muy larga, refiriéndome todas sus tragedias y manifestándome el precipicio á que se vió forzado;.....á mí me convida Páez [audaz!], pero yo, reservando su carta sin hacer uso alguno de ella hasta ahora, suspendí su contestación hasta penetrarme de las intenciones del gobierno.... Meditando yo un poco sobre en impervisión *refiérese á Páez*, sobre su docilidad, y aún sobre lo que han hecho las influencias de sus malos lados, llegué á creer, recordando nuestra antigua amistad, que algunas reflexiones suaves podrian tocar su corazón para reducirlo á su deber, y que él se acogiese al gobierno" [1].

Figura en estrados Revenga, declarando: "Por este correo tendrá U., sin embargo, muchas noticias del interior de

-1- Urdaneta al Libertador, Maracaibo, 28 de junio de 1826.

nuestra república, y algunas de ellas bien desagradables. *La peor de todas es la de algunos atentados cometidos por el general Páez contra el pueblo de Caracas*, como el haber regado un batallón en guerrillas por la ciudad, para llevar á efecto el alistamiento de milicias, y el haber luego separado de la municipalidad al alcalde Ascanio, que ya estaba retirado del servicio, etc., etc.

“Mi amigo, ¿créé U. que esto páre aquí? El único bien que esto puede producir es desacreditar al partido de la federación *de que neciamente parece que se agarraba Páez*; pues bastará para ello el verlo preconizado por acusados.” [1].

Aquí no hay adulteraciones, ni dolos, ni falsías; aquí no hay imposturas, ni componendas. El deber está en sanear de leyendas el espíritu nacional. La historia tiene, como el planeta, infinitas llanuras impasibles, ríos profundos y tormentosos, cordilleras tremantes. Sobre los picos se conciertan las negras nubes de la tempestad, y ellos, los que sueltan el alud que barre los rebaños y arrasa las praderas. . . . ¿Porqué acusáis á los torrentes de que se inflen y rujan á la

-1 Revenga al Libertador, Bogotá, 21 de febrero de 1826—*idem*; 6 de junio de 1826.

presión de la avalancha? Culpad á los ventisqueros. . . . Es la historia la que fluye fríamente de los labios de Briceño Méndez:

“Que estamos amenazados de una guerra civil [si no estuviere ya abierta], es una cosa indubitable para cualquiera que conozca el carácter del general Páez, su influjo sobre el ejército y pueblo que manda, las provocaciones que se le han hecho y el espíritu de división que reina en Venezuela. . . .

.—“Para que U. acabe de persuadirse del grado de peligro en que estamos, le diré: 1º Que cuando pasé por Valencia el año anterior, supe, por don Fernando Peñalver, *que Páez había estado al declararse contra el gobierno*, á consecuencia de sus disgustos con el general Santander, con motivo del suceso de Petare: 2º Que la razón que tenía para no venir al Senado era el no separarse del mando del ejército, *porque temía verlo pasar á otras manos*. . . .

De estos principios nacen naturalmente estas consecuencias: 1ª Si un simple disgusto fue bastante fundamento para intentar la separación, el temor de un juicio y las provocaciones é insultos de que se le ha hecho preceder, lo serán para romper abiertamente: 2ª Si no se ha atrevido á dejar el mando temporalmente

conservando siempre el derecho á él, ménos se resolverá á entregarlo perdiendo hasta la esperanza de recuperarlo....

§ “Me levanto de la cama en que he estado sufriendo quince días, sólo para saludarlo y condolerme con U. por la suerte de nuestro desgraciado país. Tiene U. confirmados plenamente los temores de que le hablé en mi carta que condujo el teniente Armero. Las copias que contiene la correspondencia del Intendente del Magdalena no dan mucha luz sobre el objeto de la facción que se ha erigido en Venezuela; pero la esquela que nos ha enviado el general Montilla resuelve todas las dudas. Yo no acabo de persuadirme que el general Páez haya abrazado el loco proyecto de segregar á Venezuela del resto de la República....”

La esquela de Páez, que incluía Montilla, decía: “De haber sido uno de los más obedientes súbditos de Colombia, he llegado á ser el más desobediente. Yo he desenvainado mi espada y he jurado separar á Venezuela del gobierno de la Nueva Granada; y en consideración de estas circunstancias, llamo á U. como Padre, y á los sabios hombres de Cáracas para aconsejarme del modo mejor de proceder, para llevar á efecto el objeto que tengo á la vista.”

Continúa la correspondencia de Bri-

ceño Méndez: "El deseo de que forme un justo concepto de las ocurrencias de Valencia, me ha hecho ser prolijo, y con el mismo objeto le incluyo dos impresos que me ha enviado el general Montilla. Ellos son anteriores al escándalo del 30 de abril; pero dan alguna idea de los medios que se empezaron á poner en acción para prepararlo. El estilo del anónimo, firmado *Un apureño*, me parece del Doctor Peña, á quien se atribuye generalmente una parte principal en la revolución del general Páez.

§ § "Cuando me preparaba para ir abrazar á U., y á contestarle de palabra sus dos apreciables cartas de 2 y 8 de Agosto que me entregó Guzmán, me veo detenido aquí por un concurso de accidentes que parecen dispuestos por la Providencia para salvar la República. El Capitán Buroz, que tendrá el honor de presentarle ésta, referirá todo lo que ha sucedido en Venezuela; lo que ha ocurrido en esta plaza, y lo que esperamos que suceda en todo el país. Todo esto era demasiado para poderlo escribir, y aunque no fuera tanto, el tiempo es precioso para emplearlo en acción.

"Cuando llegó Guzmán á Caracas, el General Páez estaba siguiendo una política que había empezado á *engañarnos á todos*. La proclama que dió el úl-

timo de setiembre, algunas órdenes que comunicó á las autoridades del Departamento, la libertad que concedió á las Juntas populares celebradas en octubre, y el acceso que habia dado en sus consejos á los hombres buenos, como el Doctor Mendoza, Narvarte, Yanes, etc., ofrecían muchas esperanzas.

“¿Quién habría creído que esta bella perspectiva desaparecería al llegar la carta de U.? Ella no aconsejaba sino lo mismo que se estaba haciendo; pero esto fué el mal, porque entónces se creyó que puesto que U. deseaba aquella conducta, no era la que convenía al partido. Era preciso que U. hubiese visto cambiar el aspecto de Venezuela para que pudiese formar un juicio verdadero de la causa de tal mutación. Guzmán llegó el día 28 de octubre, y el 29 por la tarde estaba hecha la mutación de principios y de conducta. Buroz le dirá lo que fueron las Juntas de los primeros días de noviembre hasta el día 7 en que se descubrió más claramente el velo. ~~_____~~

“Hay sobre todo motivos para creer que todos los discursos que se pronunciaron por los partidarios, las representaciones del Síndico, las serenatas, etc., partían del Consejo hasta que había estado casi disuelto, y que entónces se constituyó en permanente. Al ver lo que ha

pasado se creería que el General Páez ha perdido la cabeza, poniéndola en contradicción con su corazón. Yo he visto que tan pronto se ha seguido el impulso que le daban los más frenéticos partidarios, como se les ha despreciado. Por una parte se manifiesta una mira y por otra se deja descubrir una esperanza de que no se irá derecho á ella.

“Algunos de los que han estado mas cerca del General Páez en los últimos días, me han asegurado que él iba con la partida de novadores hasta el día 8 de octubre, y que desde aquella fecha los oye y decide por sí en una nueva línea de operaciones y de política que se ha trazado, y que según parece, no ha revelado á nadie.” (1).

Nó: la infidencia es, por su naturaleza, reservada y sagaz, porque no sabe decirse á sí misma qué conducta observará en el minuto que sigue al primero de deslealtad. La harmoniosa teoría silente de los discípulos siempre aparece turbada por la gesticulación inquietante del hijo de Iskaria....

-1- Briceño Méndez al Libertador, Panamá, 26 de abril de 1826.

BOLIVAR EN ACCION

El Libertador tuvo noticia del malestar de Venezuela por las cartas que le llevó el señor Guzmán, de Páez, de Briceño Méndez, de Mariño, de su hermana María Antonia.

La naturaleza de Bolívar, los ideales de su educación, la fortuna gloriosa de sus esfuerzos, sus ideas de gobierno desde antes de comenzar la guerra, y durante ella, no lo aficionaban, de cierto, á aquellos mirajes de república alegre y libérrima, contra la que en toda ocasión para él propicia protestó, con todo el fuego de su temperamento. (V. AL MARGEN DE LA EPOPEYA, *La riega incógnita*, *Vigori-zando al atleta*, pags. 99—122).

Positivamente, la independencia no significaba aquella república: la emancipación llevaba dentro de sí los aspectos infinitos de la constitución política de un pueblo, desde el fantástico *Incado* de Miranda, hasta las formas irrealizables de los puritanos. Esta distinción era

neta y honda en el pensamiento de Bolívar: cuanta ocasión hubo para expresarlo y tentar el establecimiento de sus ideas, la aprovechó resueltamente.

Es lógico que hallara eximia y feliz aquella oportunidad ofrecida por la situación de Venezuela: la Constitución boliviana [“una monarquía sin monarca”] era la concretación definitiva de las viejas ideas de su autor, con muy débiles atenuantes y con muy escasos disimulos. Su primera tentativa fué en 1813; reapareció en Angostura en 1819; fué de nuevo presentada en Cúcuta en 1821; peleó por la supremacía en 1826; sucumbió inenarrablemente en 1828. “Yo enviaré al general Páez,—decía Bolívar,—mi proyecto de Constitución para Bolivia, por toda respuesta, á fin de que considere *mis ideas sobre la estabilidad*, unida á la libertad y conservación de los principios que hemos adoptado.....Yo diré al general Páez que haga dirigir la opinión hacia mi Constitución boliviana, que reúne todos los extremos y todos los bienes....” [1]. Y este fué el punto esencial de la misión que Bolívar encomendó al señor Guzmán....Pertenece á la vida pública de este personaje,—biografía que

-1- Carta á Santander, Magdalena,---Perú-- 21 de febrero de 1826.

oportunamente será entregada á las cajas de imprenta,—esclarecer y fijar la manera como cumplió aquella misión.

Fué la misma que trajo cerca de Páez el coronel O'Leary, enviado desde las cercanías de Lima á Bogotá, para concertar con el Vicepresidente Santander todos los consejos de la situación. Pero ésta era ya demasiado complicada y la oportunidad demasiado tardía: Bolívar no era ya el hombre vigoroso de 1819; iba apaciguándose el tremar de gloria de 1824; Santander tenía fé en rectificar, por una educación constitucional ya fijada en la urdimbre de su administración, las imperfecciones toleradas por la necesidad, impuestas por la cerril naturaleza de la turba emancipada; los doctos hombres estusiastas, de brazo y de cerebro, ya no existían: ó estaban extenuados ó estaban desencantados; forzada la evolución hasta los extremos de un propósito primario,—la independendencia,—el subsuelo social, la selva y la montaña, habían eruptado una nueva capa sobre las nacientes y maltrechas vejitaciones morales de la primera patria: un Aventino agreste, convulsivo y turbulento había abrumado al Capitolio. Páez iba ya muy adelante, ginete impetuoso, habituado á la rienda suelta. Páez manifestó á O'Leary que después de que

“raros acontecimientos lo habían puesto á la cabeza de los negocios” y después que había manifestado francamente sus opiniones el 24, 25 y 29 de mayo, “no tenía más que añadir,” y que O’Leary sobraba en la situación [1].

Bolívar, desde el Perú, observó que los sucesos llevaban más peligroso camino de lo que él supuso, y trató de sofrenar los ímpetus del llanero, expresándole una concesión que los enconos del tiempo hallaron propicia contra la reputación del Libertador: “A mis ojos,—le decía él á Páez,—la ruina de Colombia está consumada desde el día en que U. fue llamado por el Congreso” [2]..... El Libertador quizá no creyó en el peligro suicida de semejante juego de conceptos.

Habituado á confiar en su altísima autoridad; confiado en la fuerza decisiva y arbitradora de su voluntad y de su estrella; eterno prisionero de Cápua,—llamárase ésta Caracas, Bogotá ó Lima,—aquel hombre, que al principio había sonreído á una coyuntura, comenzaba á comprender. Se embarcó presurosamente en el Callao, el 3 de setiembre de 1826; llegó á Guayaquil el 14; marchó inmediatamente á Bogotá, y entró en la ca-

-1- Páez á O’Leary, Cuartel general de Achaguas, á 29 de agosto de 1826.

-2- Bolívar á Páez, Lima, 8 de agosto de 1826.

pital de Colombia el 14 de noviembre. Santander le hizo una rumbosa recepción: contestó fría, lacónica, evasiva, tristemente al Vicepresidente de Colombia: "ya no podía hablarle *con el mismo entusiasmo* con que lo hiciera á los ejércitos y á los pueblos." Colombia, hija de un arrebató fulgurante de gloria y de fortuna, procreaba turbulencia: los hombres ya eran indóciles; las cosas ya estaban infinitamente tristes; el Libertador, infinitamente hastiado: ya no le quedaba por salvar sino su reputación, y volaba á Venezuela, á evitar la guerra civil, por salvar aquella reputación ante los extraños [1].

Páez no lo permitió así: adoptó una conducta de vacilaciones que condujo á Bolívar de la insinuación á la amenaza, de la reconciliación al arrepentimiento, de la desesperación á la dictadura, del puñal de Bogotá al sepulcro de Santa Marta. Eran: el antiguo patricio del solar caraqueño, queriendo acomodar á su espíritu una república demasiado inaccesible al antiguo tártaro del Apure; y Santander, perdiéndose en la elección del medio conciliatorio. Era la turba, ensoberbecida y autónoma, en pugna con su esporádico Libertador. Ese pueblo con-

-1- Carta á Urdaneta, Bogotá, 15 de noviembre de 1826.

ceptúa cobardía, debilidad, alternativas del miedo, el siguiente lenguaje: "General, conmigo ha vencido Ud.: conmigo ha tenido Ud. gloria y fortuna.....Por el contrario, contra mí el general Lavatut se perdió: contra mí el general Castillo se perdió: contra mí el general Piar se perdió: contra mí el general Mariño se perdió: contra mí el general Riva-Agüero se perdió, y contra mí se perdió el general Torre-Tagle...." [1]. Ese pueblo cree candorosamente deprimir lo que es esencialmente grande, si le niega sus dictados: Páez expide el 15 de diciembre una proclama, en la que le silencia á Bolívar sus títulos de Presidente, Libertador y General: "La infamia,—exclama el Libertador,—sería mil veces más grande *por la ingratitud* que por la traición.....*No pretenda Ud. deshonrar á Caracas*, haciéndola aparecer como el padrón de la infamia y el ludibrio de la ingratitud misma....El Apure sería la habitación del vacío, el sepulcro de sus héroes, sin mis servicios, sin mis peligros, y sin las victorias que he ganado á fuerza de perseverancia y de penas sin fin.....Ud. me ha llamado, y ni siquiera me escribe una letra después de tan graves acontecimientos; todo esto me deja

-1- Bolívar á Páez, San José de Cúcuta, 12 de diciembre de 1826.

perplejo. *Crea Ud., General, que á la sombra no trabaja sino el crimen....*"

[1]. Ese pueblo, cuando es vencido, se deshace en humillaciones: "El general Páez....no pierde la más pequeña ocasión en público para manifestarme su amistad, su reconocimiento y su respeto: para llamarme el libertador de su patria: *el libertador de su misma persona, en recuerdo de la batalla de Araure, que lo salvó del patíbulo, y en memoria de mi presente venida á Venezuela, que lo ha sacado del fondo de un abismo*" (2).

Era que Bolívar había venido de Colombia central acompañado de algunos batallones de la Guardia; Urdaneta estaba listo en Maracaibo para marchar con su división; rugía en el Oriente el colérico Bermúdez, y el Libertador había desembarcado en Puerto Cabello, irreductible á Páez.

Bolívar lo invita á una entrevista por la última vez: el llanero accede; se abrazan en las cercanías de Valencia: Bolívar declara ahogados en aquel abrazo los sucesos de 1826, al punto de ignorarse los pormenores de la entrevista: las tropas rebeldes quedan sometidas al Libertador; y el diez de enero de 1827, á las tres

-1- *Idem.*, Coro, 23 de diciembre de 1826.

-2- *Idem.*, á Briceño Méndez, Caracas, 13 de enero de 1827.

de la tarde, entran ambos en Caracas, "Páez á su lado, en el carro triunfal que se había preparado con grande esplendor" (1).

-1- *Enciclopædia Britannica*, artículo "Colombia," trad. de Lleras, Bogotá, enero de 1837.---Reimp. en Valencia, por Bartolomé Valdés, 1841.

DESPUÉS.....

Después....ningún atentado quedó por consumir. Las semillas de todas nuestras desventuras habían sido plantadas pródigamente, en toda la inmensa tierra de Colombia. Había sido severo, y en su escuela feliz, Páez, el maestro de la inverecundia.

Sorbo á sorbo, la tierra aridecida de la patria, ha bebido el acíbar....Se vió entonces un espectáculo espantoso: á Bolívar, creador de naciones, desacreditando con su palabra las instituciones de su nación: á Bolívar, el más grande hombre de sus días, convertido en rival de Santander; "lengua de maravillas," preocupándose y llevando cuenta de germanías tabernarias; á Bolívar, renunciando la presidencia constitucional, para proclamar la dictadura; á Bolívar, perseguido en su alcoba, una noche del año veintiocho, por el puñal de sus tenientes....

Los hombres eminentes de la Europa liberal estaban consternados y entristecidos. . . . Páez, en sus largos días melancólicos, debió leer con desesperación este párrafo de Benjamín Constant:

“De repente Páez, por largo tiempo su amigo, su compañero de armas, levanta el estandarte de la rebelión, protesta contra la unidad de la república, despedaza el pacto que ha consagrado esta unidad. Acude Bolívar. ¿Qué es lo que hace? ¿Castigar al culpable? ¿Afianzar el pacto jurado? De ninguna manera. *Páez y él se explican*, se abrazan, Bolívar manda que la constitución sea revisada. *Ella sola paga la pena de una revuelta impune y de una reconciliación inexplicable*. Y observad aquí que el Sr. De Pradt parece haber conocido el lado débil de su ingeniosa apología. ‘Sea por el ascendiente del genio, sea por cualquiera otra causa, dice, Páez cede.’ Sí, sin duda, por cualquiera otra causa. ¿Pero esta otra causa *no será la secreta inteligencia* del Libertador que quiere ser amo y del pretendido rebelde que le suministra la ocasión plausible de cumplir sus designios? La súbita clemencia del uno, clemencia que hace contraste con actos anteriores harto severos; la rápida sumisión del otro, sumisión que no pueden explicar ni su valor acreditado, ni su

ascendiente sobre sus tropas; la unión de los dos para destruir la constitución de Colombia, todo esto es oscuro....(1)

Hé ahí el crédito que, con la "Cosiata" ganamos en el mundo.

El general Páez ha debido ver, en sus largas noches acusadoras, la visión que en la portada de este libro ha estampado Luis Muñoz-Tébar, vástago de patricios, descendiente de aquella "abeja de Helicon, caída en la copa del ajeno de los partidos;" portada que clama las palabras de la antigua desolación:

PASAJERO, VÉ Á ESPAÑA Y DÍ QUE HAS VISTO Á COLOMBIA LLORANDO SOBRE LAS RUINAS DE LA REPÚBLICA!....

Caracas (Venezuela), mayo de 1907.

-1- Al redactor del *Courier Francais*, Paris, 14 de enero de 1829.—*Benjamin Constant*.

INDICE

INDICE

EL LIBRO	I
INTRODUCCION	III
Desfile de testigos	1
Habla el general Páez	7
Las fuentes envenenadas	47
El Oriente y la protesta	57
Actitud del general Santander	72
El Gabinete: RESTREPO	109
SOUBLETTE	119
La comedia no ha concluído	135
El esclarecimiento	157
Hilos de Ariadna	167
El agitador	177
El consejo aúlico	199
La barra acusa	219
Bolívar en acción	237
Después	245

**This book should be returned to
the Library on or before the last date
stamped below.**

**A fine of five cents a day is incurred
by retaining it beyond the specified
time.**

Please return promptly.

SA 521.5

Dentro de la Cusiata.

Widener Library

005280522



3 2044 080 357 486